

FIGARO

COLECCION DE ARTICULOS DRAMATICOS, LITERARIOS, POLITICOS
Y DE COSTUMBRES,

PUBLICADOS

EN LOS ANOS 1832, 1833, 1834, 1835 Y 1836 EN EL "POBRE CITO HABLADOR" LA
"REVISTA ESPAÑOLA" EL "OBSERVADOR" LA "REVISTA MENSAGERO"
Y EL "ESPAÑOL."

POR

DON MARIANO JOSE DE LARRA.

∞
TOMO CUARTO.
∞

MONTEVIDEO.

IMPRENTA ORIENTAL.

1838.

I 194.481

..... On me dit qu'il s'est établi dans Madrid un système de liberté, qui s'étend même à la presse ; et que pourvu que je ne parle en mes écrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de la morale, ni des gens en place, ni des corps en crédit, ni de l'opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose ; je puis, tout imprimer librement, sous l'inspecion de deux ou trois Censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonce un écrit.

BEAUMANCHAINS, *Le Mariage de Figaro*. 1784

ANTONY

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS.

ARTICULO PRIMERO.

Consideraciones acerca de la moderna escuela francesa.—Estado de la España.—Inoportunidad de estos dramas entre nosotros.

Por hoy y hasta mañana seremos graves: la primera impresion de este drama, mas importante de lo que á primera vista parece, no nos deja disposicion alguna para la risa con que suele *Figaro* anatematizar los dislates que se agolpan en nuestra escena; no renunciamos sin embargo á ese derecho; no hacemos sino suspenderlo. *Antony* merece ser combatido con todas las armas: ójala no sean todas de poco efecto contra tan formidable enemigo.

Hace años que secuaces mezquinos de la antigua rutina mirabamos con horror en España toda innovacion; encarrillados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza de restituir al genio su antigua é indispensable libertad:

dóse empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura no tardó en aceptar el nuevo impulso: nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente á la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta á las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho menos idólatras, nos decidimos á amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaría de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que mas en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello.

Pero mil veces lo hemos dicho: hace mucho tiempo que la España no es una nación compacta impulsada de un mismo movimiento: hay en ella tres pueblos distintos: 1.º, una multitud indiferente á todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque no teniendo necesidades, carece de estímulos porque acostumbrada á sucumbir siglos enteros á influencias superiores, no se mueve por sí, sinó que en todo caso se deja mover. Esta es cero, cuando no es perjudicial, porque las únicas influencias capaces de animarla no están siempre en nuestro sentido; 2.º, una clase media que se ilustra lentamente, que empieza á tener necesidades, que desde este momento empieza á conocer que ha estado y que está mal, y que quiere reformas, porque cambiando, solo puede ganar Clase que vé la luz, que gusta ya de ella, pero que como

un niño no calcula la distancia á que la vé: cree mas cerca los objetos porque los desea: alarga la mano para cojerla; pero que ni sabe los medios de hacerse dueño de la luz, ni en que consiste el fenómeno de la luz; ni que la luz quema cogida á puñados: 3.º, y una clase, en fin, privilegiada, poco numerosa, criada ó deslumbrada en el extranjero, víctima ó hija de las emigraciones, que se cree ella sola la España, y que se asombra á cada paso de verse sola cien varas delante de las demás: hermoso caballo normando, que cree tirar de un tilburí, y que encontrándose con un carromato pesado que arrastra, se alza, rompe los tiros y parte solo.

Ahora bien, pretender gustar escribiendo á un público de tal manera compuesto, es empresa en que quisiéramos ver encerrados por algunos años á esos finales del saber extranjero, así como quisiéramos ver á los mas célebres estadistas ensayar sus fuerzas en este escollo de reputaciones de todos géneros. Darnos una literatura hermana del antiguo régimen, y fuera ya del círculo de la revolución social en que empezamos á interesarnos, es tiempo perdido, pues solo podría satisfacer ya á la última clase, y esa no es la que se alimenta de literatura.

Darnos la literatura de una sociedad caduca que ha corrido los escalones todos de la civilización humana, que en cada estación ha ido dejando una creencia, una ilusión, un engaño feliz, de una sociedad que, perdida la fe antigua, necesita crearse una fé nueva; y darnos la literatura expresión de esa situación á nosotros, que no somos aun una sociedad siquiera, sino un campo de batalla donde se chocan los elementos opuestos que han de constituir una sociedad, es escri-

bir para cien jóvenes ingleses y franceses que han llegado á figurarse que son españoles porque han nacido en España, no es escribir para el público.

La vida es un viage : el que lo hace no sabe donde vá, pero cree ir á la felicidad. Otro que ha llegado antes y viene de vuelta, se aboca con el que está todavía caminando, y dícele : " ¿Adonde vas ? ¿porque andas ? Yo he llegado adonde se puede llegar ; nos han engañado ; nos han dicho que este viage tenía un término de descanso. ¿Sabes lo que hay al fin ? nada."

El hombre entonces que viajaba ¿que responderá ?— "Pues si no hay nada, no vale la pena de seguir andando." Y sin embargo es fuerza andar, porque si la felicidad no está en ninguna parte, si al fin no hay nada, tambien es indudable que el mayor bienestar que para la humanidad se dá está todo lo mas allá posible. En tal caso, el que vino y dijo al que viajaba "al fin no hay nada," ¿no merece su execracion ?

Rara lógica : ¡enseñarle al hombre un cadáver para animarle á vivir !

Hé aquí lo que hacen con nosotros los que quieren darnos la literatura caduca de la Francia, la última literatura posible, la horrible realidad, ; y hácennos mas daño aun, porque ellos al menos para llegar allá disfrutaron del camino y gozaron de la esperanza ; déjennos al menos la diversion del viage, y no nos desengaños antes : si al fin no hay nada, hay que buscarlo todo en el tránsito ; si no hay un vergel al fin gozemos siquiera de las rosas, malas ó buenas, que adornan la orilla.

¡ Desorden sacrílego ! ; inversion de las leyes de la natu-

raleza ! En política, D. Carlos fuerte en un tercio de España y el Estatuto en lo demas ; y en literatura, Alejandro Dumas, Victor Hugo, Eugene Sue y Balzac.

Con indignacion lo decimos ; sepámos primero sdondo vamos ; busquemos luego el camino, y vamos juntos, no cada uno por su lado ; no quieran haber llegado los unos, cuando estan los otros todavía en la posada ; porque si hay obstáculos en el tránsito, unidos los venceremos, al paso que en fracciones el obstáculo irá concluyendo con los que fueren llegando desbandados.

La Mennais lo ha dicho antes y mejor que nosotros.

"Una roca obstruye la vía pública que recorremos : ningún hombre solo puede remover la roca ; pero Dios ha calculado su peso de suerte que no pueda detener jamas á los que transitan juntos."

Antony, como la mayor parte de las obras de la literatura moderna francesa, es el grito que lanza la humanidad que nos lleva de'antera, grito de desesperacion, al encontrar el caos y la nada al fin del viage. La escuela francesa tiene un plan. Ella dice : "Destruyamos todo, y véamos lo que sale ; ya sabemos lo pasado, hasta el presente es pasado ya para nosotros : lancemonos en el porvenir á ojos cerrados ; si todo es viejo aquí, abajo todo, y reorganizémoslo."

Pero ¿y nosotros hemos tenido pasado ? ¿tenemos presente ? ¿Qué nos importa el porvenir ? ¿Qué nos importa mañana, si tratamos de existir hoy ? Libertad en política sí, libertad en literatura, libertad por todas partes : si el destino de la humanidad es llegar á la nada por entre ríos de sangre, si está escrito que ha de caminar con la antorcha en la mano

quemándolo todo para verlo todo, no seamos nosotros los únicos privados del triste privilegio de la humanidad: libertad para recorrer ese camino que no conduce á ninguna parte; pero consiste esa libertad en tener los pies desatados y en poder andar cuanto nuestras fuerzas nos permitan. Porque asirnos de los cabellos, y arrojarnos violentamente en el término del viaje, es quitarnos tambien la libertad, y asi es esclavo el que pasear no puede, como aquél á quien fuerzan á caminar cien leguas en un dia.

Habíamos pensado dar desde luego un análisis del *Antony*, y entregáilo palpitante todavía á la risa y al escarnio de nuestros lectores; pero la disposicion de nuestro ánimo, que no sabemos dominar, nos ha sugerido estas tristes reflexiones, que como preliminares queremos echarle por delante. En el siguiente artículo examinarémos la *desorganización social*, personificada en *Antony*, literaria y filosoficamente.

ANTONY

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS.

ARTICULO SEGUNDO.

En nuestro primer artículo hemos probado que no siendo la literatura sino la expresion de la sociedad, no puede ser toda literatura igualmente admisible en todo pais indistintamente: reconocido ese principio, la francesa, que no es intérprete de nuestras creencias ni de nuestras costumbres, solo nos puede ser perjudicial, dado caso que con violencia incomprendible nos haya de ser impuesta por una fraccion poco nacional y menos pensadora. Pasemos á examinar á *Antony*, ser moral, falsa alegoría, que no ha tenido nunca existencia sino en una imaginacion exasperada, cuanto fogosa y entusiasta.

El autor empieza por presentarnos una muger joven y casada. En la literatura antigua era principio admitido que todo padre era un tirano de su hija, que esta y aquel nunca tenian en punto á amores el mismo gusto. De aqui pasaba el poéta á pintar la tiranía de la familia, imagen y origen de la del Gobierno; cada hijo puesto en escena desde Menandro acá en las comedias clásicas, es una viva alusion al pueblo. En la literatura moderna ya no se dán padres ni hijos: apenas hay en la sociedad de ahora opresor y oprimido. Hay iguales que se incomodan mutuamente debiendo amarse. Por consiguiente, la cuestión en el teatro moderno gira entre

iguales, entre matrimonios : es principio irrecusable, segun parece, que una muger casada debe estar mal casada y que no se dá muger que quiera á su marido. El marido es en el dia el coco, el objeto espantoso, el monstruo opresor á quien hay que engañar, como lo era antes el padre. Los amigos, los criados, todos están de parte de la triste esposa. ¡In felice ! ¿ Hay suerte mas desgraciada que la de una muger casada ? ; Ven V. estar casada ! ; es como estar emigrada, ó cesante, ó tener lepra ! La muger casada en la literatura moderna es la víctima inocente aunque se case á gusto. El marido es un tirano. Claro está : se ha casado con ella ; ¡ habrá bribbon ! ; La mantiene, la identifica con su suerte ! pícaro. ; Luego el marido pretende que su muger sea fiel ! Es preciso tener muy malas entrañas para eso. El poeta se pone de parte de la muger, porque el poeta tiene la alta misión de reformar la sociedad. La institucion del matrimonio es absurda segun la literatura moderna, porque el corazon, dice ella, no puede mar siempre, y no debe ligarse con juramentos eternos : la perfeccion á que camina el género humano consiste en que una vez legado el hombre á la edad de multiplicarse, se una á la muger que mas le guste, dé nuevos individuos á la sociedad ; y separados despues de su pasadera consorte, uno y otra dejen los frutos de su amor en medio del arroyo, y procedan á formar, segun las leyes de mas reciente capricho, nuevos seres, que tornar á dejar en la calle, abandonados á sus propias fuerzas, y de los cuales cuide la sociedad misma, es decir, nadie. Porque si la literatura moderna no quiere cuidar de sus hijos, ¿ por donde pretende que quieran tomarse ese cuidado los demas ? ; He aquí, dicen, la naturaleza !

Mentira. En el aire, en la tierra, en el agua, todo ser viviente necesita padres hasta su completa emancipacion ; y los animales todos se reunen en matrimonios hasta la crianza de sus hijos.

Adela sin embargo, individuo del nuevo orden de cosas, no puede amar á su marido, confianza que hace desde luego á su hermana, en cuya compañía vive. ¿ Por qué ? No sabemos. Pero motivos tendrá ; asuntos son esos de familia en que nadie debe meterse.

Pero no se da corazon que no ame, y en el dia con violencia inaudita ; las pasiones se han avivado con el transcurso de los tiempos, y en el siglo de las luces una pasion amorosa es siempre un volcan, que se consume á sí propio abrasando á los demas.

¿ Y quién es el hombre que hubiera hecho la felicidad de Adela, se entiende no casándose con ella ? Antony ¿ quién podía ser sino Antony ? ¿ Y quién es Antony ? Antony es un ejemplo de lo que debian ser todos los hombres. Es el ser mas perfecto que puede darse. Empiece usted por considerar que Antony no tiene padre ni madre. ; Facilillo es llegar a ese grado de perfeccion ! Hijo de sus obras, vulgo incluso, es la personificacion del hombre de la sociedad, como la hemos de arreglar algun dia : Los que hemos tenido la desgracia de conocer padre y madre no servimos ya para el paso : somos elementos viejos, de quienes nada se puede esperar para el porvenir. El que quiera pues corresponder á la era nueva vea como se compone para no nacer de nadie. Lo demas es anularse, es en grande para la sociedad, lo que es en pequeño entre nosotros haber admitido empleo de Colomarde.

Antony ha recibido sin embargo de los padres, que no tiene, una figura privilegiada: ha entrado en el mundo con gran talento, porque todo hombre en la nueva escuela nace hombre grande. Ha recibido una educación esmerada: ¿quien se la ha dado? El autor del drama sin duda. Todo lo ha estudiado, todo lo ha aprendido, todo lo sabe, y ama mucho, como hombre que sabe mucho; pero este ser, tipo de perfecciones, está en lucha con la sociedad vieja que encuentra establecida á su advenimiento al mundo. Quiere ser abogado, quiere ser médico, quiere ser militar, y no puedo, é Por qué? preguntarán ustedes. é Quién se lo impide? Las preocupaciones de esta sociedad injusta y opresora que halla establecida, sin que se haya contado con él: para que estuviese el mundo bien organizado era preciso que nada antes de Antony se hubiese arreglado de ninguna manera, y que el mundo hubiese esperado para organizarse á que las generaciones futuras viniesen á dar su voto sobre el modo mas justo de disponer de los bienes de la sociedad. Antony encuentra todos los puestos ocupados por hombres que han tenido padres, y segun el autor, está todo tan mal arreglado, que un inclusero no puede ser nada. Mentira, pero mentira de mala fé. Desde que hay mundo, en toda sociedad el camino del predominio ha estado siempre abierto al talento: en la antigüedad, de la plebe han salido hombres á mandar á los demás: en los tiempos feudales, en los del despotismo mas injusto, un soldado oscuro, un intrigante plebeyo han salido, siempre que han sabido de la turba popular para empuñar el cetro del mando. Han alcanzado la corona con el sable y títulos de nobleza con la inteligencia. En los siglos de mas do-

sigualdad, un porquero ha cogido las llaves de San Pedro, y ha dominado á la sociedad. La teocracia, aristocracia mas injusta, ha sacado siempre sus pro-hombres del lodo. ¿Quién eran al nacer Richelieu, Mazarin, el cardenal Cisneros? Y si la cuna ha bastado á famílias enteras de reyes, el talento ha sobrepujado á la cuna millares de plebeyos. La inteligencia ha sido en todos tiempos la reina del mundo, y ha vencido las preocupaciones. Pero si acudimos á la sociedad moderna, de quien se queja todavía Dumas, ¿dónde cabrán los ejemplos? ; Damas se atreve á sentar que el hombre de nada, no puede ser nada, á causa de las preocupaciones sociales! Hable Napoleon, Bernardote, Iturbide, los mariscales de Francia, la revolucion de 91, la revolucion de Julio, el ministerio francés, el ministerio español, la Europa en fin entera, donde los periódicos y la pluma llevan al poder; hablen por ella Talleyrand, Chateaubriand, Lamartine, Thiers; hable el Asia, donde no hay gerarquías; hable la América entera. Hable, en fin, el autor mismo del drama, el mulato Dumas, que ocupa uno de los primeros puestos en la consideracion pública. ¿Quién le ha colocado á esa altura? ¿Que preocupacion le ha impedido usufructuar su industria y sobreponerse á los demás? ¿La literatura, la sociedad le han desecharido de su seno por mulato? ¿Quién le ha preguntado su color? ¿Pretendia por ventura que solo por ser mulato, y antes de saber si era útil ó no, le festejase la sociedad? Esa sociedad, sin embargo, de quien se queja, recompenso sus injustas invectivas con aplausos, é hinche de oro sus gavetas. é Y porqué? porque tiene talento, por que acata en él la inteligencia. ; Y esa inteligencia se queja, y quiere

invertir el orden establecido! Decírnos que un inclusor no puede ser nada en la sociedad moderna, la cual no le pregunta á nadie *¿quien es su padre, sino cuales son sus obras?* que no pregunta *¿tienes apellido, sino tienes frac?* *¿cuál es tu alcurnia, sino cuál es tu educación?* es el colmo de la mala fé.

Una vez espuesta la posición de Antony y de Adela, sigamos el análisis de este diálogo amoroso en cinco actos. Antony se hace anunciar á Adela, quien luchando con su deber le cierra la puerta; pero al salir de su casa sus caballos se desbocan, Antony se arroja á contenerlos, y la lanza del coche, encontrándose con su pecho, le arroja sin sentido en el suelo. Si Adela acierta á no ser persona de coche, ó si los coches no tienen lanza, se queda el drama en espóicion. En el teatro los acontecimientos deben ser deducción forzosa de algo: la acción ha de ser precisa; lo demás no es convencer, pintando lo que sucede sino hacer suceder para pintar lo que se quiere convencer. Adela da asilo en su casa al herido, y una escena amorosa pone de manifiesto los sentimientos de estos dos héroes. Pero Adela, siguiendo los caprichos de esta injusta sociedad, dice á Antony ya vendado, que un hombre enamorado de una muger casada no puede vivir en su casa á mesa y mantel. Preocupación: ¡cuanto mejor y mas natural es vivir en casa de su querida, que con una patrona ó en una casa de huéspedes! Antony se desespera; pero, para vencer á esa sociedad injusta, cuyas leyes despóticas no nos dejan vivir con nuestra Adela aunque sea muger de otro, se arranca el vendaje exclamando: *¿Con qué estando bueno me tengo que marchar á mi casa? Pues bien; y ahora me quedare?*

Ya tenemos aquí un medio ingenioso de permanecer en

donde nos vaya bien. Efectivamente, ¡ingeniosa alegoría, en que no ha pensado el autor! Es quitándonos la venda social, en rompiendo la máscara del honor, podemos hacer nuestro gusto.

Antony permanece en la casa del hombre que quiere deshonrar: huésped de su enemigo, le hace la guerra en su terreno: la naturaleza lo manda así, porque la delicadeza es otra preocupación social. Pero Adela, sin duda para manifestarnos lo interesante y lo digna de lástima que es una muger que resiste á una pasión, trata de salvarse del peligro, corriendo á reunirse con su esposo, plan que lleva á cabo con resolución.

Pero la naturaleza, dios protector de Antony, lo tiene todo previsto, y el camino de Estrasburgo felizmente no se hizo solo para las mugeres que huyen de sus amantes. También los amantes pueden ir á Estrasburgo. Antony toma caballos de posta, llega antes á una posada, la toma entera: para una pasión todo es poco; y cuando llega Adela, ni hay caballos para ella, ni cuarto: el viñjero que ha madrugado más, le cede uno, y cuando Adela va á recogerse, entrasele el amante por la ventana, y el telón, más delicado que el autor, tiene la buena crianza de correrse á ocultar un cuadro que representaría sino probablemente *una vista interior de una pasión, tomada desde la alcoba*, cuadro tanto más infiel, cuanto que sea raro el espectador que necesite de semejantes indirectas para formar de los transportes de Adela y de Antony una idea bastante aprosimada. Pero ¿qué importa? ¿No sucede eso en el mundo? ¿No es natural? ¿Pues por qué se ha de andar el autor con escrúpulos de monja en punto tan esencial? Ya sabemos lo que son viajes, lo que son posadas, y lo que es tra-

ginar en este mundo. Siempre deducirémos que estas pasiones fuertes no son punto de pobre: Si esa sociedad tan mal organizada no hubiera procurado á Antony dinero suficiente para tomar la posada y la posta, y todo lo que toma en este acto, se hubiera tenido que quedar en París haciendo endechas clásicas. El romanticismo y las pasiones sublimes son bocado de gente rica y ociosa, y así es que bien podemos exclamar al llegar aquí: ¡pobres clásicos!

En el cuarto acto Adela ha sucumbido, y de vuelta á París asiste á una sociedad, donde las injustas preocupaciones del mundo le preparan amargas críticas; y á este acto en realidad, sin meternos á escudriñar la intención del autor al escribirlo, le concederemos la cualidad de ser tan moral en el resultado, como es en los medios inmoral el anterior. Las que el autor llama preocupaciones son mas fuertes que él en este acto, y las humillaciones que sufre Adela responden victoriamente al drama entero.

En el quinto, el marido, avisado sin duda de la pasión de su muger, debe llegar de un momento á otro: Antony sin embargo, en vez de hacer lo que á todo amante delicado inspira en tal circunstancia el amor mismo, en vez de ocultar su desgraciada pasión con una prudencia suficiente, se encierra con Adela; de suerte, que puede el marido venir á llamar él mismo á la puerta de su deshonra; y asiendo de un puñal, que lleva siempre consigo, sin duda porque el andar desarmado es otra preocupación de esta sociedad tan mal organizada, clávasele en el pecho á su amada, exclamando á la vista del marido: ¡*la amé, me resistí y la he asesinado!*

Ridícula, inveterosímil exageración de un honor mal enten-

dido. ¿Qué ha pretendido el autor? Probar que mientras la preocupación social llame virtud la resistencia de una muger, y haga depender de la conducta de esta el honor de un hombre, ¿una catástrofe se seguirá á un amor indispensable y natural? Pues ha probado lo contrario. Ha probado que cuando un hombre y una muger se ponen en lucha con las leyes recibidas en la sociedad, perece el mas débil, es decir, el hombre y la muger, no la sociedad.

Pero la sociedad no se pone en ridículo: la sociedad existe; por que no puede dejar de existir no siendo sus leyes caprichos, sino necesidades motivadas, hasta sus preocupaciones son justas; y examinadas filosóficamente, tienen una plausible explicación: son consecuencia de su organización y de su modo de ser: es preciso que haya pasado y pase aun por las que realmente lo son para llegar á ideas mas fijas y justas; por que toda cosa precisa y que no puede menos de existir es una especie de fuerza, y la fuerza es la única cosa que no da campo al ridículo. Y si preocupaciones existen y han existido, si está escrito que usos en el dia adoptados y respetados han de transformarse ó caer, ha de ser el tiempo solo quien los destruya gastándolos, pero no está reservado á un drama el estirparlos violentamente.

Nosotros reconocemos los primeros el influjo de las pasiones: desgraciadamente no nos es lícito ignorarlo: concebimos perfectamente la existencia de la virtud en el pecho de una muger, aun saltando á su deber: convenimos con el autor en que ese mundo que murmura de una pasión que no comprende, suele no ser capaz del mérito que grangea una muger aun sucumbiendo después de una resistencia no menos hon-

rosa por inútil : establecemos toda la diferencia que él quiera entre el caso excepcional de una muger que se halla realmente bajo el influjo de una pasion cuyas circunstancias sean tales que la dejen disculpa, que la puedan hacer aparecer subímo hasta en el crimen mismo, y el caso de multitud de mugeres quo no siguen al atropellar sus deberes mas inspiraciones quo la del vicio, y cuyos amores no son pasiones, sino devaneos ; ¿ quiere mas concesiones el autor ? Pero semejantes casos son para juzgados en el foro interior de cada uno : quedan sepultados en el secreto del amor ó de la familia. Porque desde el momento en que erija usted ese caso posible, solamente posible, pero siempre raro, en dogma, desde el momento en que generalizándolo presente usted en el teatro una muger faltando plausiblemente á su deber, y apoyándose en la naturaleza, se espone usted á que toda muger, sin estar realmente apasionada, sin tener disculpa, se crea Adela, y crea Antony su amante : desde ese momento la muger mas despreciable se creerá autorizada á romper los vínculos sociales, á desatar los nudos de familia, y entonces á Dios últimas ilusiones que nos quedan, á Dios amor, á Dios resistencia, á Dios lucha entre el placer y el deber, á Dios diferencia entre mugeres virtuosas criminales, y mugeres despreciables. Y lo que es peor, á Dios sociedad, porque si toda muger se creerá Adela, todo hombre se creerá Antony, achacará á la injusticia de la sociedad cuanto se oponga á sus apetitos brutales, que encontrará naturales ; en gustando de una muger, dirá: *yo tengo una pasion irresistible que es mas fuerte que yo* ; y convencido de antemano de quo no puede vencerla, no la vencerá, porque no pondrá siquiera los medios ; creido de que la sociedad

es injusta, y de que cierra la puerta á la industria, y al talento, quo no hace ya algo, no será nunca nada, porque desistirá de poner los medios para serlo.

He aqui la grande inmoralidad de un drama escrito por desgracia con verdad en muchos detalles y con fuego, pero por fortuna no con bastante maldad para convencer, si bien con demasiados atractivos para persuadir. Y no solo es execrable este drama en España, sino que hasta en Francia, hasta en esa sociedad con que tiene mas puntos de contacto, Antony ha sido rechazado por clásicos y románticos como un contrasentido, como un insultante sofisma.

A BENEFICIO DEL SR. LOPEZ.

Jornada segunda del Trovador; acto tercero de la Conjuracion de Venecia; Riego en las Cabezas de San Juan, ó el dia 1.º de Enero de 1820; acto tercero del Diablo Predicador.

No habiendo en la funcion á beneficio del Sr. Lopez ninguna verdadera novedad, no era nuestro objeto dedicarle un artículo; pero por una rara casualidad ha venido á parar á nuestras manos la siguiente carta, que sin duda un forastero recien venido escribe á algun punto de provincia á su familia-

"Querida esposa :

"Con esta fecha he llegado bueno á Madrid, donde ha sido mi primer cuidado asistir al teatro; no lo estrañaras si recordas las comedias caseras que nos dan ahí en casa del intendente, y el hambre que de un teatro regular tiene uno en esos pueblos de provincia.

"Como era ya de noche, ni pude ver el cartel, ni me enteré de anuncio alguno: pero ¿qué importa? dije yo. Veamos la funcion, que mas me ha de enterar ella que el anuncio:

"La cosa segun conté tenia cinco actos.

"Primer acto. Comienza la funcion con un tal Don Nuño, que se queja de una herida que recibió hace un año, pero la cual no le molesta para casarse, por lo que sin duda pide la mano de una tal doña Leonor; esta no quiere dársela; y habiendo muerto un querido que tenía, llamado el Troyador, pre-

fiere meterse monja (ahora precisamente que se van á cerrar los conventos); pero el conde don Nuño trata de robarla, á tiempo que sabe que ha entrado el enemigo en Zaragoza.

"Segundo acto. Doña Leonor va á tomar el velo en el convento: tocan el órgano; viene el muerto, que no había muerto, y los criados del conde don Nuño: sale Leonor ya monja, dá un grito, se escapan los criados, y el Troyador se queda parado.

"Tercer acto. De resultas de todo eso la muchacha Laura gime y se desespera en Venecia; y no pudiendo aguantar mas, le cuenta á su papá como ella tenía un querido, y se casó con él de secreto, y como estando juntos de noche en un ameno cementerio donde se veian, vinieron unos enmascarados y le robaron al querido, prendiéndole como reo de estado. Papá se enternece, y abogando por la muchacha, le dice á su hermano el presidente Morosini que no le va á comprender por que no tiene hijos: el otro le contesta que hable sin embargo; el senador entonces le cuenta el caso, pero sucede lo que había previsto, que como no tiene hijos, todo es griego para él. En vista de eso se separan, y en eso hacen bien, si no ha de entenderle hasta que no tenga hijos, tanto mas, cuanto que ya es viejo el que no entiende; el papá senador de Venecia queda lamentándose, y le cuenta su desventura al q're murió por redimirnos en la Cruz, el cual no se yo si le entendería, por que tampoco tuvo hijos.

"Acto cuarto. De allí á poco dos cuadrilleros de la Santa Inquisición andan buscando á Don Justo para prenderle: viene un sargento del regimiento de Asturias, deja la mochila y se va: en seguida viene un Sacristán, y un administrador

de un grande y dos del resguardo : el buen Don Justo no los entiende, y eso que tiene una hija ; pero no le prenden, por que entonces Riego levanta en las Cabezas de San Juan el estandarte de la libertad.

“ Acto quinto. Fray Antolin, cansado de ver todo lo que pasa, tiene hambre, y se esconde entre las piernas un cesto con un pollo, pero fray Forzado tiene un grande interes en que fray Antolin no coma ; por lo cual Don Felicinno no quiere dar limosna á San Francisco : entonces fray Antolin le echa un largo sermon, del que se queda el otro en ayunas, tal vez por no tener hijos. Acabado el sermon, la tierra se traga á Don Feliciano, y viene el Arcangel San que se yó cuantos, y habla con el Diablo vestido de fraile : aparece Astarot en figura de D. Feliciano, dá limosna á San Francisco, y el guardian es un escelento sugeto.

“ Esas es la comedia, de la cual francamente me resultó tal confusion en la cabeza que no te lo puedo ponderar : envíotle á contar, porque yo no he entendido una palabra, de donde infiero que desde que faltó de esa, deben de haberse muerto mis hijos, porque á tenerlos todavía, yo debia de haberlo entendido todo.

“ Sácame por Dios de tan terrible duda, si bien temo que me vengas diciendo que no han muerto, casi tanto como la infiusta noticia ; porque si llegas á escribirme que viven, habré de inferir que no son mios, y ya ves si esto es cosa de asfígir á un buen padre de familia ; casi quisiera mejor que me dijeras que viven, pero que tú tampoco has entendido la comedia, porque entonces sacaría la consecuencia de que ni son tuyos ni mios, en cuyo caso nos echaríamos á discurrir cómo han venido á casa esos angelitos.

“ Quedo en la mayor ansiedad, esperando tu respuesta y renegando del viaje á Madrid, que en tan graves confusiones me pone.

Queda tuyo &c.”

Esta es la carta que hemos encontrado, y que no queremos ocultar á nuestros lectores, los cuales, si tienen hijos ya, nos habrán entendido.

— 200 —

El dia de Disuntos de 1836.

FÍGARO

EN EL CEMENTERIO.

Beati qui moriuntur in Domino.

En atencion á que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir á esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en que artículo escribí (en los tiempos en que yo escribia) que vivia en un perpetuo asombro de cuantas cosas á mi vista se presentaban. Pudiera suceder tambien que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte ; cuestion en verdad que dejaremos á un lado por harto poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho, ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que asi fuese, hoy dia de difuntos de 1836 declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He visto tanto, tanto, tanto....como dice alguien en el Califa. Lo que si me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y asi es que al amanecer un dia de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan ; sucedeme si que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el dia de los Santos, y fundado en el antiguo refran que dice *fiate en la Virgen y no corras* (refran cuyo origen no se concibe en un pais tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendabame á todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolia ; pero de aquellas melancolías de que solo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Qciero dar una idea de esta melancolía ; un hombre que cree en la amistad y llega á verla por dentro, un inesperto que se ha enamorado de una muger, un heredero, cuyo tio indiano muere de repento sin testar, un tenedor de bonos de Cortes, una viuda que tiene asignada pension sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto, un grande que fué liberal por ser prócer, y que se ha quedado solo liberal, un general constitucional que persigue á Gomez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del *Mundo* en la Carcel en virtud de la libertad de imprenta, un Ministro de España, y un Rey en fin constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que á mí me acosaba, me oprimia y me abrumaba, en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvía en un sillón de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la frente, como si fuese mi mal, mal de casado, ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, á guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español, y

mis dedos otros tantos gobiernos, ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase mas esperanza que en él, ora la bajaba avergonzado como quien vé un facioso mas, cuando un sonido lúgubre y monótono, semejante al ruido de los partes, vino á sacudir mi entorpecida existencia.

¡ Día de difuntos ! esclamé: y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar mas lúgubre que ningun año, como si presagiase su propia muerte. Ellas tambien, las campanas han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el esterior del moribundo : ellas tambien van á morir á manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España ; santo Dios ! que moriran colgadas. ; Y hay justicia divina !

La melancolía llegó entonces á su término ; por una reacción natural cuando se ha agotado una situación, ocurriόme de pronto que la melancolía es la cosa mas alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversión.... fuera, esclamé, fuera, como si estuviera viendo representar á un actor español, fuera, como si oyese hablar á un orador en las Córtes, y arrojéme á la calle : pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada á Gomez.

Dirigíanse las gentes por las calles en gran número y larga procesión, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores : ; al cementerio, al cementerio !! ! Y para eso salian de las puertas de Madrid !

Vamos cleros, dice yo para mí, ¿ donde está el cementerio ? ¿ fuera ó dentro ? Un vértigo espantoso se apoderó de

mí, y comencé á ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.

Entonces, y en tanto que los que creen vivir acudían á la mansión que presumen de los muertos, yo comencé á pasear con toda la devoción y recogimiento de que soy capaz las calles del grande osario.

Néscios, decia á los transeuntes, ¿ os moveís para ver muertos ? ¿ no teneis espejos por ventura ? ¿ ha acabado también Gomez con el azogue de Madrid ? ; Miraos, insensatos, á vosotros mismos, y en vuestra frente vereis vuestro propio epitafio ! ¿ Vais á ver á vuestros padres y á vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos ? Ellos viven, porque ellos tienen paz ; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte ; ellos no pagan contribuciones que no tienen ; ellos no serán alistados ni movilizados ; ellos no son presos ni denunciados ; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel ; ellos son los únicos que gozan de libertad de imprenta porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta y que ningun jurado se atrevería á encausar y á condenar. Ellos, en fin, no reconocen mas que una ley la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y esa la obedecen.

¿ Qué monumento es este ? esclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio.

¿ Es él mismo, un esqueleto inmenso de los siglos pasados, ó la tumba de otros esqueletos ? ; Palacio ! Por un la-

do mira á Madrid, es decir, á las demás tumbas; por otro mira á Estremadura, esa provincia virgen.... como se ha llamado hasta ahora. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo.

Y ni los v..., ni los diablos veo.

En el frontispicio decía: "Aquí yace el trono; nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado." En el basamento se veían cetro y corona, y demás ornamentos de la dignidad real. La Legitimidad, figura colossal, de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habían divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud.

Y este mausoleo á la izquierda. *La Armeria.* Léamos. *Aquí yace el valor castellano, con todos sus pertrechos.* R. I. P.

Los ministerios. *Aquí yace media España: murió de la otra media.*

Doña María Aragón. *Aquí yacen los tres años.*

Y podía haberse añadido: aquí callan los tres años. Pero el cuerpo no estaba en el sarcófago; una nota al pie decía:

El cuerpo del Santo se trasladó á Cádiz en el año 23, y allí por descuido cayó al mar.

Y otra añadía, mas moderna sin duda: *Y resucitó al tercero dia.*

Mas allá: ¡Santo Dios! *Aquí yace la inquisición, hija de la fe y del fanatismo: murió de vejez.* Con todo anduve buscando alguna nota de resurrección: ó todavía no la habían puesto, ó no se debía de poner nunca.

Alguno de los que se entretienen en poner letreros en las

paredes había escrito sin embargo con yeso en una esquina, que no parecía sino que se estaba saliendo, aun antes de borrar: *Gobernacion.* ¡Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes! Ni los sepulcros respetan.

¿Qué es esto? ¡*La cárcel!* Aquí reposa la libertad del pensamiento. ¡Dios mío, en España, en el país ya educado para instituciones libres! Con todo me acordé de aquel célebre epitafio y añadí involuntariamente.

*Aquí el pensamiento reposa,
En su vida hizo otra cosa.*

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veían en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma dije para mí, ¿es la de los escritores, ó la de los escribanos? En la cárcel todo puede ser.

La calle de Postas, la calle de la Montera. Estos no son sepulcros. Son osarios, donde, mezclados, y revueltos; duermen el comercio, la industria, la buena fe, el negocio.

Sombras venerables, ¡hasta el valle de Josafat!

Correos. ¡*Aquí yace la subordinación militar!*

Una figura de yeso, sobre el vasto sepulcro, ponía el dedo en la boca; en la otra mano una especie de geroglífico hablaba por ella. Una disciplina rota.

Puerta del Sol. La puerta del Sol: esta no es sepulcro sino de mentiras.

La Bolsa. *Aquí yace el crédito español.* Semejante á las pirámides de Egipto, me pregunté, ¡es posible que se haya erigido este edificio solo para enterrar en él una cosa tan pequeña!

La Imprenta Nacional. Al revés que la puerta del Sol. Este es el sepulcro de la verdad. Unica tumba de nuestro país, donde á uso de Francia vienen los concurrentes á echar flores.

La Victoria. Esa yace para nosotros en toda España. Allí no había epitafio, no había monumento. Un pequeño letrero que el mas ciego podía leer decía solo : *¡Este terreno le ha comprado á perpetuidad, para su sepultura, la junta de enagenacion de conventos!*

¡ Mis carnes se estremecieron ! ! Lo que va de ayer á hoy. ¿ Irá otro tanta de hoy á mañana ?

Los Teatros. Aquí reposan los ingenios españoles. Ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripción.

El Salón de Cortes. Fué casa del Espíritu Santo; pero ya el Espíritu Santo no baja al Mundo en lenguas de fuego.

Aquí yace el Estatuto,

Vivió y murió en un minuto.

Sea por muchos años, añadí, que sí será : este debió de ser raquítico, segun lo poco que vivió.

El Testamento de Proceres. Allá en el retiro. Cosa singular. ¡ Y no hay un ministerio que dirige las cosas del mundo, no hay una inteligencia provisora, inesplicable ! ! Los próceres, y su sepulcro en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincón.

Pero ya anochecía, y también era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía á muerte próxima. Los perros ladran con aquel ahullido prolongado, intérprete de su instinto agorero ; el

gran coloso, la inmensa capital toda ella se removía como un moribundo que tantea la ropa : entonces no vi más que un gran sepulcro : una inmensa lápida se disponía á cubrirle como una ancha tumba.

No había *aquí yace* todayía ; el escultor no quería mentir : pero los nombres del difunto saltaban á la vista ya distintamente delineados.

¡ Fuerá, esclamé, la horrible pesadilla, fuera ! ¡ Libertad ! ¡ Constitución ! ¡ Tres veces ! ¡ Opinión nacional ! ¡ Emigración ! ¡ Vergüenza ! ¡ Discordia ! Todas estas palabras parecían repetírmelos á un tiempo los últimos ecos del clamor general de las campanas del dia de difuntos de 1836.

Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡ Santo cielo ! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice ? Leamos. ¿ Quién ha muerto en él ? ¡ Espantoso letrero ! ¡ Aquí yace la esperanza !

¡ Silencio, silencio !!!

FIGARO DADO AL MUNDO.

Et resurrexit tertio die.

Pasion segun los Evangelistas.

En punto á pasiones estoy, vive Dios! por la de nuestro señor Jesucristo: oiganme los que no sean sordos, esto es, los que no sean ministros, y quiero ser diputado para estas cortes y aprobar las medidas desmedidas si no me dan cuantos me lean la razon.

Recorramos las demás pasiones. Si la ambicion es algo, es en gracia de suponerse que el quo llega á mandar á sus semejantes (si el que manda tiene semejantes) les es en mérito y talento superior; por consiguiente en España es preciso ser muy modesto para ser ambicioso.

No quiero hablar de la avaricia, pasion de ricos. ¿Qué mas quisieramos nosotros que poder ser avaros? Pero para guardar algo es preciso tener algo.

No digo nada de la envidia. Francamente. Mirémonos despacio unos á otros. ¿A quien tener envidia? ¿Qué es ganga aquí? ¿Ser empleado?—Un empleado es como camisa de pobre, que tira todo lo mas de domingo á jueves. ¿Ser propietario? En España todos tienen su viña á orillas del camino. ¿Tener ejecutorias de nobleza? Es como poseer pa-

pel del Estado. ¿Ser liberal? Tal cual, teniendo casa en Canarias....¿Ser ministro? Es casi mejor ser liberal. ¿Ser escritor? Es mejor ser ministro, como es mejor ser gato que raton.

En una palabra, es preciso no tener sentido comun para tener envidia en España.

Entremos con el amor. Pero esta no es pasion que es tonteria, y si fuera pasion seria la que mas se pareciera á la de N. S. Jesucristo.

Dejemos en paz á las demás pasiones que no hacen á nuestro proposito; yo doy la preferencia á esta última, porque de las demás he oido decir que han llevado á muchos al sepulcro, y si bien la de N. S. Jesucristo no tuvo en eso mejor fin que las otras, le encuentro al menos la ventaja de ser la única de la cual, una vez muerto, se resucita al tercero dia:

Estoy decididamente por aquel género de muerte de que se resucita; para no resucitar no vale la pena de morirse; de suerte que cuando en mi último artículo quedaba en el cementerio, me hallaba precisamente en el mismo caso que aquel, de quien se cuenta que reconvenido porque oia con raras muestras de alegría un sermon de Pasion, respondió: "es que estoy en el secreto.—¿Qué secreto?—Toma, repuso, en que ha de resucitar al tercer dia."

Yo que me conozco, que sé mejor que nadie hasta que punto soy capaz de vivir en un cementerio, sabia tambien que habia de volver, como mi divino maestro á juzgar á los vivos y á los muertos.

Heme aqui de nuevo, saliendo de entre las tumbas, impasible como un muerto; sacando la cabeza por entre las rui-

nas como un secretario de la gobernacion ; impalpable, imprendible, inconfinable, como cuerpo glorioso, y no dándoseme nada por nada, como alma de barbero ; vacía debajo del brazo, como tienen la cabeza la mayor parte de las gentes quo en vida y en muerte traté ; y navaja en mano buscando barbas que hacer, como tienen el estilo los mas de los oradores del dia ; pásese me el sustantivo por adjetivo en la actual confusión de cosas para que pueda haber juego de palabras, juego inocente en pais donde se juega á la bolsa y á las conspiraciones descubiertas.

Regañón y mal humorado en mi primera vida, dábame al diablo por cualquier cosa, despues de mi salida del cementerio heme ya otro hombre determinado en lo sucesivo á darme al mundo en lugar de darme al diablo. En mi entender es un error decir que cierra uno el ojo cuando baja á la tumba : el cementerio me ha abierto los mios ; convencido de esa verdad juro á Dios, á fè de Fígaro, que no les deseo á los que nos dirigen otro mal, sino que aprendan mas de lo que saben, y ruego á su divina majestad en consecuencia que les haga pasar por unos cuantos años de cementerio. Hombres ademas tan amigos de la igualdad como de sus discursos parece, y tan desiguales en todo de los demás como de sus actos consta, han menester para igualarse con ellos pasar por ese aprendizage, si es verdad como comunmente se dice, que la muerte lo iguala todo.

Los filòsophos cristianos han llamado unánimemente al mundo un valle de lágrimas, á ningun mundo viene mas de molde esa lacrimosa y romántica calificación que á este donde voy á hacer mi entrada ; mundo de dolor y amargura, de

fisonomias de Córtes, y de comunicados, no se puede dar un paso en él sin tropezar con la triste verdad. Porque ¿qué verdad mas triste que un periódico de la oposición ?

Segun ellos debemos creer que estamos en el mundo de paso. — ¿ A quién podrá cuadrar esta sentencia mejor que á los redactores de este periódico ? Si á nosotros aludieron los filósofos al sentar aquella proposicion, sin duda quisieron decir que estabamos de paso para Canarias. El P. Almeida asegura que en el mundo no hacemos mas que una peregrinación, ¡ oh padre perspicaz ! Peregrinamos sin duda alguna á las islas adyacentes por medios verdaderamente peregrinos : ni nos falta el palo para seguir nuestro camino ; cada dia nos dan alguno nuevo y no esperado ; no nos falta la calabaza ni ¿ cómo pudiera faltarnos en pais donde cada hombre que sale y sube, y se dá á luz, sale calabaza ? ni las reliquias en fin, porque ¿ que otra cosa es todo lo que estamos viendo sino reliquias de lo pasado ? Y sino tenemos sandalias hagamonos cargo de que parte de la peregrinacion se ha de hacer por mar, y en cambio tenemos zapatos, mientras nos queden 37 reales en el bolsillo propio ó en el ageno. Y zapatos ingleses que no hay sino decir ¿ pies para que os quiero, sino para estos zapatos ? Verdadera peregrinacion durante la cual nunca sabemos donde nos tomará la noche, si bien nos consta que haremos noche, y aun en caso de no tomarnos la noche todas las demás cosas nos tomarán inclusas las medidas.

Estamos de acuerdo en todo y por todo con el P. Almeida hasta cuando dice que no es en este mundo donde está la felicidad, verdad que no necesita que se la diga el P. Almeida á quien tiene ojos en la cara ; á la salida de este mundo está,

venerable padre, y el enigma se ha descubierto, porque saliendo de él como saldremos para Canarias debemos tener presente que los antiguos llamaban á estas islas las islas afortunadas, es decir la mansión de la felicidad; así sea, que pronto lo hemos de ver.

Hecha nuestra entrada en este miserable mundo, mundo de persecución y de injusticia, mundo de desengaños y de fiscales de imprentas, mundo todo de jueces de hecho, y de denuncias, y delaciones, recibamos el bautismo de sangre, primer sacramento que recibe todo cristiano que entra en él, y aguardemos con resignación el sacramento no menos serio de la penitencia que á vuelta de ojo nos espera. Váyase porque tampoco hay otros sacramentos, el de las ódenes no debe dar cuidado á quien como nosotros está dispuesto á no obedecerlas; el de la comunión lo dejamos para otros fieles, en tiempos como estos en que nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino: en cuanto al del matrimonio bastante infierno tenemos con el Sr. Juez y Fiscal de imprentas, con quienes parece que estamos casados, segun lo mal que nos llevamos. Nosotros no nos casamos con nadie, y solo nos parecemos á las demás gentes del mundo en estar casados con nuestra opinión, bien diferentes en eso de las gentes que gobiernan, que cada dia tienen una; verdaderos sectarios en ese punto de la poligamia, y de las costumbres de Oriente, por mas que á primera vista parezcan personas enteramente desorientadas y que pierden el tino á un dos por tres.

Individuos ya del mundo, saludamos á nuestra entrada á los que en el nos han precedido y preparados á la lid que nos espera, le consideramos como un circo romano, en el cual va-

mos á luchar con las fieras; no nos parece necesario indicar quienes son las fieras y quienes somos nosotros, y vuelto al César, al tirano, es decir, al Gobierno, pronunciamos como los atletas que van á morir, la antigua fórmula de costumbre:

César morituri te salutant, es decir, ministerio de Calatrava, los escritores que vas á desterrar te saludan.

Después de tomada la venia de la autoridad, solo nos resta quitarnos la montera con desenfado; y ofrecer la primera fiera que caiga á la salud del presidente y de toda la concurrencia.

Pero si nosotros caemos, caeremos al menos como hombres del mundo, moriremos cantando como canarios, es decir, enjaulados, ya que la suerte quiere que no haya jaulas en España sino para los vivientes de pluma, que no son otra cosa los escritores,

LAS FRONTERAS DE SABOYA,
Ó EL MARIDO DE TRES MUGERES.

EL ULTIMO BUFON.

COMEDIAS NUEVAS TRADUCIDAS.

Tenemos motivos para creer que no nos han de faltar en lo que de temporada nos falta novedades dramáticas. Asustados nosotros con esa perspectiva, queremos reunir varias en un solo artículo. Temerosos de que nuestros artículos no sean mejores que las comedias, no queremos que salga el público á artículo por comedia.

Desde luego el traductor de *Las Fronteras de Saboya* ha tenido brava elección; si es del ingenioso y fecundo Scribe, tanto peor para Scribe. ¡Qué títulos y qué analogías entre los dos títulos! *Las Fronteras de Saboya* ó *el Marido de tres mugeres*, vale tanto como si dijeramos: *el peñón de Gibraltar* ó *el buey suelto bien se lame*. Vamos á ver: ¿que han hecho *Las Fronteras de Saboya*? ¿Qué pasión dramática las acucia, ó á que escreso reprobable se han propasado? ¿Qué lección útil de moral van á sacar las demás fronteras de los otros países del chasco que sus vicios ó sus ridiculeces han acarreado á las de Saboya?

Nada de eso; la comedia se titula *Las Fronteras de Saboya*, porque en ella se habla de pasar las susodichas y cada vez mas inocentes fronteras; de suerte que á cualquier otra frontera le está sucediendo todos los días multitud de chascos por ese estilo.

El marido de tres mugeres, ó un buen especiero que ha tomado su pasaporte para pasar la frontera, una señora, á cuyo marido andan buscando para prenderle, hurtó el pasaporte al especiero, dándole en cambio el de su marido, de donde resulta que prenden al especiero y le quieren hacer creer que es marido de la señora; él está ademas casado con su muger, como suele suceder á todo marido, y por un *quid pro quo* inverosímil, otro personage de la comedia, tan preciso como las fronteras, creé que el especiero está casado en secreto con su novia. Pero era preciso que fuese el marido de tres mugeres, porque con una muger ó una frontera menos, ya el título no l'amaba bastante gente. Adornan la piecesita multitud de sardenes acerca de los especieros, que en el original son gracias, porque la clase de los especieros en Francia, hace el mismo papel que en Grecia hacían los Beocios; es decir, que tienen una fama que les es peculiar y que dá motivo á alusiones locales.

En conclusion, *Las Fronteras de Saboya*, ó no debían haberse traducido, ó debían haberse traducido bien, ó debían haberse silvado. Desgraciadamente ni se han silvado, ni se han dejado de traducir, ni se han traducido bien. Siempre se deduce de la comedia una importante verdad, á saber: que en *Las Fronteras de Saboya*, no se debe ser especiero, porque allí siempre hay un marido á quien quieren prender y que lo hurtá á uno

el pasaporte, de resultas de lo cual queda uno casado con tres mugeres; escarmiento el mas atroz que puede ofrecer una comedia, puesto que aun el hallarse casado con una seria castigo muy suficiente para la imprudencia de ser especiero. Todo lo cual no sucede en ninguna otra frontera del mundo.

El último Bufon es muy superior á *Las Fronteras*. Véase sino. Todo el mundo sabe que una de las cosas mas degradantes para la humanidad, despues de los príncipes que tenian asalariados bufones, eran los bufones asalariados de los príncipes. Rigoleti es el último Bufon, sin contar con el autor y el traductor de la piecessilla, que son posteriores á él. Parece que un gran duque de Baden quiso resucitar la loab'e costumbre de mantener un Bufon, y tiene al efecto en su corte á Rigoleti, que es por lo tanto su privado. Rigoleti tiene un protegido, jóven, barbilampiño y capitán. El gran duque quiere hacerlo Coronel, con tal que se case con una baronesa de quien S. A. está ya cansado y quiere casarse el mismo con la condesa Laura huérfana y pupila suya, á pesar de las intrigas del embajador de Hesse-Cassel, que quiere casarlo con la hija de su rey. Pero el capitán Alfonso está enamorado y es correspondido de Laura. Se va á dar un baile de corte en los salones de palacio, donde hacen la guardia unos soldados de no sé que regimiento de infantería con el fusil al hombro, que debe de ser costumbre allí en Baden. A este tiempo se entra con franqueza en el cuarto del soberano un famoso ladrón, amigo antiguo de Rigoleti, el cual se viene al baile, porque si anduviera por la calle le prenderian. Rigoleti para que no le vean, le encierra en una cámara del gran duque. El soberano se lo encuentra, y en vez de mandarlo á la horca, le dá la delicada

eomision de sacar de los bolsillos de todos los concurrentes al baile cuanto traigan. El soberano es una alhaja. El ladrón lo hace como se lo encargan : el gran duque averigua por ese medio ingenioso los amores de su rival, y se queda con las alhajas de sus invitados ; parece que en Baden los reyes no son tan ricos como en España, y se industrian para vivir. S. A. quiere perder á su rival, pero á ese tiempo Rigoleti descubre que antes de ser bufon era hombre, y por lo tanto podia tener hijos : ahora bien uno de esos hijos que podia tener es Alfonso, y lo tuvo fuera de legitimo matrimonio en la hermana del gran duque. Parece que en Baden no tiene el diablo por donde desechar á la familia real ; de consiguiente si Rigoleti no es precisamente cuñado del gran duque, Alfonso es indudablemente su sobrino, el soberano en vista de eso,

*y por temor de alguna carambola,
tapa sus indecencias con la cola,*

calla, casa á Laura con Alfonso, y se casa él generosamente con la princesa de Hesse Cassel, lo cual dice en voz alta á los señores comparsas, que son la corte, y que en el vaudeville original son el coro ; porque los traductores ni siquiera han caido en la cuenta de que esas comparsas numerosas del original son una exigencia forzada del canto ; lo cual no existiendo en la traducción, y siendo casi siempre de muy mal efecto aquella aglomeración de personajes mudos y ridículamente ataviados, puede y debe las mas veces suprimirse.

En fin, *el último Bufon* es el último vaudeville traducido por el último traductor.

FIGARO

AL DIRECTOR DE EL ESPAÑOL.

Figaro. Sr. Director de *El Español*, pido la palabra.

Director. ¡Para qué!

Figaro. Para rectificar un hecho y hacer una interpellacion.

Director. El Sr. Figaro tiene la palabra para rectificar un hecho y hacer una interpellacion.

Señor director de *El Español*: En la primera carta que á mi vuelta del extranjero publiqué, dí los motivos por qué me decidia entonces á escribir en el periódico que usted dirige.

Independiente siempre en mis opiniones, sin pertenecer á ningun partido de los que miserablemente nos dividen, no ambicionando ni de un ministerio ni de otro ninguna especie de destino, no tratando de figurar por ningun estilo, estoy escribiendo hace años, y no tuve nunca mas objeto que el de contribuir en lo poco que pudiese al bien de mi pais, tratando de agradar al mayor número posible de lectores : para conseguirlo creí que no debia defender mas que la verdad y la razon; creí que debia combatir con las armas que me siento aficionado á manejar cuando, en mi conciencia, fuese incompleto, malo, injusto ó ridículo.

Esta es la razon porque constantemente he formado en las filas de la oposicion ; no habiendo habido hasta el dia un

solo ministerio que haya acertado con nuestro remedio, me he creido obligado á decírselo así claramente á todos. Si yo tuviera alguna importancia política ó literaria, tal vez sentaría en este lugar doctrinas ó acumularia profesiones de fe. Felizmente no tengo ninguna importancia, y solo reclamo el derecho que tengo de no hacer cuerpo comun con nadie ; por eso firmo constantemente mis artículos. Siguiendo este sistema, he remitido á usted estos dias un artículo riéndome de lo que en el dia me parece risible, sin cuidarme de si estaba ó no en el sentido de su periódico, sea este el que fuere. Este artículo me ha sido devuelto por usted por no hallarse de acuerdo sin duda con sus opiniones ; no pudiendo esponerme á escribir otros que tengan igual resultado, usted me permitirá que le interpele, segun el uso del dia, y le pregunte sencillamente en que sentido habré de escribir en su periódico para verme impreso : bastante censura nos ponen los gobiernos á los escritores, sin que se nos añada otra doméstica en nuestro mismo periódico.

Sí *El Español* es ministerial, usted me permitirá que sin que se altere en nada el aprecio que le profeso, sacuda desde este momento toda mancomunidad de responsabilidad política ; y si no lo es, espero que explicitamente me lo manifestará seguro de que pocas cosas serían para mí mas dolorosas que haber de renunciar á las ventajas que su amistad y su periódico me han ofrecido hasta el dia.

Ademas de cuanto llevo espuesto, me permitirá usted, señor director, que para facilitar su respuesta añada que asi rehuso pertenecer á un sistema de ministerialismo *quand même*, como rehusaría hacer parte de un periódico de ciega oposición

quind même ; y para que no se pueda dar á este paso mas motivo que el que yo mismo le doy, concluiré diciendo que para mí así el ministerio Ithuriz como el Ministerio Mendizabal, como cuantos le han precedido y le seguirán, no tienen mas importancia que la del bien ó del mal que puedan hacer á mi patria.

En el ministerio Mendizabal he criticado cuanto me ha parecido criticable, y de ello no me retracto, cualquiera que sea el partido ó la popularidad que pueda tener en su favor, y los medios que ponga en practica en el dia para hacer la oposicion; lo mismo pienso hacer ahora con el actual, cualquiera que sea la fuerza que como gobierno tenga en su favor; porque si hay quien pueda tener miedo á los alborotos, á las multas, ó á la carcel, yo no me siento con miedo á nadie. Y lo mismo pienso hacer en cuantos ministros vengan detrás, hasta que tengamos uno perfecto que termine la guerra civil y dé al pais las instituciones que en mi sentir reclama : el acierto es pues el único medio de hacer cesar mis críticas, porque en cuanto á alabar, no es mi misión : ni creo que merece alabanza el que hace su deber. Por ahí inferirá usted que tengo oficio para rato.

Espero pues su respuesta para saber el partido que debo tomar y solo me queda que hacer presente á usted que cualquiera que ella sea, tolerante como soy con las opiniones de los demás, ni dejaré de respetar las suyas, ni trato con este paso de aventajar mi posición á costa de su periódico.

En el interín queda su atento amigo y servidor—*Figaro.*



DE LAS TRADUCCIONES.

De la introducción de vaudeville francés en el teatro español—

La viuda y el Seminarista—Los guantes amarillos : piezas nuevas en un acto.

Varias cosas se necesitan para traducir del francés al castellano una comedia. Primera saber lo que son comedias ; segunda, conocer el teatro y el público francés ; tercera, conocer el teatro y el público español ; cuarta, saber leer el francés ; y quinta, saber escribir el castellano. Todo eso se necesita y algo mas, para traducir una comedia, se entiende, bien ; porque para traducirla mal, no se necesita mas que atrevimiento y diccionario : por lo regular el que tiene que servirse del segundo, no anda escaso del primero.

Sabiendo todas estas cosas, no se ignora que el gusto en teatros es variable ; que en tanto hay efectos teatrales, en cuanto se establece entre el autor y el espectador una comunidad de afectos y de sensaciones ; que de diversidad de costumbres nace la diferente expresión de las ideas ; que lo que en un país y en una lengua es una chanza llena de sal ática, puede llegar á ser en otros una neededad vacía de sentido ; que un carácter nuevo en Francia puede ser viejo en España : no se ignora en fin que el traducir en materias de teatro casi nunca

es interpretar; es buscar el equivalente, no de las palabras, sino de las situaciones. Traducir bien una comedia es adoptar una idea y un plan agenos que estén en relación con las costumbres del país á que se traduce, y expresarlos y dialogarlos como si se escribiera originalmente: de donde se infiere que por lo regular no puede traducir bien comedias quien no es capaz de escribirlas originales. Lo demás es ser un truchimán, sentarse en el agujero del apuntador, y decirle al público español: *Dice Mr. Scribe, &c. &c.*

Esto con respecto á la comedia; por lo que hace al drama histórico, á la tragedia, ó cualquiera otra composición dramática, cuya base sea un hecho heroico, ó una pasión, ó un carácter célebre conocido, estos ya son cuadros igualmente presentables en todos los países. La historia es del dominio de todas las lenguas; en ese caso basta tener una alma bien templada y gusto literario ejercitado para comprender las bellezas del original: no se necesita ser Victor Hugo para comprender á Victor Hugo, pero es preciso ser poeta para traducir bien á un poeta.

La tarea, pues, del traductor, no es tan fácil como á todos les parece, y por eso es tan difícil hallar buenos traductores: porque cuando un hombre se halla con los elementos para serlo bueno, es raro que quiera invertir tanto trabajo solo en hacer resaltar la gloria de otro. Entonces es preciso que sea muy perezoso para no inventar, ó que su país tenga establecida muy poca diferencia entre el premio de una obra original y el de una traducción, que es precisamente lo que entre nosotros sucede.

Nuestro teatro moderno no carece de buenos traducto-

res: Entre todos se distingue Moratin: nótense como en el Médico á palos, españoliza una comedia, producción no solo de otro país, pero hasta de una época muy anterior: hace con ella el mismo trabajo que Moliere había hecho con Terencio y P'auto, y que Plauto y Terencio habían hecho sobre Menandro. No era Marchena tan superior en este trabajo, porque no era Marchena poeta cómico, pero merece un lugar distinguido entre los traductores. Gorostiza fué menos delicado, si tan buen traductor, porque alcanzó un tiempo en que era más fácil revestirse de galas agenes, y así, sin que querramos decir que siempre fué plagiario, muchas veces no vaciló en titular originales sus piraterías.

Posteriormente la traducción fué entre nosotros una necesidad: careciendo de suficiente número de composiciones originales, hubo de abrirse la puerta al mercado extranjero, y multitud de truchimanes con el Taboada en la mano y valor en el corazón se lanzaron á la escena española.

El vaudeville, género de composición dramática puramente francés, fué una mina inagotable: género complejo, verdadero *melodrama* en miniatura, así participa de la ópera como de la comedia: hijo de las costumbres francesas, basitale su diálogo diestramente manejado y erizado de puntas epigráficas; esto, y algunos casos monótonos que giran casi siempre sobre temas semejantes, bastan á adornar una idea estéril que pocas veces produce más de una ó dos escenas medianamente cómicas. El pueblo francés tan cantor como mal músico, se paga de eso, y tiene razón, porque no le da más importancia que la que tiene, y porque rico el teatro de cómicos excelentes, el juego mímico y la perfección del ar-

te prestan interes del otro lado de los Pirineos á la composicion mas desnuda de mérito y de originalidad.

Pero aqui donde el vaudeville empieza por perder la mitad de su ser, es decir, la parte música, aqui donde no es la expresion de las costumbres, aqui donde el público ha menester de composiciones mas llenas, de mas ingenio y enredo, su introduccion debia de ser muy arriesgada, y solo se lo podia admitir en cuanto á comedia, y á cuenta de comedias. Son solo admisibles, pues, en la escena española aquellos vaudevilles que giran sobre un argumento y un enredo cómico de algun bulto, y aquellos en que queda material para llenar una pieza en un acto aun despues de suprimida la música, y eso sin darle grande importancia, sin tratar de llenar con ellos una funcion entera. La empresa que todavia tiene los teatros emprendió esto, y trató de sustituirles á nuestros sainetes piezas verdaderamente cómicas nacionales y populares, pero cuya muerte era próxima desde que los ingenios se desdeñaban de comprenderlas, y que por los repetidos y sabidos que están ya del público, apenas podian ser ya de utilidad. Otra mira se llevó en esto; los sainetes tienen el inconveniente de halagar casi siempre las costumbres de nuestro pueblo bajo, por los términos en que están escritos, en vez de tender á corregirlas y suavizarlas, poniéndolas en ridículo; todo lo que fuese proponerse ese fin sustituyendo á los palos, á las alcaldadas, y á las sandeces de los payos, rasgos agudos y delicados de ingenio, era laudable.

Pero esto no podia conseguirse sin revestir los *vaudevilles* de la misma nacionalidad y popularidad de que aquellos gozaban, solo asi se podia introducir un género nuevo, y eso fue lo que

se descuidó. De aqui que todo el triunfo que han podido conseguir los *vaudevilles* ha sido pasagero y efímero, y son muy pocos los que han quedado en el caudal, y no han pasado rápidamente despues de unas cuantas noches de representacion.

¿ Y cuáles son los que han quedado? Aquellos que tienen mas analogía con nuestras costumbres, ó aquellos en que una idea verdaderamente cómica y original se hallaba bien adoptada y desarrollada por un traductor habil.

Ocasión es esta de hacer justicia á quien la merece: uno de los que mejor han traducido *vaudevilles*, uno de los que hubieran podido españolizar el género nuevo, es don Manuel Breton de los Herreros. Seguramente, si todos los *vaudevilles* que se han adoptado hubiesen sido y se hubiesen traducido como *La familia del boticario*, como *No mas muchachos*, y otros del mismo traductor, verdaderos modelos de esa clase de trabajo, solo elogios tendrian que salir de nuestra pluma. Son solo comparables con las traducciones del señor Breton algunas de otro joven bien conocido: ya nuestros lectores habrán adivinado que hablamos del señor Vega; y decimos algunas, porque no las ha cuidado todas igualmente; pero siempre le harán honor *El gastrónomo sin dinero*, *El Cambio de diligencias*, *Quiero ser cómico*, y otras, en algunas de las cuales, sobre todo, está tan bien hecha la traducción, que puede llamarlas casi originales.

Tanto nos hemos remontado, que apenas sabemos ahorá pasar de los señores Breton y Vega á los traductores ó truchimanes de *La viuda y el Seminarista* y de *Los guantes amarillos*.

Parece que de las dos cosas que hemos dicho ser necesarias para traducir mal una comedia, los traductores de estas

dos novedades no han tenido mas que una, esto es, el atrevimiento, porque à haber tenido tambien diccionario, imposible es que hubiesen hecho tan mezquinos truchimanes.

La Viuda y el Seminarista es una comedia (algun nombre le hemos de dar) de pobrísima intriga, y donde solo campea una escena medianamente cómica, producida por la situación del *Seminarista*, mozalvete sin experiencia, de quien la viuda y su amante se valen para anudar sus rotas relaciones. No merece una análisis, y nos contentaremos con decir que reprobamos altamente la especie de compromiso que se impone de algun tiempo á esta parte al público con la coplita final: bueno es que el traductor pida perdon cuando lo hace tan mal; pero malo es, y malísimo, que el público le conceda. La desaprobacion del público es el mejor correctivo de la abyección en que vemos caer de dia en dia al teatro, y la indulgencia mal entendida es la muerte del arte.

Aconsejaremos al señor Lombía que se vista mejor, y que tenga mas calor, que finja el amor en papeles de enamorado, para lo cual no seria inútil que se enamorara, si fuese posib'e, con eso formaría él una idea y nos la podria dar á los demás: otro sí, le aconsejamos que pregunte al señor Latorre, ó á cualquier otro de los actores que lo saben, que uso se debe hacer de los guantes, los cuales sirven generalmente para ponérselos en las manos, y al mismo tiempo sabria cómo se deben tener cuando no se llevan puestos: no los reuniria en forma de hacecillo, ni los agarraria á dos manos: hay actores á quienes parece que estorban los guantes; cualquiera tendría tentaciones de deducir que no están acostumbrados á ellos.

Los guantes amarillos que hemos visto estrenar en el teatro,

del *Vaudeville* de Paris al inimitable Arnal, para quien se escribieron, es uno de los mas ingeniosos juguetes que pueden presentarse en la escena, y ha gustado en cuantos teatros de Italia y de Inglaterra se ha traducido. La prueba de su mérito es el éxito mismo que ha tenido en Madrid, donde no se nos ha dado ni una sombra del original: repetimos que estas piezas necesitan una traducción atinada. Necesitan ademas tales composiciones dramáticas muchos ensayos, y suma viveza en la representación. El papel del maestro de baile debiera haberse reservado á toda costa para el señor Guzman: el señor Lombía entiende tanto de representar á un maestro de baile como de fingir el amor: ni agilidad en sus movimientos, ni gracia, ni una ligera muestra de que es maestro de baile. ¿Dónde ha visto el Sr. Lombía maestros de baile que se vistan de luto rigoroso á las ocho de la mañana, sin haberse le muerto padre ni madre; y de frac y pantalon colan, como si fuese á asistir á un baile de corte? ¿Dónde ha visto pantalon colan negro con carreras de botones de metal, á manera de botín manchego? En una palabra, el teatro español es una confusión; algun autor, algun actor, algun traductor; fuera de esas excepciones todo es caos, y un completo olvido, por mejor decir una ignorancia completa del arte, del teatro y de la declamación:

Diga usted esto sin embargo, y verá usted levantarse en contra de la crítica, autores, actores y traductores en masa: y en realidad ¿quien tiene razon? ¿De parte de quien está el público? Lo ignoramos: el publico pasa por todo, ni silba un autor, ni un actor, ni una traducción: / es posible que haya teatros en semejante apatía, con tan lastimosa indiferencia /

No. Si ha de seguirse questa opinion, cierrense los teatros ; porque no hay reforma ni mejora posible donde no hay por parte de nadie amor al arte.

FIGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO,

EN EL MUNDO MISMO, ó DONDE PAREN!

MADRID, PRIMER MES DEL PRIMER AÑO DEL
REINADO DEL SEÑOR CALATRAVA I.

Muy señores míos : Los que me vituperan de haber suspendido por espacio de seis largos y pesados meses cierta correspondencia que, cuando Dios quería, alimentaba con mi corresponsal de París, vive Dios que no me conocen si piensan que se me hacia cuesta arriba escribir cartas, ó que les perdi por acaso la afición. Es todo lo contrario ; precisa-

mente es mi comidilla, y me chupo los dedos tras una carta puesta á tiempo, sobre todo si lo que en ella digo es lo que siento, como suele suceder cuando es la tal carta picante y amostazada ; en cuanto á las cartas de terneza y cumplimiento, esas entran en el número de las cosas que en sociedad se hacen por lograr algo, ó por no ser menos que los demás en finura y correspondencia ; sabido es que esas se escriben siempre afectando sentimientos que no se abrigan, y empezando : *Idolo u ángel mio* ; si son de conquista, *Mi querido fulano* ; si son de amistad, ó *Muy señor mio y mi dueño* ; si versan sobre intereses ó negocios, y rematando con aquello de *Tuyo hasta la muerte*, *Tu constante amigo*, ó *su seguro servidor Q. S. M. B.* : mentiras tan mentiras que suelen dar risa al que las escribe antes de enviarlas, y risa al que las recibe antes de leerlas.

Dejando á un lado estas últimas, que se parecen á las del juego en los pases y codillos que con ellos se dan, repito que son las cartas mi comidilla, y que el dia que no escribo alguna á alguien, sea quien fuere, esclamo como el buen emperador romano cuando se acostaba sin haber hecho un beneficio : *Hoy he perdido el dia !* De donde vengo á sacar en conclusión, con harto dolor, que durante los seis meses en que he suspendido mi correspondencia no he perdido malamente mas que la friolera de 182 días y medio cabales, con sus respectivas noches y crepúsculos.

Dado de nuevo al Mundo, y devuelto á mis antiguos y saludables hábitos de reirme de todo, por no tener que llorar por todo, claro está que había de volver con mis demás costumbres la afición á mis cartas de mi vida ; en cuanto abrí los ojos esta mañana fue mi primera idea escribir una á mis dignos

amigos y compañeros, como diría un diputado, y mas, qué habia por qué. El ignorar donde ustedes viven no es dificultad para mí, porque tengo en esto mas práctica que un cartero; tanto que no haría nada de mas el gobierno, ó como se llame, en darme la dirección de Correos; aunque no fuese mucho hacer dirijirlas mejor y mas pronto que sucede este establecimiento, con todo tengo para mí que todavía me había de lucir, y ni había de haber una sola interceptada, ni que dejase de ser leída, una vez escrita, ni menos que fuese devuelta á la lista de los atrasos del mes ó de la semana, para yacer o'vidada en un poste, como un bando ó como un apremio de préstamo forzoso.

En todo caso, me acuerdo de lo que se cuenta de *Boerhaave*, que habiéndole escrito el emperador de la China consultándole acerca de una dolencia, le puso el sobre: *Al doctor Boerhaave en Europa* y la carta llegó como si la hubiera traído él mismo.

Imitando este ejemplo, he dicho para mí: en el Mundo estamos todos, y en él nos encontraremos: por tanto, no hay como ponerle la dirección *En el Mundo*: ademas que si he de juzgar del corazon de ustedes pór el mío, estoy seguro de que el que nos busque nos encuentra.

Es el motivo de esta carta recordar que no hace muchos días cierto periódico, con cuyo nombre me sucede exactamente lo mismo que á Cervantes con el lugar de la Argamasilla, segun los mas sabios comentadores, echaba en cara á los redactores del *Mundo* que no diesen la susodicha cara para escribir al público.

Picóme esto en extremo, y no quiero dejar pasar la indi-

rectilla sin un regular tapabocas, por eso mismo que hace pocos días que soy redactor y que me tengo por tal cual hombre del Mundo.

Ustedes le dieron por el pronto la respuesta que mas á sus fines convino, y asi seria injusto que me pareciesen mal sus determinaciones, como lo seria que á ustedes no les pareciese bien la que acabo yo de tomar. Porque, ó somos ó no somos libres.

Convengo con las razones que ustedes apuntaron para no dar la cara en sus escritos, y aun yo añadiré otras que me parecen concluyentes, sin querer afirmar por eso que lo sean, pues tengo larga esperiencia de haberme parecido en este pícaro Mundo muchas cosas lo que realmente no eran. Diré pues en abono de ustedes mis razones.

Cuando se escribe ¿ de que se trata ? No me negarán los redactores de aquel periódico que se trata de decir á los demás lo que uno piensa, ó por lo menos lo que quiere este uno que los demás crean que piensa. En dando pues el artículo está casi hecho todo, porque ya no falta mas siuo que lo crean á uno. Si se tratase de dar la cara los redactores, podría reducirse un periódico á una colección de retratos: esto tendría varios inconvenientes. 1º. Que no siendo circunstancia indispensable para ser redactor el ser bonito, el público podría tener muy mal rato viendo ciertas caras. 2º. Que una vez dada la colección de las caras de los que escribiesen en el periódico, ó sería cosa de andar mudando todos los días de redactores solo para que el público viese caras diferentes, ó de volver á empezar, y esto se me antoja medianamente pesado, por muy variadas y muy historiadas que tuviésemos las

caras los redactores del *Mundo*, y por muchas que sean las caras que pueda tener un escritor público. Hay otra prueba mas fuerte. Si el negocio del periodismo consistiese mas que en el artículo en el nombre del autor, haria mas efecto poner una rúbrica en donde se pone el artículo, y Cristo con todos. Nadie sin embargo quedaria muy convencido, y eso mas pareceria una lista de proscripcion que un periódico. Del nombre del autor no se infiere un artículo, pero de un artículo sí se infiere que debe haber autor, porque los artículos no se escriben generalmente ellos á sí mismos.

A pesar de razones tan fuertes, que yo mismo conozco tener ustedes para esconder en estas circunstancias la cara, como si fuera dinero, esta carta se dirige á declararme en estado completo de insubordinacion contra lo determinado por mis compineros, por que seria un dolor que nosotros fuésemos á dar un ejemplo de armonía en un país donde no hay ninguna, ó de disciplina donde no la conoce ni la tropa. Esto me puede valer algo con el tiempo, *verbi gratia*. unos galones, ó que me fusilen, que de todo hay ejemplares. Por tanto me declaro en *Junta*; y hago manifestacion de hallarme con respecto á ustedes en circunstancias extraordinarias, como el gobierno respecto de los llamados gobernados.

Yo doy la cara; primero, por que no tengo otra cosa que dar, y creo que hago un don á la patria, pues tal cual es, tam poco tengo otra ni peor ni mejor guardada para un apuro. Yo declino mi nombre como Agamenon. Yo soy *Figaro*, todo el mundo sabe quien es *Figaro*, y por si acaso alguien lo ignora, añadiré que *Figaro* y *Mariano José de Larra* son tan uña y carne como el diputado Argüelles y la Constitucion del año

12, y que no se puede herir al uno sin lastimar al otro. Juntos vivimos, juntos escribimos, y juntos nos reímos de ustedes, de los demás y de nosotros mismos.

Daremos mas señas: escribimos en el *Mundo* cuatro parafillos mensuales, donde á fuer de barberos podemos hacer la barba á cuatro parroquianos al mes; escribimos en el *Redactor General*, como habrán visto los que le lean por nuestro primer artículo, inserto en su número de ayér; y todavía nos queda tiempo para redactar en el *Español* la sección de teatros y de literatura; todo eso con nuestros correspondientes sudos y porqués, asegurados por contrata, que de eso vivimos, y lo tenemos á mucha honra. Y con la ayuda de Dios y de nuestro pobre ingenio aun nos ha de quedar vagar para dar al teatro muy en breve algun dráma espantable ó alguna comedia risible, hijos de *ratos perdidos*, algun folletito de circunstancias, y cualquiera otra tontería que nos ocurra, que no dejará de ocurrirnos. Advirtiendo que nunca escribimos sin firmar, con lo cual ni los lectores, ni la ley, si ley hay aquí, tienen que quebrarse la cabeza en averiguar el nombre del que los divierte, ó del que se ha de prender.

Tenemos hecha la maleta para la primera remesa de deportacion que ocurre, y pedidas cartas de recomendacion para las islas adyacentes, aunque no pensamos ir, por que no conspiramos, y por otras razones. En cuanto á papeles, como el gobierno ha tenido la bendad de avisarnos con tiempo que los había de registrar, no hemos dejado mas que las cartas amorosas, que habian de ser buen rato para el señor jefe político y para los testigos. Los demás los hemos recogido (*incusas*) las letras de cambio, porque francamente no nos fi-

mos), aunque nada tenian de particular ; pero como trataban de literatura, y no tenemos á los que prenden por muy versados en la materia, no hemos querido que tomen una apuntacion en griego por signos masónicos, ó de sociedad secreta, algunos sonetos que teniamos hechos á *Filis* por adulaciones á la república, ó otro dicho semejante, ó alguna elegía á la muerte de un amigo por un sermon de difuntos al Estatuto.

Item mas, declaramos en toda forma vivir en la calle de Santa Clara, casa número 3, en la cual pensamos seguir viviendo hasta que se hunda ; donde se nos puede prender por la mañana desde las nueve en adelante ; y en fin, adonde nos retiramos tarde por la noche y solos los dos, *Figaro* y dicho *Larra*, *bras dessus, bras dessous*, ordinariamente por la calle Mayor.

Y asi como los anuncios de los carruajes que salen, suelen añadir : *Se admiten arrobas*, declaramos que tanto en aquella casa, que está á la disposicion de ustedes, como fuera de ella, admitimos anónimos, calumnias, billetes amorosos, cartas de convite, esquinas de entierro, comunicados, desafios, motines, puñaladas, órdenes de destierro, ministros (esto es, al guaciles, que á los otros no recibimos, aunque en el dia todos prenden) y demás, con equidad y á gusto de los consumidores. De todo lo cual dará razon *Figaro* en su siguiente carta.

Y no ocurriendo mas por hoy, y teniendo que ir á dar una vuelta al Prado á coquetear, ó á la calle de la Montera á mentir, que es lo mismo, si el tiempo lo permite, queda muy de ustedes y les besa su mano, como generalmente se dice, y no se siente, su afectísimo—*Figaro*, ó por otro nombre *Mariano José de Larra*.



ABEN-HUMEYA

DRAMA HISTORICO EN TRES ACTOS, NUEVO EN ESTOS TEATROS.

SU AUTOR

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

No hace muchos dias que anunciamos la próxima representacion de esta obra de un ingenio distinguido ciertamente en nuestra literatura moderna por sus obras anteriores, en las cuales ha adquirido lauros muy lisongeros como erudito, como escritor didactico, como hablista, y aun como poeta ; al anunciarla no quisimos en manera alguna prevenir el juicio del público, y solo nos ceñimos á esperar que se había representado ya en París, y la especie de éxito, de urbanidad y galantería que en aquella capital había logrado.

Parece sin embargo que nosotros no estabamos bien informados ; posteriormente hemos visto y aun leido en el anuncio que del *Aben-Humeya* ha hecho la empresa de estos teatros, que en los de París fué recibido con entusiásticos aplausos, y coronado con los honores del mas positivo triunfo. Así sería, y nosotros nos apresuramos á dar la enhorabuena al autor y al drama ; no se la hemos dado antes, porque no sabíamos lo que en París había ocurrido. Pero despues de leido el carte,

el cual debo saberlo como saben los carteles esas cosas, seria inperdonable en nosotros el menor asomo de duda : apreciando como apreciamos al autor, es para nosotros un alegron el haber rectificado por esta vez nuestros erroneos datos ; en lo sucesivo no nos volverá á suceder decir que no gustó en París; quedamos plenamente convencidos de que *Aben-Humeya* ha llegado á nosotros precedido de una gran reputacion adquirida dentro y fuera de España, es decir, europea.

Es verdad que en París no se ha representado demasiado el *Aben-Humeya*; y esto es claro ; era preciso hacer de él, en atencion á su mucho mérito, una gran distincion que lo difierenciase esencialmente de las demas cosas que gustan en aquel Paris, y como á cualquier drama que gusta le sucede representarse mucho, no quedaba mas medio de distinguirlo que representarlo poco.

Y en Madrid ¿ que ha sucedido ? Lo mismo que en París.

Ya muchas veces nos hemos quejado de la posicion dificil en que se encuentra el periodista que tiene que juzgar á un hombre de mérito generalmente reconocido : bien se puede dar el caso que un hombre de un gran talento haga un drama de muy poco valor: esas cosas se ven todos los dias; pero siempre corre el riesgo de parecer arrogante ó envidioso el que acomete con un juicio critico de un ingenio como el autor de *Aben-Humeya*, no estando, como no estamos nosotros precedidos, ni aun seguidos, de ninguna especie de reputacion adquirida dentro ni fuera de España.

Por esta vez, y bien considerado el *Aben-Humeya*, no corremos riesgo maldito de parecer envidiosos, por mas que

haya gustos que requieran palos. Pero en trueque tenemos otro tropiezo que nos detiene muy mucho. Cuando ademas de ser el autor hombre de pró en literatura, ha sido hombre de valía, politicamente hablando, es decir, cuando es ex-ministro, es fuerza andarse con mucho tiento para decirle la verdad, si esta es amarga. Siempre puede llevar visos la crítica de parcialidad. Por eso si nosotros fuésemos capaces de desear que volviese á ser ministro el señor Martinez de la Rosa, seria en esta ocasion, en que quisieramos poder aparecer independientes, y decir francamente lo que de *Aben-Humeya* pensamos. El autor nos pone en el mas duro compromiso. Cuando era ministro popular daba al teatro sus mejores dramas ; y obligandonos á alabarselos, nos ponía en el aprieto de parecer aduladores ; y ahora que no es ministro empieza á dar los peores, poniendonos igualmente en el amargo trance de parecer enemigos suyos. Esto es por su parte poco generoso.

Resignémonos sin embargo con nuestra suerte, y evitemos con nuestra indulgencia toda murmuracion y todo juicio temerario. Cuando escribimos *indulgencia*, no queremos decir que daremos torcedor á nuestra conciencia, no ; la critica debe ser muy severa con los que se presentan y pasan en el mundo por modelos, para evitar que los que empiezan imiten sus defectos ; sino es nuestro propósito advertir que será mas lo que de nuestra opinion callemos, que lo que digamos.

Conocido es el asunto histórico escogido por el autor, y tanto que fuera ridícula ostentacion de eruditos disertar largamente sobre él ; nosotros no estamos encargados de juzgar la historia, sino el drama. Desde luego confesamos la predilección con que miramos siempre ese género. En otra ocasión

hemos probado, y hablando, si mal no se nos acuerda, del mismo autor, que el drama histórico es la única tragedia moderna posible, y que lo que han llamado los preceptistas tragedia clásica, no es sino el drama histórico de los antiguos.

Dos géneros de composición pondríamos al frente de la literatura dramática : 1.º los hechos gloriosos, ó los funestos resultados de los estravios de las pasiones, fundados en la verdad, que los hace ejemplos irrecusables, presentados á los hombres ó para su imitacion, ó para su escarmiento ; este es el drama histórico, ó la tragedia antigua, no variando en las formas por caprichos de escuelas, sino por la variacion que la diferencia de creencias y preocupaciones de costumbres y de leyes hace imperiosa en la literatura : 2.º los vicios ó ridiculces personificados y fundados en la verosimilitud que les sirve de verdad, presentados para leccion ó deleite ; esta es la comedia dicha clásica, y caida en desuso por las formas estrechas y lánguidas en que la han querido encerrar los preceptistas ; pero susceptible en nuestro entender de nuevo interés, y de ninguna manera agotada como se dice vulgarmente.

El cuento fantástico, hijo de la imaginación del autor, y en que no se deducen los hechos imperiosa y precisamente de los datos admitidos en la base del argumento, ese hecho inventado y vestido en forma de drama, en el cual el espectador puede concebir á cada acción otra consecuencia que la que le atribuye el ingenio, ese que no tiene verdad histórica en su favor que convenza, ni mas verosimilitud que una concesión gratuita, ese es el verdadero género bastardo.

Y en cuanto á las disputas de las eschelas y pandillas, como las vemos estribar, mas que en el fondo, en las formas,

no será permitido reirnos de ellas, en atencion á que creemos que las formas son variables hasta lo infinito, porque siempre habrán de seguir la indicacion del espíritu de la época. El poeta escribe para ser entendido, y mal pudiera serlo el que no se sujetase al lenguage, al modo que tienen de revestir sus ideas aquellos que han de aplaudirlo ó censurarlo.

Suele tener el drama histórico el inconveniente de dar destruido el interes al espectador que conoce ya el desenlace de antemano, y el no menor de hacer hablar personajes de quien ya la imaginacion se ha formado una idea, difícil de superar por el poeta ; solo el artificio y el gran talento del autor y la elección de un hecho, aunque histórico, algo oscuro, pueden hacer triunfar el ingenio. En el argumento de *Aben-Hu-meya* el autor ha huido perfectamente de esas dificultades. Pero en cuanto al artificio, poco feliz nos parece haber estado, y de esto se convencerá cualquiera por poco que medite el plan.

Los moriscos de las Alpujarras se rebelan en el reinado de Felipe II, y eligen por jefe á Aben-Humeya, último vástago de la antigua dinastía ; degollan á los cristianos que alcanzan en un limitado espacio de terreno, y se constituyen independientes. Muley-Carime, suegro de Aben-Humeya, reprueba y ataca los excesos ; dos de los principales rebeldes desaprueban la precipitación con que se eligen rey antes de tener reino, y la arrogancia con que el elegido acepta el prestigio y la autoridad real. Aprovechándose de la blandura de su suegro para desacreditarle y tildarle de traidor á los ojos del vulgo, facil de fascinar, envolviendo á Aben-Humeya en la ruina de su deudo.

El capitán general de Granada envia á Lara á intimar la Tomo IV. 9

rendicion á los rebeldes : Lara es asesinado, y sobre él se encuentran pruebas de las relaciones que conserva Muley-Carime con los castellanos. Aben-Humeya en la alternativa de castigar á su suegro ó perderse con él, le envenena, pero tarde; la faccion contraria se ha apoderado ya de su palacio, y Aben-Humeya perece victimo de la sedicion.

Pobisimo es el artificio, ningun interes presenta, ningun resorte dramático, ni nuevo ni viejo. Una sola escena hay en él, aquella en que Aben-Humeya echa en cara á Muley su delito : ninguna pssion domina, ningun carácter prepondera, ningun hecho importante se desenvuelve; el estilo mismo es generalmente inferior á otras obras del autor : ¿ donde está el fuego de la creacion ?

Y vamos á lo mas importante. Un personaje histórico oscuro no puede ser digno del teatro sino cuando sus hechos llevan envueltos en sí el éxito ó la ruina de la causa pública. Pero ¿ cual es aquí la causa pública ? ¿ cual es la leccion moral ó politica que ha querido darnos el autor con la muerte de Aben-Humeya ? Si hubiera probado que los moros rebeldes perdieron su causa por la desunion que dejaron introducirse entre ellos, grande objeto era este, y aun oportuno ; pero para eso era preciso haber continuado el drama, era preciso habernos dado el resultado de la tal desunion. Porque habiéndole dejado en la muerte de Aben-Humeya, la leccion que resulta es que cuando uno quiere ser rey no debe tener por suegro á un moro que escriba á un cristiano. ¡ Profunda leccion por cierto ! Por tanto Aben-Humeya no es un drama hecho, sino una exposicion de un drama por hacer. Si hubiera empezado por donde acaba, el autor hubiera tal vez llegado á hacer un

drama. ¿ Por qué se acaba en el tercer acto y no continua ? Si el objeto es Aben-Humeya, represente una pasion, un carácter, una situacion ; si no, ¿ quien es él, y qué significa su muerte para ocuparnos una noche entera ? Si es la rebelion morisca, ¿ qué importa que muera Aben-Humeya ?

En la manera de buscar los efectos teatrales notanse medios ya esplotados por el autor y por otros. En el primer acto varios conjurados se quejan diciendo cada uno una frase á su vez, como en la *Conjuracion de Venecia*. La eleccion de Aben-Humeya nos recuerda el *Pelayo* de Quintana ; la degollacion de los Cristianos en el templo y una conjuracion estallando en medio de una diversion popular, entre gente sencilla, agena de que la muerte está tan cerca de la vida, y el dolor del placer, es contraste ya presentado en la *Conjuracion*. Ea el dialogo igual afectacion de sensibilidad y ternura, igual afectacion de sencillez que degenera á veces en trivialidad, como el *déjame*, que en tono de marido dice á su cansada mujer Aben-Humeya, y que arrancó risas. No pasaremos sin embargo en silencio el elogio debido á un efecto teatral bien entendido, como es el sonido de la campana de los cristianos, aprovechado para inflamar los ánimos por Aben-Humeya en la cueva. Empero ; bueno fuera que autor de tanto ingenio no hubiera acertado á producir en todo un largo drama cosa alguna que de alabar fuese !

Despues de lo que llevamos espuesto facil es conocer que no creemos que Aben-Humeya dé gloria alguna á su autor. Felizmente tiene obras que le han colocado ya en un puesto muy distinguido ; y nosotros, por su gloria misma, no quisieramos que le hubiese dado la importancia de escribirlo de

nuevo en castellano, una vez que ya en francés había salido flojillo, como el Santo de Zamora, cuya historia tenemos contada en uno de nuestros antiguos artículos. Por qué no falta malicioso que á propósito de eso recuerde el soneto célebre contra una composición escrita por Lope en cuatro lenguas, que empieza :

*Hermano Lope, bárrame el sone-
de versos de Ariosto y Garcila . . . ,*

y concluye :

*Y en cuatro lenguas no me escribas co-
que supuesto que dices boberi-
te vendrán á entender cuatro nacio-*

No seremos nosotros los que hagamos tal aplicación, si bien por otra parte ¿quien pudiera darse por ofendido de participar de las vicisitudes de Lope?

Háse puesto en escena *Aben-Humeya* con un esmero digno de mejor drama, y no han contribuido poco á entretenér á los espectadores el país nevado, el órgano, los villancicos, la cueva, los muchos moros que andaban por aquellas sierras, el palacio y el negro, improvisados de *Aben-Humeya*, y el nuevo telón de intermedio, presentado con tanta coquetería, y tan buenos efectos de luz.

Por esta vez la empresa merece los mayores elogios, y no se los queremos escasear. No ha sido tan buena la representación, si se exceptúa al señor Latorre. Romea mayor no ha entendido el papel, y le ha hecho sin dignidad ni color : mucho

sentimos dar esto disgusto á un actor que tan frecuentemente se hace acreedor á nuestros elogios. Y reasumiendo nuestra opinión, concluirémos diciendo, que al acabarse la función salió uno todavía con deseos de drama, á cuyo propósito contaremos al autor, si nos lo permite, una anécdota que nos hizo reír la primera vez que la oímos.

Un periodista francés, hombre de mérito y buen gusto, andaba perseguido por un conocido suyo, que estaba empeñado en llevarlo á comer á su casa. Era el periodista gastrónomo ademas, y no hubo de parecerse, tanto el obsequioso Anfitrión. Rehuía pues cuanto le era posible prestarse al ofrecimiento ; escapósele empero un dia decir que se iba á comer á la fonda delante del otro que andaba acechando siempre una ocasión semejante. Fué forzoso pagar la impudencia, y condescender aquel dia. No se había engañado el periodista, y la comida fue reducida como las esperanzas. Toda ella se volvió platos de adorno, mudanzas de cubiertos, entremeses y ramilletes. Acabada que fué, quiso el Anfitrión dar á su huésped una prueba de su buena voluntad, y díjole levantándose : "Ya sabe usted la hora á que se come en esta casa, y lo que se come; cuando usted guste podemos repetir este buen rato." A lo cual respondió sentándose de nuevo el desgraciado que se sentía vacío : "¡Oh! amigo mío, pues entonces, si á usted le parece, puede usted disponer que se repita ahora mismo."

LA NOCHE BUENA DE 1836.

YO Y MI CRIADO. (1)

DELIRIO FILOSÓFICO.

El número 24 me es fatal : si tuviera que probarlo diría que en dia 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo un dia 24 : soy supersticioso, porque el corazon del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer ; sin duda por esa razon creen los amantes, los casados y los pueblos, á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos ; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un dia 24 bueno. El dia 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y á imitacion de aquel jefe de policia ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente dia de sufrimiento y de resignacion, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro á muger porque no me diga

(1) Por esta vez sacrifico la urbanidad á la verdad. Francamente, creo que valgo mas que mi criado : si así no fuese, le serviría yo á él. En esto soy al revés del divino orador que dice *Cuadra y Yo.*

que sí, pues en punto á amores tengo otra supersticion : imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una muger le diga qué le quiere. Si no la cree, es un tormento, y si la cree..... ; Bienaventurado aquel á quien la muger dice *no quiero*, porque ese á lo menos oye la verdad !

El ultimo dia 23 del año 1836 acababa de espirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos ya estaba yo agachado esperando el aguácer y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, mas largas para el triste desvelado que una guerra civil ; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervencion, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El dia anterior había sido hermoso, y no sé porque me daba el corazon que el dia 24 habia de ser *día de agua*. Fué peor todavía ; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero ; como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frias, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha mas de seis meses sobre mi mesa, y de que solo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan mas que el cadáver ; compara-

ción exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza ó una ilusión. Ora volvía los ojos á los cristales de mi balcón ; veíalos empañados y como florosos por dentro : los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal ; así se empaña la vida, pensaba ; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tercos y brillantes ; los que ven solo los rostros, los ven alegres y serenos....

Haré merced á mis lectores de las mas de mis meditaciones ; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo : al menos no está obligado á pensar, puede fumar, puede leer la gaceta ! !

¡ Las cuatro ! ¡ La comida ! me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa ; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor é involuntariamente iba á exclamar como don Quijote : " Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer " por que al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos ! ! ! Una idea mas luminosa me ocurrió : era dia de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad á sus amos. costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí : esta noche me dirás la verdad. Saqué de mi gaveta unas monedas, tenían el busto de los monarcas do-

España, cualquiera diría que son retratos ; sin embargo eran artículos de periódico. Las miré con orgullo : come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio : solo en esa forma, solo por medio de ese estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes. Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional solo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y en la calle.

¿ Qué és un aniversario ? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿ qué sería de nuestros aniversarios ? Pero al pueblo le han dicho : hoy es un aniversario : y el pueblo ha respondido : pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble. ¿ Por qué come hoy mas que ayer ? O ayer pasó hambre, ó hoy pasará indigestión. Miserable humanidad destinada siempre a quedarse mas acá ó á ir mas allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo, nació el que no reconoce principio ; y el que no reconoce fin, nació para morir. Sublime misterio.

¿ Hay misterio que celebrar ? Pues comamos, dice el hombre ; no dice : reflexionemos. El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡ Argumento terrible en favor del alma !

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comes-

tibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo menos que ocurrírme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de viveres una frente altísima y estenuada: una mano seca y roida llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirijía á los bulliciosos liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvención y la culpa, aquella agria y severa, está indiferente y descarada.

Todos aquellos viveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demás.

¡ Las cinco ! hora del teatro : el telón se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mugeres y las mugeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mugeres, en congresos y en cerrillos. Y las mugeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia ; un novio que no ve el logro de su esperanza : ese novio es el pueblo español : no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al dia siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendi-

jas de los balcones, el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar : las campanas que ha dejado la junta de engranación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿ Que es esto ? ¿ Va á espirar el 24, y no me ha ocurrido en él mas contratiempo que mi mal humor de todos los días ? Pero mi criado me espera en mi casa ; como espera la cuba al catador, llena de vino ; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es un hombre ; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo ; su color es el que indica la ausencia completa de aquello en que se piensa, es decir, que es bueno ; las manos se confundirían con los pies, sino fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos : á imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están á uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una consola, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada ; también tiene dos ojos en la cara ; él cree ver con ellos ; que chasco ! lleva ! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores : algunos ejemplares de regalo finos y bien

empastados ; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos mas humildes, me reservaba en él mi mal rato del dia 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al travéz del cieno. Me abrió mi criado, y no tardo en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil, esclamé empujando suavemente aquél cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venia sobre mí ; Oiga ! está ébrio. ¡Pobre muchacho ! ¡Da lástima !

Me entré de rondon á mi estancia ; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido : una vez dentro los dos, su aiento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz una bocanada de aire colada por la puerta al abrirmel, cerró la de mi habitacion, y quedamos dentro casi oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Figaro, aquella en figura de hombre beodo arrimado á los pies de mi cama para no vacilar y yo á su cabecera, buscando inutilmente un fósforo que nos iluminase,

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas enfrente de mí : no sé porque misterio mi criado encontró entonces, y de repente voz y palabras, y habló y raciocinó : misterios mas raros se han visto acreditados : los fabulistas hacen hablar á los animales ¿porque no he de hacer yo hablar á mi criado ? Oradores conozco yo de quienes hace algun tiempo no hubiera hecho yo una pintura mas favorable que de mi astur, y que han roto sin embargo á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, youento un hecho : tal me ha pasado : yo no escribo para los que dudan de mi veracidad : el que no quiera creerme puede doblar la hoja : eso se ahorrará tal vez de fastidio ; pero una voz salió de mi criado y entre ella y la mia se estableció el siguiente diálogo.

—Lástima, dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamacion. ¿Y porque me has de tener lástima, escritor ? Yo á tí, ya lo entiendo.

—¿Tú á mí ? pregunté sobre cogido ya por un terror supersticioso : y es que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha : tú vienes triste como de costumbre yo estoy mas alegre que suelo. ¿Porque ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mil luces al abrirte todas las noches ? ¿Porqué esa distraccion constante y esas palabras vagas é interrumpidas de que sorprendo todos los dias fragmentos errantes sobre tus labios ? ¿Por que te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima ? ¿Quien debe tener lástima á quien ? No pareces criminal ; la justicia no te prende al menos ; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúas, ó á los que matan con puñal ; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciéndo á la muger casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una existencia con una palabra dicha al oido, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasion que su ver-

dugo le ha propinado. Que de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador. Los entierran : dice que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de tí, y ese frac elegante, y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No; has de oír al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de tí para siempre la muger que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Mas de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasión y á la sociedad:

Tu buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor; y que tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos. Preciado de gracioso, harías reir á costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido: ó cada vencimiento es una humillación, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes

y no quieres tener enemigos. ¡A mí, quien me calumnia ! ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante á cubrir mis necesidades : á tí te paga el mundo como paga á los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreciable, y el dia que te apoderes del látigo, azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamais hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiais de opinión, apostatais de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsistencia rara, despreciarás acaso aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas á tus lectores para ser de ellos adulado; y eres tambien despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

—Basta, basta !

—Concluyo ; yo en fin no tengo necesidades: tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragais oro, ó para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees dia y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría ; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mugeres echo mano de mi salario, y las encuentro fieles por mas de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón y vas, y lo arrojas á los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y lo entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladron al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á tí mismo.

—Por piedad déjame, voz del infierno:

—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor? Y cuando descubres que son palabras, blasfemias y maldicencias. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y sino es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas á tí mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tu lo estás de deseos y de impotencia!!!

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo cansado del esfuerzo había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado; y el asturiano roncaba. ¡Ahora te conozco, esclamo, dia 24!

Una lágrima preñada de horror y de desesperación surcaba mi mejilla ejada ya por el dolor. A la mañana amo y criado yacían, aquel en el lecho, este en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto la *Noche buena* era pasada y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella la seguía llamando *Noche buena*.

—
—
—

CRONOLOGIA.

EXEQUIAS DEL CONDE DE CAMPO-ALANGE.

DOMINGO 15 DE ENERO.

Vive el malvado atormentado, y vive,
y en siglo entero de maldad completa;
y el honrado mortal.....
nace y deja de ser.....

Cienfuegos.

Ya hace días que se consumó el infiusto acontecimiento que nos pone la pluma en la mano; pero por una parte el sentimiento ha apagado nuestra voz, y por otra no temíamos que el tiempo pasando amortiguase nuestro dolor.

Hoy se han celebrado en Santo Tomás de esta corte las exequias del conde de Campo-Alange: hoy sus deudos y sus amigos, y la patria en ellos, han tributado al amigo y al valiente el último homenaje que la vanidad humana rinde después de muerto al mérito, que en vida suele para oprobio suyo desconocer.

En buen hora el ánimo que se aturde en las alegrías del mundo, en buen hora no crea en Dios y en otra vida el que en los hombres cree, y en esta vida que le forjan; empero mil

Tomo IV.

veces desdichado sobre toda desdicha quien no viendo nada aqui abajo sino caos y mentira, agotó en su corazon la fuente de la esperanza, porque para ese no hay cielo en ninguna parte, y hay infierno en cuanto le rodea. No es lícito dudar al desdichado, y es preciso no serlo para ser impio

El rumor compasado y misterioso del cántico que la religion eleva al Criador en preces por el que fué, el melancólico son del instrumento de cien voces que atruena el templo llenándole de santo terror, el angustioso y sublime *de profundis*, agonizante clamor del ser que se refugió al seno de la creacion, alma particular que se refunde en el alma universal, el último perdon pedido, la deprecacion de la misericordia alzada al Dios de justicia, son algo al oido del desgraciado, cuando de vueltos los sublimes ecos por las paredes de la casa del Señor, vienen á retumbar en el corazon, como suena el remordimiento en la conciencia, como retumba en el pecho del miedoso la señal del próximo peligro,

Desde la tumba no es ya á los hombres á quien pide el hombre misericordia; los hombres no tienen misericordia para el caido, y no dan su piedad sino al que no la necesita. En tan sublime momento no es á los hombres á quien pide el hombre justicia. Los hombres no prestan su justicia sino al fuerte contra el débil. A los pies del Altísimo no es ya á la opinion de los hombres á quien recurre el alma en juicio. La opinion de los hombres premia el mérito con calumnias. El odio lo sigue y la persecucion, como sigue la chispa eléctrica la cadena de hierro que la conduce.

¿ Y no ha de haber un Dios y un refugio para aquellos pecados que el mundo arroja de sí como arroja los cadáveres el mar ?

El Conde de Campo-Alange ha muerto: una corta vida, pero de virtudes y de sacrificios, le ha sido mas fecunda de gloria y de merecimientos que los cien años pasados por otros en la apatía ó en la prevaricacion. Su biografia es bien corta, las paginas de su historia pueden llenarse en breve; pero ni una mancha en ellas! En la actual confusion que como á nuestras cosas y á nuestras ideas ha alcanzado á nuestra lengua en la prodigalidad de epítetos que tan facilmente aplicamos, parecerá nuestro elogio tibio; pero la verdad presidirá á él, y el sentimiento de lo justo; tributo el mas noble para la memoria del que nos le merece, que acaso á ese único premio aspiraba, y á unas cuantas lágrimas sobre su tumba.

Donde son tan pocos los hombres que hacen siquiera su deber, ¿ que mucho será que el dictado de héroe se aplique diariamente á quien se distingue del vulgo haciendo el suyo? Llamamos patriota al que habla, y héroe al que se defiende; ¿ Que llamaremos un dia al que nos salve, si alguien nos salva?

El Conde de Campo-Alange no era un héroe como en menguados elogios lo hemos visto impreso. Nosotros creeríamos ofenderle ó escarnecerle mas que encomiarle con tan ridículos elogios. Ni había menester serlo para dejar muy atras al vulgo de los hombres entre quienes vivió. Era un joven que hizo por principios y por aficion, por virtud y por nobleza de caracter, algo mas que su deber; dió su vida y su hacienda por aquello porque otros se contentan con dar escándalo y voces. Amaba la libertad, porque él, noble y generoso, creyó que todos eran como él nobles y generosos; y amaba la igualdad, porque igual él al mejor, creía de buena

fé que eran todos iguales á él. Inclinado desde su mas tierna edad al estudio, pasó sobre los libros los años que otros pasan en cursar la intriga, y en avezarse á las perfidias de la sociedad en que han de vivir. Español por carácter y por afición, estudió y conoció su lengua y sus clásicos, y supo conciliar las aficiones patrias con ese barniz de buena educación y de tolerancia que solo se adquiere en los países adelantados, donde la civilización ha venido á convencer á la sociedad de que para ella solo las cosas, solo los hechos son algo, las personas nada. Conocedor de la literatura española, y entendido por demás en las extrangeras, su afición á la carrera militar le llevó á asistir al famoso sitio de Amberes, donde comenzó al lado de experimentados generales á ejercitarse en las artes de la guerra. De vuelta á su país sus afectos personales, su posición independiente, su mucha hacienda le convocaban al ocio y á la gloria literaria que á tan poca costa hubiera podido adquirir. Pero su patria gemía despedazada por dos bandos contrarios que algun dia acaso se harán mutuamente justicia. El corazón generoso del jéven no pudo permanecer indiferente y dormido espectador de la contienda. Alistado voluntariamente en las filas de los defensores de la causa de la libertad y del Mediodía de Europa, desenvainó la espada, y desgraciadamente para no volverla á envainar. Casa, comodidades, lujo, porvenir, todo lo arrojó en la cima de la guerra civil, monstruo que adoptó el noble sacrificio, y que devoró por fin aquella existencia, bien como ha devorado y devora diariamente la sangre de los pueblos y la felicidad, acaso ya imposible, de la patria.

Distinguido por su pericia y su valor, no se contentó con

exponer su vida en los campos de batalla; la muerte le dió mas de un aviso, que desoyó noblemente. Herido en jornadas gloriosas, fué ascendido al grado de Coronel sobre el campo de batalla, y entre los cadáveres mismos que no hacían mas que precederle algunos meses. Hizo mas: cuando una revolución no esperada, y de muchos no aceptada, desarmó centenares de brazos, y entibió muchos pechos que creyeron deber distinguir el interés de la patria del interés de un gobierno que le había sido impuesto accidentalmente, Campo-Alange llevó al extremo su generosidad, y creyó que no era su misión defender el Estatuto ó la Constitución; en una ó en otra forma de gobierno la libertad seguía siendo nuestra causa; Campo-Alange, demasiado noble para ser hombre de partido, se vió español y nada mas, y no envainó la espada. No queremos ofender á nadie; pero si los demás que como él pensaban habían ofrecido hasta entonces su vida á la patria, él ofreció mas, ofreció su opinión. Noble y tierno sacrificio que de nadie se puede exigir, pero que es fuerza agradecer. Y el que esto hacia no buscaba sueldos que no necesitaba, que cedia al erario, no buscaba honores, que en su propia cuna había encontrado sin solicitarlos al nacer.

No ofenderemos, ni aun después de su muerte, la modestia de nuestro amigo. Esa sencilla relación es el mayor elogio, es el epíteto mas glorioso que podemos encontrar para su nombre.

¿Y cuándo cortó el plomo cobarde, disparado acaso por un brazo aun mas cobarde, esa vida llena de desinteres y de esperanzas? Era preciso que la injusticia de la suerte fuese completa. Era preciso que la ilustre víctima no columbrase

siquiera el premio del sacrificio; hubiera sido para él una especie de compensación el haber espirado en Bilbao, y el haber oido el primer grito siquiera de aquella victoria, por la cual daba su sangre. Era preciso que quien tan noblemente se portaba llevase consigo al sepulcro la amargura de pensar que había sido inútil tanto sacrificio.

El Conde de Campo-Alange espiró dejando sumas cuantiosas á los heridos como él y desconfiando del propio triunfo á que con su muerte contribuía.

Pero era justo; Campo-Alange debía morir. ¿Qué le esperaba en esta sociedad? Militar, no era insubordinado; á haberlo sido, las balas le hubieran respetado. Hombre de talento, no era intrigante. Liberal, no era vocinglero; literato no era pedante; escritor, la razón y la imparcialidad presidían á sus escritos. ¡Que papel podía haber hecho en tal caos y degradación!

Ha muerto el joven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa!

En la vida le esperaba el desengaño; la fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por este que por aquella, que esos viven muertos y le envían!

Séale lo tierra ligera. Si la memoria de los que en el mundo dejó puede ser de consuelo para el que dejó de ser, ¡nadie la llevó consigo más tierna, más justa, más gloriosa!

—♦—

FIGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO.

Señores redactores. En este momento recibo esa carta que adjunta remito á ustedes para su publicación y contestación, en descargo de la responsabilidad que el que me la escribe me hace con su consulta contraer. Dice así la carta.

"Señor Figaro: Muy señor mío y mi dueño (esto estaba demás, porque en el día ya no hay nadie que sea señor ni dueño de nada: solo por cumplimiento puede pasar.) Soy hombre concienzudo y honrado; no extrañe usted este principio extravagante, ni me llame loco todavía: á causa de esas dos cualidades me ando solo por el mundo, por no encontrar con quien hacer pareja. Soy ademas habanero: esto no es tan raro: y me sucede un caso que para mí tranquilidad le tengo de consultar. Ya se acordará usted, señor Figaro, que en Agosto pasado se juró la Constitución de 1812 en esta monarquía: y de que por tercera vez dijimos todos *Constitución ó muerte*. Recuerdo este hecho, porque como casi nadie lo ha observado, pudiera habersele olvidado á usted. Yo soy constitucional, si los hay. Pues á la sazón en que por unanimidad se estaba poniendo el Código en España, me hallaba yo en París, y me venía á Madrid: francamente me faltaba tiempo para venir á gozar de esa libertad que tan feliz hace al pueblo

que la llega á obtener. Pedí mi pasaporte, pero se ocurrió una dificultad. No en las señas particulares que ninguna tengo, si no es la conciencia en que como he dicho á usted abundo, la cual aunque es señá mucho mas particular que una joroba, no tiene que constar en el pasaporte: ni menos en el fiador, ni en nada de eso, sino es que me dijeron en la embajada que necesitaba indispensablemente una cosa para venir á España. Ocurrióscme si seria *carruage*, y dije que ya tenía el asiento tomado, y que si aludian á dinero y camisas, que era lo que el ventero recomendaba á Don Quijote para andar por el Mundo, dineros y camisas tenia, pero no era eso; dijérонme que eran preciso mas que camisas y dineros, mas todavía que *carruage, jurar allí la Constitucion*. Nunca he entendido lo que es jurar un código: por ahí conocerá usted si soy corto: alegué que yo era muy afecto á la Constitucion desde que había visto el mucho provecho que traia á mi pais; que en cuanto á jurar, no tenía costumbre de jurar, ni estaba en mis hábitos, añadí que como juraban muchos en falso lo que luego desjuraban, no creia yo que debia eso de tener gran fuerza: por fin, que yo era hombre de bien; como se echaba de ver en mi simpleza, que entre hombres de bien la palabra debia bastar, y que por lo tanto yo no juraría la Constitucion, pero que en cambio se contentase el señor ministro, ya que eso parecia hacerle tanta falta, con que yo le diese *palabra de Constitucion*.

Contestóscme que no estaba la España para pagarse de palabrar: que ya muchos la habian engañado con buenas palabras: que aun en lo de los juramentos solia haber sapos y culebras, cuanto mas en las palabras: que estas se las lleva

el viento, y que los juramientos es cosa mas pesada: que en cuanto á lo de no tener yo hábito de jurar, que lo adquiriese, que alguna vez había de empezar; que no era libre el hombre de tener mas hábitos que los que tienen los demas con quienes vive; y en cuanto al escrúpulo de poder jurar en vano, que eso no era cuenta del señor embajador, sino mia, y en ello el dia de mañana podria yo hacer como otros lo que mas me conviniese. Juré pues en vista de esto, y vineme á España mas contento, como quien habia hecho una buena accion y habia sacado de un apuro á un ministro. No me ocurrió desgracia alguna en el camino, ni yo lo estrañé trayendo el juramento en el cuerpo como yo le traía.

Pero es el caso, señor Figaro, que en el dia me encuentro con que en la Habana no solo no se ha jurado la Constitucion, sino que no se ha debido jurar; que el gobierno, á quien yo tanto respeto, ha mandado que no se jure, y que los habitantes de la Isla de Cuba, que la han jurado, son rebeldes; que parece que la Constitucion no es género ultramarino, ni menos un bien absoluto, sino relativo; en una palabra, que es como un sombrero que no viene bien mas que á la cabeza para la cual ha sido hecho, y por tanto solo en la Península puede convenir; que es como si dijéramos; *tal para qual*. No me asombra esto, sabiendo que hay vinos que yendo hacia el Mediodia pierden, y viceversa. Así comprendo muy bien que dentro de poco resulte que esté el señor Isturiz emigrado en París por haberse opuesto á la Constitucion, y el señor Lorenzo emigrado en los Estados Unidos por haberla jurado. Todo esto está bien, señor Figaro; pero ¿y mi conciencia? Mi juramento me bulle en el estómago, y me repite desde que he

visto estas cosas como comida que se ha indigestado. Si sabiendo que soy habanero, saben que he jurado la Constitución, y me prenden, y me ahorcan, ¿qué hago? Dirá usted: *dejar-se enterrar*. Eso será con respecto al cuerpo; pero ¿y mi alma? ¿y la vida eterna? Que no debí jurar es claro; que juré es evidente. ¿Qué hago yo con mi juramento? ¿dónde lo echo? Repito contra el ministro residente en París, como letra protestada, ó tengo que ir á Roma por dispensa?

¿Y no sabía el señor ministro que los habaneros somos á los españoles lo que los escuderos á los caballeros andantes, y las estrecheces y preeminencias de la orden de caballería nos alcanzan ni atañen; que para ellos están reservadas las hijas de los alcaldes, las princesas y las Constituciones, y para nosotros los moros encantados, los candilazos y los gobiernos absolutos?

Sáqueme usted, señor Fígaro, cuento antes de estas dudas; cuente que le deberé mas que la vida, pues le deberé el honor y mi salvación, y mire que no se pierda mi conciencia, siquiera porque tengo para mí que es la única que ha quedado en todos los dominios que tan felizmente rige y goberna el señor Calatrava Q. D. G. (como oro en paño), y que tan abundantemente recauda el señor Mendizabal (Q. D. H.), si algo le queda por haber."

Suyo afectísimo—*El Habanero.*

Era es la carta. Ustedes harán lo que les parezca—*Fígaro*

— 900 —

HORAS DE INVIERNO.

El editor de esta colección, que bastan á recomendar los autores de cuyas obras se echa mano para ella, tiene harto acreditado su buen gusto para que su publicación pudiera confundirse en el sin número de otras del mismo género, y que con títulos semejantes duermen en nuestras librerías. Conocido por producciones originales y artículos muy recomendables insertos en el Artista, se ha lanzado en cuerpo y alma en la traducción. Esto es un efecto natural de nuestra decadencia, del poco premio, del ningún estímulo, del peligro, del escalón que ocupa, en fin, en las jerarquías europeas la sociedad española. Nada nos queda nuestro sino el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad presente, tropezamos en nuestra marcha adonde quiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas, si puede haber ruinas que hagan honor á un pueblo; pero así tropezamos con ellas como tropieza el imbécil moscardón con el diáfano cristal, que no acierta á distinguir de la atmósfera que le rodea. Es demasiado cierto que solo el orgullo nacional hace emprender y llevar á cabo cosas grandes á las naciones, y ese orgullo ha debido morir en nuestros pechos. Juguete hace años de la intriga extranjera, nuestro suelo es el campo de batalla de los demás pueblos; aquí vienea los principios en-

contrados á darse el combate; desde Bonaparte, desde Tras-
falgar, la España es el *Bois de Boulogne* de los desafíos euro-
peos. La Inglaterra, el gran cetáceo, el coloso de la mar
necesitó medir sus fuerzas con el grande hombre, con el co'oso
de la tierra, y uno y otro reclamaron: *Nos falta terreno, ¿dónde
reñiremos?* Y se citaron para España. Ventilada la cues-
tion, aniquilado el vencido, acordieron los amigos del vencedor
y reclamaron la parte en el despojo. El huésped que había
prestado su casa para la acerba entrevista reclamó siquiera el
premio de su cooperación; y ¿que le quedó? Lo que puede
quedarle al campo de batalla: los cadáveres, el espectáculo
de los buitres, y un letrero encima: *Aquí fué la riña.*

La América devolvió á su conquistadora con creces y con
usura el principio democrático cuyo germen le había lanzado
imprudentemente la Europa de Luis XVI y Carlos IV. El grito
resonó desde las columnas de Hércules hasta las orillas del
Rhin; los pueblos solevantaron sus cabezas y hicieron vaciar
los tronos que pesaban sobre ellos: la degradada Italia
intento dar de mano aquí y allí á sus muellies ocupaciones artís-
ticas, y espasmos políticos se hicieron sentir hasta en el
Etna, que pareció querer vomitar otra cosa que llamas fatuos
y tibias cenizas. El Norte hubo de desembainar la espada
de Waterloo, y lanzó contra el principio democrático el credo
de la Santa Alianza. ¿Pero dónde pelearemos? se dijeron.
Nuestras campañas son fértils, nuestros pueblos están llenos;
¿dónde hay un palenque vacío para la disputa? Y también
se citaron en España. Pero esta vez no hubo necesidad de
combate: los buitres citados por el rumor de la próxima pelea
vinieron, y no pudiendo repartirse los muertos, se repartieron
los vivos.

Mas tarde el derecho divino, y la legitimidad por la gra-
cia de Dios, han necesitado reunir sus últimas fuerzas para
dar combate al derecho del hombre, y á la legitimidad por la
gracia del pueblo, y esta última vez no ha sido necesario ya
traer los principios al palenque; ellos han nacido en su terri-
no: el Norte y los Torys, el Mediodía y los Whigs han acudido
al primer silbido del Watman, del hombre de la noche, y las
provincias vírgenes de España han visto su velo desgarrado,
y profanado su seno que habian respetado los romanos y los
godos, los hijos de Cárlos Martel y los nietos de Omar, por
las sangrientas manos de los liberales y de los carlistas. De
tradición antigua yes la España el palenque de las disputas
agenas: la España no ha visto limpio su suelo de las armas
estrangeiras sino cuando ha empuñado el tizón de la discordia
y cuando le ha lanzado con la atrevida mano de Carlos I en
los demás pueblos, porque antes de ese corto periodo de con-
quista, ¿dónde sino en España ventilaron sus cuestiones
Roma y Cartago, la Cruz y la Media-luna, la Europa y el Asia?

Es una verdad eterna: las naciones tienen en sí un prin-
cipio de vida que creciendo en su seno se acumula y necesita
desparramarse á lo exterior: las naciones como los individuos,
sujetos á la gran ley del egoísmo, viven mas que de su vida
propia de la vida agena que consumen, y ¡ay del pueblo que
no desgasta diariamente con su roce superior y violento los
pueblos inmediatos, porque será desgastado por ellos! O atraer
ó ser atraido. Ley implacable de la naturaleza: ó devorar ó
ser devorado. Pueblos ó individuos, ó víctimas ó verdugos.
Y hasta en la paz, quimérica utopía, no realizada todavía en
la continua lucha de los scres, hasta en la paz devoran los puc-

blos, como el agua mansa socaba su cauce, con mas seguridad, sino con tanto estruendo como el torrente.

El pueblo, que no tiene vida sino para sí, el pueblo, que no abruma con el excedente de la suya á los pueblos vecinos, está condenado á la oscuridad; y donde no llegan sus armas no llegarán sus letras; donde su espada no deje un rastro de sangre, no imprimirá tampoco su pluma ni un carácter solo, ni una frase, ni una letra.

Volvieran, si posible fuese, nuestras banderas á tremolar sobre las torres de Amberes, y las siete colinas de la ciudad espiritual, dominaría de nuevo el pabellón español el golfo de Méjico y las sierras de Arauco, y tornáramos los españoles á dar leyes, á hacer papas, á componer comedias y á encontrar traductores. Con los Fernandez de Córdoba, con los Espinozas, los Albas y los Toledo tornáran los Lopez, los Ercillas y los Calderones.

Entre tanto (si tal vuelta pudiese estarnos reservada en el porvenir, y si un pueblo estuviese destinado á tener dos épocas viriles en una sola vida) renunciemos á crear, y despojémonos de las glorias literarias como de la preponderancia política y militar nos ha desnudado la sucesión de los tiempos.

Ni *é* de qué suerte crear entre nosotros? *é* Cómo? *é* Y para qué? El genio, como el cedro del Líbano, nace en las alturas, y crece y se hace fuerte á los embates de la tempestad: no en los bajos ni en la confusión de las vertientes cenagosas que se desprenden á inundarlos de la montaña. El génio ha menester del laurel para coronarse; y *é* dónde ha quedado entre nosotros un vástago de laurel para coronar una frente? El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas.

Escribir y crear en el centro de la civilización y de la publicidad, como Hugo y Lherminier, es escribir. Porque la palabra escrita necesita retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar repetida de onda en onda hasta el confín de la superficie; necesita irradiarse, como la luz, del centro á la circunferencia. Escribir como Chateaubriand y Lamartine en la capital del mundo moderno es escribir para la humanidad; digno y noble fin de la palabra del hombre, que es dicha para ser oída. Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno siquiera para los suyos. ¡Quienes son los suyos! ¿quien oye aquí? Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las mesas de los cafés, son las divisiones expedicionarias, son las pandillas de Gomez, son los que despojan, ó son los despojados?

¿Será el teatro el refugio de nuestra gloria? ¿El teatro sin actores y sin público, el teatro nacional, que por último insulto, para mengua eterna y degradación sin fin del país, es ya una sucursal de la ópera, y un llena-huecos para las noches en que está ronca la primera dama? Porque es preciso imprimirlo; habrá quien no lo sepa: el teatro nacional no tiene ya empresa y dirección propia: el teatro nacional ha sido confiado á la dirección misma de la ópera, que ha tenido la bondad de recogerlo moribundo de manos de los actores que no pueden soportar en él

; la dura carga que en sus hombros pesa!!!

¡Caso no ocurrido hasta la presente en país alguno, es el escándalo de que la desdichada patria de Moreto y de Alarcón esté reservada á dar ejemplo!

Y después de estas reflexiones ¿querremos violentar las leyes de la naturaleza, y pedir escritores á la España? Hay una armonía en las cosas del mundo que no consiste el desnivel; cuando en política tenga Taylleranes ó Periers, cuando en armas tenga Soult, cuando en su cámara tenga Thiers, cuando en ciencias tenga Aragos, entonces tendrá en literatura Chateaubrianes y Balzaes.

Lloremos, pues, y traduzcamos, y en ese sentido demos todavía las gracias á quien se tome la molestia de ponernos en castellano, y en buen castellano, lo que otros escriben en las lenguas de Europa: á los que, ya que no pueden tener eco, se hacen eco de los demás: no estrañemos que jóvenes de mérito como el traductor de las Horas de Invierno rompan su lira y su pluma y su esperanza. ¿Qué haría con crear y con inventar? Dos amigos dirían al verle pasar por el Prado ¡tiene chispa! Muchos no lo dirían por no hacer esa triste confesión. Los mas no lo sabrian; las bellas creerían hacerle un gran elogio diciendole: *romántico*: algunos esclamarían: *es buen muchacho, pero es poeta!* Otra parte, y no la menor, le calumniaria, le llamaría inmoral y mala cabeza, ¡infernaria su existencia y la llenaría de amargura!

El gobierno le enviaría en premio á las Baleares, llamándole revolucionario, y el resto del público le preguntaría en la calle de la Montera el dia que saliese á ver el efecto que hubiese hecho su última obra:

¡*Hola! poeta, ¿qué hay de Gómez?*

HERNANI,

○ EL HONOR CASTELLANO.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

No dejaba de ser aventurada la presentación de *Hernani* en la escena española: *Hernani*, obra de uno de los mayores poetas que han visto los tiempos, abrió magestuosamente la marcha de la nueva escuela moderna francesa. Pero si en ella Victor Hugo osa separarse ya á cara descubierta de los antiguos preceptos, no tuvo, sin embargo, por conveniente atropellar todas las convenciones establecidas de muy antiguo en el arte, ni arrojó en ella á manos llenas como en obras posteriores los raros atrevimientos á que solo puede entregarse con buen éxito el talento superior.

Ya hemos dicho repetidas veces que Victor Hugo es mas poeta que autor dramático; no porque el conocimiento del teatro le falte, sino porque su imaginación ahoga casi siempre en él la voz del corazón, y en este sentido le hemos marcado en el teatro un puesto inferior al que nos parece ocupaba Alejandro Dumas. *Hernani* hubo de arrebatar al público francés, amigo de declamaciones, y de pinceladas históricas: la novedad, la nueva bandera bajo la cual representaba el proscripto de Aragón, le aseguraron un triunfo, que todavía no po-

día atribuirse á un partido literario, á cuya formacion iba á contribuir.

Pero en la escena española todos esos motivos de buen éxito no existian: tomando aquí las producciones extranjeras no en el órden en que ven la luz, sino bienamente cuando y como podemos, *Hernani*, primer paso de la escuela moderna, ha venido á presentarse á nuestra vista despues de haber apurado nosotros hasta los excesos de esa escuela. La parsimonia misma de efectos sorprendentes que ha usado el autor nos lo debia hacer parecer pálido y descolorido despues de *Lucrécia Borgia* y de *Catalina Howard*; y si se hallaba rescatado este inconveniente con el interes que debia escitar en España un asunto español, tambien se ocurría la nueva dificultad de ser mas necesaria á *Hernani* que á ningun otro drama una buena traducción.

En esto, por fortuna, así Victor Hugo como el público español han sido felices. Y la traducción que de este cébre drama se nos ha dado es una de las mejores traducciones que en lengua alguna pueden existir. El traductor de las obras de Victor Hugo ha tratado á *Hernani* con rara predilección, con cariño: un lenguaje purísimo, un saber castellano, una versificación cuidada, armoniosa, rica, poética, la colocan en el número de las obras literarias de mas dificultad y de mas mérito. Por las alabanzas justísimas que al Sr. de Ochoa tributamos, podrá conocer el público que no es comenzañ de satirizar la que nos anima cuando condenamos sin piedad las traducciones comunes que diariamente se nos dan. Es justicia. Traduzcan los demás como el Sr. de Ochoa, y nuestra pluma, constantemente imparcial, correrá sobre el papel para

el elogio con mas placer quo para la amarga crítica. Bien hubieramos querido que el traductor en vez de esplayar mas y desleir algunas escenas, hubiera tratado de reducirlas á los menos límites posibles, sin alterar el sentido; pero conocemos que el respeto debido al grave poeta le habrá contenido, y realmente esto no nos sorprende en un traductor tambien poeta. Es difícil, traduciendo á Victor Hugo, tomarse libertades. Por lo demás, concluiremos el ologio de esta traducción diciendo que escenas enteras hay escritas de tal modo que no las desdeñaría Calderón mismo. Hace muchos años que no habíamos visto ninguna que tanto nos satisficiese, si se exceptúa la de *Los Hijos de Eduardo*, hecha por D. Manuel Bretón de los Herreros tambien con esmero y tino singulares.

No describiremos el argumento de *Hernani*. Los dramas vulgares, cuyo mérito existe en la intriga, los cuentecitos caseros que suelen darnos á cuenta de comedias en nuestro teatro, consienten esa costumbre periodística. Haciéndolo tambien con *Hernani*, haríamos una injusticia al autor y á la obra; porque su mérito principal no estriba en que se case la dama con el galán, ni en que se presenten á la boda mas ó menos obstáculos dramáticos: El mérito de *Hernani* está en la concepción misma de la obra; en la pintura de Carlos I de España, mozalvete seductor de doncellas, rey galante en sus primeros años, y de Carlos V de Alemania, emperador ya de romanos, y desalojando del pecho intereses mezquinos y amorcillos de calavera, para dejar lugar en él á toda la ambición humana, á la grandeza de la misión que la Providencia le destina á llenar en el mundo. Todos los demás son medios que contribuyen á este grande efecto, que es el quo mas resal-

ta y ocupa, á despecho del título, de los sermones nestorianos del viejo don Rui-Gomez, de la posición violenta de *Hernani* y de su desdichado amor con doña Sol.

El verdadero drama parece concluirse en el cuarto acto, donde don Carlos V, ya emperador, renuncia á la hermosa doña Sol, y la dá por esposa al rebelde Hernani, devolviéndole sus títulos y honores. El poeta sin embargo, dominado de la primitiva idea de su obra, y preocupado del deseo de pintar su honor castellano, fantástico y exagerado como él lo entiende, se lanza á dar un quinto acto, fundado en la venganza del viejo don Rui-Gomez, quien dueño por un juramento de la vida de Hernani, viene á turbar la alegría del sarao y la felicidad de los novios, tañiendo una bocina, á cuyo sonido le juró Hernani poner su vida á su disposición en cualquier situación en que viniese á reclamarla. El viejo inexorable y zeloso tañe cada vez mas fuerte, y consigue matar á trompetazos el amor mas puro y el porvenir mas lisonjero de dos amantes felices. Ideas son estas y costumbres que contrastan demasiado con las nuestras.

En el siglo en que Chateaubriand ha escrito: "Comme on compte l'âge des vieux cerfs aux branches de leur ramures, on peut compter les places d'un homme par le nombre de ses serments," en ese siglo presentarnos el juramento respetado y cumplido hasta la muerte, es cosa realmente que hace morir de risa al espectador mas grave. Hernani pudiera haber alegado las circunstancias, ó cualquiera otra razón de la misma especie; pero Hernani se contenta con echarse á pechos un frasquete del mas rico veneno conocido, con lo cual el honor castellano, antiguo, queda en su punto, el público asfigido, y

el viejo contento, y repitiendo al ver los dos cadáveres: *muer-
to, muerta*.

Este final desgraciado, que no podía presumirse en el transcurso del drama, poco preparado, y fundado en una cosa tal como cumplir un juramento, ha sido la causa de que no fuese coronado *Hernani* de aplausos como parecía hacerlo esperar el placer con que los actos anteriores habían sido oídos.



MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRINCIPE DE LA PAZ.

ARTICULO PRIMERO.

En los tiempos antiguos y antes de la invención de la imprenta, la historia, viviendo á la ventura de rebuscos ó de eventuales hallazgos, mas se podía considerar como un espejo mal azogado que solo representaba á trozos objetos informes, que como un intérprete fiel y un juez severo de los hechos pasados. Apoyada en la tradición, las mas veces fabulosa ó exagerada, prestábase facilmente á la falsedad y á la adulteración.

racion á que la quisiesen sujetar las pasiones de los pocos que en recoger y trasmisitir anales se ocupaban.

Posteriormente el orgullo de las testas coronadas hubo de conocer la importancia de la pluma para conservar á la posteridad sus grandes hechos ó sus intrigas políticas, y cada rey mantuvo cronistas con el objeto de clasificar y glosar su reinado; pero facil es conocer la poca confianza que á los pueblos debian merecer tales compilaciones, hechas á expensas de un rey, por personas allegadas ó agradecidas, y á quienes solo podia el elogio ser lícito. Con pocas excepciones, la historia vino á ser no un cuadro fiel de las costumbres, de las necesidades, de las revoluciones de los pueblos, sino un retrato, favorecido como todo retrato, y de tamaño colosal, de cada príncipe ó magante, que reasumía en sí propio la importancia toda de sus gobernados. De tal suerte llegó á adquirir este carácter, que aun en tiempos modernos en que la tendencia de las ideas es mui otra, y en que han variado esencialmente los principios, en que se ha reconocido por fin que los reyes no son delegados de la divinidad, sino apoderados del pueblo, todavia conserva la historia sus régios atavios y su especialidad insultante para la generalidad de los hombres. Aun en manos muy hábiles la historia es apenas todavia la cronista de los pueblos: primer cortesana en los palacios, y la última por lo visto que los ha de abandonar; tarda en comprender su verdadera misión, y creo haber trasmisitido á la posteridad los hechos y las costumbres de una nación cuando ha referido los caprichos ó los usos de un príncipe.

Pero los tiempos han corrido, y la invención de la imprenta á la disposición de todo el mundo ha sido un puerto

contra un naufragio para clases y generaciones enteras: hecha industria lucrativa; todo el que no ha tenido otro oficio, todo el que se ha creido con ojos para ver, con oídos para oír, todo el que se ha figurado tener las cualidades de testigo (cualidades mas difíciles de poseer de lo que parece para no ser testigo á la manera de las paredes, dentro de las cuales pasan los acontecimientos), todo el que ha sentido dentro de sí ó la pereza de obrar, ó la insuficiencia de producir cosas dignas de ser por otros escritas, ha sido de una pluma, y ha esclamado: *Yo que no hago nada, escribiré lo que hacen los demás; escribiré lo que sobre ellos pienso, y hasta escribiré lo que yo hago, cuando no hago nada.* De aqui multitud de libros, de novelas históricas, de historias novelescas, de viages impresionales y de impresiones viageras que atormentan al mundo moderno y le ahogan y le sofocan, como las demasiadas mantas que se echan sobre un constipado; de aqui la multitud de *observaciones, relaciones, reflexiones y ojeadas*, sin contar con el sin número de anuncios que empiezan con *De*, como: *De los acontecimientos de la guerra de tal, de la conjuración de cual, de la oportunidad, &c. &c.*; de aqui ese torrente sin diques de memorias de la contemporánea, del contemporáneo, del ayuda de cámara, del médico, del barbero, del portero, de la muger, del padre, del hijo, del hermano, del sobrino, y de los amigos y de los enemigos del hombre que ha hecho, que ha sonado, que ha intrigado, que ha mandado algo; memorias de su cocinero, de su repostero, de su querida y de su viuda, acerca de la manera que tienen los hombres grandes de ponerse la corbata, de salir á paseo, de dormir, de estar despiertos; memorias de los que le han visto á todas horas, y de los que no le han visto á nin-

guna. De aquí, en fin, para la pobre historia otro escollo, no menos peligroso que el que en el principio de este artículo le hemos encontrado en los tiempos antiguos.

Entonces necesitaba de la linterna de Diógenes para buscar un hombre y un dato, y ahora necesita de todas las linternas del buen gusto y del sano criterio para desechar hombres y datos. Voces por un lado con una relación, voces por otro con la contraria: multitud de folletos y memorias, supuestos materiales para la historia, y en realidad verdaderos albañales que corren hacia un río para perderse en él, ensuciandole y entrabandole su curso; y solo por azar algun limpio manantial que le tributa su pura y cristalina corriente.

Si hemos comparado á la historia antigua con un espejo mal azogado, que solo á trozos representa objetos informes, ahora podemos comparar á la historia moderna como una inmensa luna colocada en un salón de máscaras, y en donde mezclados rebullen y se codean, se obstruyen y confunden en un disparatado conjunto de colores chocantes y chillones, sin juego ni armonía, reyes y vasallos, ricos y pobres, víctimas y verdugos, tiranos y tiranizados: ruido horrible y desapacible en que se aunán y mueren la verdad y la mentira, la calumnia y la reparación, la algazara del orgullo, y el sollozo del pobre, el piano del magnate y el rabel del pastor, la gira del fastuoso convite y el gemido del hambre, el ahullido de la envidia, el grito de la ambición, y el desesperado lamento del virtuoso abarcado, ó del mérito sofocado.

Hé aquí el sonido de la celebrada trompa de la historia, encargada de transmitir la verdad á la posteridad, de quien se dice que aquella es luz y ejemplo, norte y guia.

Así ofusca para ver la demasiada como la poca luz, y la verdad entre la multitud de datos contradictorios no hallará menos obstáculos para establecerse que en las épocas en que no tenía á su disposición una sola trompa por donde resonar. La mentira ó la orden del día y al alcance de todos desde la vulgarización de la imprenta tiene las pasiones en su favor, y la haría de los partidos interesados en ataviarla y lanzarla rica de argumentos y sofismas á la cabeza del vulgo crédulo y poco perspicaz.

Traslúcense sin embargo á los ojos de los mas estas triviales reflexiones, y la duda de lo cierto y de lo incierto mina por el pie multitud de libros escritos para hacer fortuna á costa del escándalo, envolviendo desgraciadamente en el comun desprecio hasta la razon y la justicia, cuando entre el clamor general de mentidos testimonios vienen á presentar á la severa opinión pública sus contradichos alegatos.

Una de las pocas obras sin embargo que habrán de merecer una honrosa excepción y que deben al menos ser detenidamente examinadas, es la que anunciamos en el epígrafe de este artículo. Don Manuel Godoy, de quien se puede decir lo que de don Alvaro de Luna dice su cronista; don Manuel Godoy grande ejemplo y escarmiento de privados, es un personaje histórico harto importante en los fastos modernos de España para que su voz pueda pasar oscuramente confundida en el ruido general del siglo vocinglero en que vivimos.

Su portentosa cuanto rápida elevación, la colossal influencia que en la suerte de nuestra patria ha ejercido durante muchos años, y las gravísimas inculpaciones de que ha sido objeto, hacen desear que rompiese un silencio, con el cual

autorizaba tácitamente cuanto de su administracion se ha dicho.

Y cuando se medita que aquel magnate que llegó á absorver en sí mismo el poder de un rey, que vió bullir en derredor de sus pórticos y antecámaras una corte compuesta de lo mejor de España, que el hombre que salió de un cuartel para hollar con sus botas de montar las régias alfombras que entapizaban los escalones del trono, cuando se reflexiona que aquel guardia á quien ascendió á su lecho una nieta de Luis XIV á la faz de una corte aristocrática, que aquel subalterno, á quien el genio del siglo pensó en colocar en un trono, es el mismo que en el dia, apeado de sus brillantes trenes, lanzado de su propio palacio, desnudado de sus galas y veneras, arrojado por la fuerza de la opinion á las márgenes de un río extranjero, se presenta á las puertas de la patria en modesto traje, con un humilde sombrero redondo en aquella cabeza que cubrieron coronas ducales, y con unos cuadernos impresos en la mano, no ya para rescatar las perdidas grandezas, sino para reconquistar el nombre de ciudadano español, que catorce millones de hombres poseen sin esfuerzo alguno, para demandar justicia, para hacerse simplemente escuchar; cuando se reflexiona en tan espantosa peripecia, es imposible negarse al deseo, á la curiosidad de oír, y solo entonces se concebe el interés extraordinario que deben inspirar al público las Memorias de ese hombre todavía más extraordinario, así por su elevación como por su caída:

Y decimos extraordinario por su caída, porque conocido el corazón humano, es preciso confesar que don Alvaro de Luna perdiendo en una vida y privanza es menos digno de

lástima que aquel que fué condenado por el destino á sobrevivir á su desgracia y á verse privado de todo después de haberlo gozado todo. Mero canal por donde las grandezas y los tesoros han pasado sin dejar en sus paredes mas que el desengaño; desengaño semejante al cielo que posa el agua al recorrer el cauce que su corriente socaba. El antiguo principio de la Paz, árbitro de España, y don Manuel Godoy, extranjero y particular en París, es la personificación del alma destinada á ver el cuerpo crecer, robustecerse, llegar á su apogeo, y sucumbir á la ley común de la decrepitud y la decadencia; don Manuel Godoy, condenado á ser espectador del principio de la Paz caído, es el hombre á quien se le concediera el funesto privilegio de contemplarse á sí mismo después de muerto.

Horrendo castigo por cierto, si fué delincuente, y ante el cual debe espirar todo renor, ante el cual la justicia misma de los hombres debe velarse el rostro, contemplando el alcance de su severidad. Y horrible ejemplo tambien si no fué delincuente, y si la alta posición en que se encontró, suscitando enemigos que mejor perdonan el crimen que la fortuna, pudo ser la causa principal de su desgracia.

No nos toca á nosotros decidir tan importante cuestión; la lectura de las Memorias del príncipe y los demás datos que la opinión pública tiene á la vista son los autos de este gran pleito entre el favorito y la sociedad. La opinión pública es quien debe hacer recaer su fallo. A nosotros meros artículos de un periódico, solo nos toca dar cuenta á nuestros lectores del objeto de la obra, de la posición del que la presenta á aquel supremo tribunal, de los puntos principales que abraza, de los documentos en que se apoya, y del poco ó mucho

mérito literario que puede encerrar; tarea que hubieramos llevado á cabo en un artículo solo, si las reflexiones que la publicacion de estas Memorias nos ha sugerido no nos hubieran obligado ya á traspasar los límites consentidos á semejante objeto por un diario como el nuestro. En otro número trataremos de dar cima á la labor que nos hemos impuesto lo mejor que los pocos conocimientos que nos adornan nos den á entender.



MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRINCIPE DE LA PAZ.



ARTICULO SEGUNDO.

En nuestro artículo anterior hemos indicado que los hombres perdonan mas facilmente el crimen que la fortuna. No somos nosotros quien lo decimos: verdad es harto conocida. La rápida elevacion del Príncipe de la Paz debió granearle, pues, muchos y poderosos enemigos: la marcha de los acontecimientos del siglo contribuyó no poco á envolverle

en la ruina de las viejas creencias; pero es fuerza ser imparcial, y no pedir á la débil humanidad mas que lo que bueñamente pueda dar de sí: la posicion de un ministro de Carlos IV, á fines del siglo pasado, y en la España de entonces, no era seguramente la de un golpe popular de revolucion. Hacer por tanto un crimen al Príncipe de la Paz de haber sido ministro de un despota, y de haberse opuesto á la propaganda de la revolucion francesa, es juzgar al hombre de entonces segun las ideas del dia. El grito de la revolucion lanzado en las orillas del Sena y éco del norte de América, no tuvo ni podia tener en las demas naciones de Europa la mejor acomida: no hallándose los demas pueblos en la situacion peculiar de la Francia, manifestóse en todos, mas ó menos, una oposicion no tanto debida á los naturales esfuerzos de sus gobiernos, como á las costumbres mismas de los gobernados. Pruébanlo asi entre nosotros los donativos verdaderamente voluntarios con que se anticipó la España á los deseos del gobierno de Carlos IV, y que excedieron con mucho á los que produjo en Francia misma el entusiasmo revolucionario. Esperérese ademas en buenhora de los filósofos y de los escritores, de los tribunos de los pueblos, el empuje reformador; exigir empero de los reyes y de sus ministros que se derriben á si mismos en favor de principios innovadores, es desconocer completamente la naturaleza de las cosas. Cuando aun en el dia, y despues del vuelo que han tomado las ideas, de reforzma, se vé constantemente á esos mismos tribunos del pueblo plantear, una vez llegados al poder, sistemas de resistencia contra los propios principios populares que los han elevado, querer que el favorito de Carlos IV se hubiera constituido en

la España de 1790 agente de la revolucion francesa, es querer imposibles. La libertad no se dá, se toma. Todo gobierno encierra por otra parte en sí un principio de *statu quo*, sin el cual dejaría de ser gobierno, pues le faltaría el principio de la propia conservacion. Ni la naturaleza de las cosas, ni el corazon humano, ni la política podian prestarse á semejantes exigencias ; por tanto solo queda una manera racional de juzgar al Príncipe de la Paz : es fuerza trasladarse á los tiempos en que ejerció su influencia, considerarle únicamente ministro de un gobierno monárquico absoluto, pues que este es un hecho innegable, y en tal concepto examinar si en calidad de tal su administracion fué acertada ó desacertada, ominosa para el pais, tiránica ó benéfica, estéril ó productiva. Y descendiendo despues del ministro al hombre, considerar si los actos públicos de su vida, si su manera de existir y de usar de su favor y de su riqueza fué criminal y de escándalo para el pais, por su influencia en las públicas costumbres.

Cuantos escritores españoles y extranjeros han hablado del príncipe de la Paz, copiándose unos á otros, han tratado de presentarle bajo una luz poco favorable ; quién le presenta como un coplero, una especie de bardo ó trovador que conquistó el favor de una corte muelle con indignos manejos y serviles bajezas. Achácanle los desastres de la guerra con la Francia de 1793 á 1795, y los de la posterior con la Inglaterra en los años siguientes. Designado por Napoleón para una especie de trono improvisado sobre las ruinas del Portugal, ofreciéntelo á sus lectores como habiendo tenido gran parte en el viaje de Bayona y en la abdicacion forzada de la familia real de España. Achacóle la voz pública proyectos de mas

temeraria ambicion : dijose que había aspirado al trono español, y que para ello había malquistado, educado mal y aun calumniado al príncipe heredero, Fernando VII despues, que entonces era el objeto de los deseos de la nación, porque así las naciones como los individuos están á veces sujetos á no saber lo que se desean.

El Abate Pradt, el general Foy, el biógrafo Arnault, Jouy, el canónigo Escoiquiz, y el mismo Muriel, de quienes aquellos se hicieron eco, han adoptado esas ideas y las han propalado. El silencio de don Manuel Godoy no hizo mas que corroborarlas. Así que, don Manuel Godoy debía comenzar por explicar la causa de tan singular silencio. Parécenos que lo hace en sus Memorias con tino y gran color de verdad. Ya hemos dicho que no nos erigimos en jueces ; no nos creemos competentes para ello ; solo somos exposidores de hechos. A la generacion presente, á la juventud del día, ya separada de los acontecimientos, y menos interesada en ellos que nuestros padres, toca pesar las razones del proscripto.

Despues de explicada la causa de su silencio, el príncipe pasa á dar la clave de su elevacion. Seguramente este era en sus Memorias el punto mas delicado, y que mas ansiará la expectacion pública ver aclarado ; pero don Manuel Godoy con una delicadeza estremada y propia de un español de los tiempos de Calderon, pasa rápidamente sobre esta circunstancia, y despues de haber dado una explicacion por lo menos verosímil, y de todo punto decorosa, se apresura á entrar en el descargo de sus actos administrativos.

Sea cual fuere la verdad, preguntarémos al lector si puestos en iguales circunstancias que el antiguo guardia de la real

persona, ¿hubiera habido muchos que hubieran hecho voluntaria dimision de la carrera que la fortuna les abria? Despues de hecha esta pregunta, y de convenir en que el número de los héroes y de los santos es infinitamente pequeño en este miserable mundo, pasáremos á otra cosa.

Su posicion para con la revolucion francesa, en su apogeo cuando don Manuel Godoy obtuvo el ministerio, era harto dificil.

Sin embargo en los dos primeros tomos que anunciamos de sus Memorias, don Manuel Godoy trata de probar que la conducta que observó fué la que debió, la que no pudo menos que observar. Que ni precipitó la guerra, ni la esquivó; que en ella, á pesar del mal estado en que encontró al pais, laureles y glorias se adquirieron que sostuvieron el buen nombre español; que esa guerra no costó esfuerzos gravosos á la nacion; que conoció la hora y el momento en que ademas de ser inútil y funesta aquella lucha, torcia su objeto, y que trató la paz no el primero, ni paz vergonzosa para nosotros, pues que la primera voz de paz vino de la república francesa, y pues que no nos costó ni una aldea, habiendo sido la España el unico pueblo de Europa que al ajustar sus paces con la Francia no sufrió ningun desfalco en sus fronteras.

Que posteriormente no quiso ser agente de las miras de la Gran Bretaña, y habiendo de luchar con esta ó con la Francia, prefirió la amistad de la República, salvando nuestro suelo de las desgracias sobrevenidas á los estados de Italia por su ciega obediencia á la Inglaterra; que nunca tomó sobre sí la responsabilidad de actos tan graves, sino que consultó el voto de los pueblos y el examen de los consejos del monarca,

Que el crédito en ambas guerras fue rea'zado y mantenido por la sencillez y la lealtad de sus operaciones y promesas.

Que no hubo durante su administracion ni persecuciones ni grandes castigos; que trató de reprimir el primero en España el colossal poder de la inquisicion, como lo logró; que amigo de las luces, de la ciencia y de las artes, les dispensó proteccion; y en realidad, al llegar aquí no podemos menos de llamar la atencion de nuestros lectores para recordarles un punto importante. Don Manuel Godoy encontró estos ramos en la mayor decadencia, y si protejó ó no su renacimiento, díganlo por nosotros cien nombres ilustres que en ellos se distinguieron y lograron en su tiempo mercedes y distinciones.

Sabida es la proteccion que dispensó á Moratin, sabido es que á su época van unidos los nombres de Melendez y Jovellanos, y otros infinitos que en ramos diversos presentaron un verdadero renacimiento en España: y seamos imparciales, recorramos las obras de los escritores de su tiempo, y será forzoso confesar que reinaba una amplitud para la imprenta, con que en tiempos muy posteriores nos hubiéramos contentado aun los mas descontentadizos.

No es menos interesante para lectores españoles la copia de documentos importantes y fidedignos con que don Manuel Godoy autoriza sus Memorias.

En cuanto al estilo, confesaremos que tiene el mérito de descubrir al hombre: desigual en gran manera, y viciado en general por la larga espatriacion, hemos notado con todo que siempre que habla el corazon, que siempre que el autor, inspirado de la amargura de su situacion, vuelve los ojos á esta patria que tan tristemente lo ha juzgado, corren de su pluma pá-

ginas tiernísimas, elocuentes, ciceronianas ; en vano se buscarían ya en ellas galicismos ni defectos gramaticales ; evidente prueba de que el ertusiasmo es la gran regla del escritor, y el único maestro de lo bello y de lo sublime.

Esa misma desigualdad constituye la originalidad de las Memorias. Es imposible, leyéndolas, no dudar muchas veces, no juzgar algunas en favor del proscripto, no asustarse del poder de la opinión y de las consecuencias de esta, si una vez se ha torcido ó maleado ; es difícil no derramar algunas lágrimas sobre la suerte de un hombre que si hubiese sido calumniado como pretende probar, nadie después de él tendría derecho á creerse desgraciado.

Nosotros ansiamos la conclusión de la publicación de estas interesantes Memorias que tanta luz van á dar á la historia del reinado de Carlos IV, poco conocido y mal apreciado ; y en el interin, sin prejuzgar nada acerca de la culpabilidad del acusado, sin negar la perniciosa influencia que semejantes elevaciones colosales tienen en la moral de un pueblo, sin decir que el príncipe de la Paz fuése un grande hombre, antes creyéndole inferior á la difíciles circunstancias al frente de las cuales se halló, nosotros, sin embargo, aconsejamos á nuestros lectores que lean las Memorias antes de confirmar ó de alterar sus juicios. El derecho de ser oido lo tiene todo el mundo, acordémonos generosamente de que ese es el único de que la suerte no ha podido despojarle. Triste resto de la grandeza pasada ; miserable derecho, cuando no hay otro, y terrible ejemplo á la par de las vicisitudes humanas.

— 600 —

MAGARITA DE BORGOÑA.

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS.

La última vez que tuvimos que hablar del célebre autor de esta composición dramática insistimos en la ventaja que á sus contemporáneos y rivales lleva en el artificio de sus comedias, en el interés que sabe darles, en el profundo conocimiento que tiene del corazón humano y de los efectos teatrales.

Si á alguno pudiera haberle quedado duda acerca de tales calificaciones, la representación de *La Tour de Nesle*, vertida al castellano con algunas alteraciones del original y bajo el título de *Margarita de Borgoña*, las podría desvanecer completamente, porque esa es la obra donde Alejandro Dumas hace mas gala y ostentación de aquellas dotes.

Asunto medio histórico, medio fantástico, enlazado con las costumbres de una época fecunda de argumentos de gusto moderno, el autor le ha combinado á su manera, mas bien á nuestro corto entender con la idea de producir efecto en el teatro, que con la de pintar carácter ni pasión alguna. Menos aun se podría inferir que tuviese un objeto moral. Una intriga fuertemente trabada, efectos prodigiosos artificiosamente preparados, novedad en algunos resortes dramáticos, osadía en las formas, sacudidas violentas y dolorosas para el espectador ; he aquí la idea del autor en *La Tour de Nesle*. Idea

llevada á cabo de una manera admirable, y que no permite al auditorio salir un momento de la sala mientras no vé concluida la accion y satisfecha su curiosidad; pero idea al mismo tiempo que constituye la inferioridad de esta obra con respecto á las demás del autor. Es lo que llaman los franceses *un tour de force*, una muestra del poder del ingenio, un ejemplo de lo que se puede imaginar y hacer en el teatro, pero sin resultado, sin consecuencia, como el salto mortal de un atleta, que una vez visto y admirado, nada deja en el fondo del alma, sino el cansancio angustioso que se tiene despues de ver un gran peligro eludido. En *Enrique III y su corte*, del mismo autor, predomina un objeto histórico; en *Antony* una intencion política casi, y por lo menos se revela allí un sistema social nuevo; es un ariete dirigido contra la actual organizacion de la sociedad, contra las ideas vivas; es una invasion en el porvenir, mas ó menos verdadera ó exagerada como analizándola tuvimos ocasion de decir; pero en fin, tiene una importancia muy trascendental. En *Catherina Howard* reina el deseo de pintar una pasion, la ambicion, que como toda pasion cuando se halla elevada al grado de vehemencia posible absorve todas las facultades del ser y crece en el corazon á costa de todas las demás.

Pero en *La Tour de Nesle*, lo repetimos, no hay mas importancia, ni mas mira profunda que la de desenvolver una intriga aterradora, por medios aun mas aterradores. Supone mas ingenio, pero menos talento; mas conocimiento del hombre que concurre al teatro, que del hombre que vive en el mundo. Por eso nosotros sentimos que los traductores, pues parecen que han sido dos, hayan creido poder alterar el

titulo, porque siendo este tan vago é indeterminado como su autor se lo ha puesto, á nada le comprometia; al paso que trasladar toda la importancia del drama y hacerla recaer sobre un personage histórico como *Margarita de Borgoña*, es comprometer á Alejandro Dumas á deberes que él mismo no se ha impuesto.

Los demas cortes y las otras alteraciones que han sido hechas en *La Tour de Nesle* al trasladarla á la escena española, parecen haber sido concesiones hechas á nuestras costumbres y á la delicadeza de nuestro público. Si esto resulta en disfavor del drama y del autor que necesita un público hecho á su manera y educado expresamente para él, ó en disfavor del público español, esto solo los traductores que se han erigido jueces, prejuzgando la cuestion, se atreverán á decirlo. Nosotros permanecemos en la mayor duda, y no quisieramos ofender ni á nuestro público ni al célebre Dumas.

Difícil, pesado, inútil nos parece presentar en fila las escenas de *La Tour de Nesle*, ni detallar su argumento. Suponiendo, pues, que el que nos lea ha visto ó leido el drama, y que el que no lo ha visto ni leido, no ha de leer nuestro articulo, nos ahorrarémos esa la bor insipida, y que nunca favorece á la composicion en cuestion, porque tales análisis periodísticos nos producen el mismo efecto que produciría un amante ó un enemigo de una muger que para hacer formar una idea de su belleza ó de sus defectos enseñase á las gentes su esqueleto.

Vamos á combatir de paso algunas de las inculpaciones hechas á estos dramas y al género á que pertenecen, lo cual

no haremos sin decir antes que el hombre es exclusivo, generalmente hablando, en sus aficiones, de donde resulta que todo lo exagera, y que rara vez se coloca en el punto crítico y circunscrito de la verdad. Inferir de la languidez de las comedias clásicas de la escuela antigua que es forzoso para animar una comedia ponerle un asesinato en cada escena, es un extremo de los horrores prodigados en *La Tour de Nesle*: inferir que solo son buenas las comedias que pintan leuta y friamente las pequeñeces de un enamorado ó de un pródigo, es otro extremo. Tan mal nos parece á nosotros una comedia láguida, á causa de los escrúpulos de una escuela, como un tejido de horrores, no menos inverosímil, hijo de una completa desocupación. Porque al fin, ¿cuál es el objeto del arte? Retratar á la naturaleza! Pues bien, ni la naturaleza es tan comedida y corta de genio y de recursos, tan moderada y encajonada en reglas como la vistieron los clásicos, ni es tan desordenada y violenta como los románticos la disfrazan. Pero si la avaricia, considerada bajo su aspecto mas sutil y de menos trascendencia, puede hacer reír, y si la pintura de un avaro puesto en ridículo por sus mezquindades puede ser la verdad, y corregir avergonzando, hágase en buena hora de ese asunto una comedia. Verdad será, y será la naturaleza; y cumplirá con un objeto, el de retratar á los hombres. Mas si al propio tiempo esa misma avaricia desarrollada y puesta en situaciones particulares deja de ser ridícula, y mirado bajo otro aspecto pasa á ser violenta, y arma la mano del hombre con un puñal, y pintada así puede conmover, y presenta al hombre los riesgos de sucumbir á semejante pasión, y puede ser tambien la verdad y corregir horrorizando, hágase en buen

hora un drama fúnebre y lacrimoso. Verdad será, y será la naturaleza, y cumplirá con el propio objeto de retratar á los hombres.

Por que, tengamos lógica y seamos consecuentes: si la pintura de un avaro que hace reír corrige según los clásicos á los avaros, ¿por qué la pintura de un asesino que hace temblar no ha de corregir á los asesinos? ¿No es inmoral retratar á un jugador? ¡Y es inmoral retratar á un homicida!

Tales inculpaciones son hijas de la rutina. La naturaleza es el objeto del arte, lo repetimos; si es tan cierto que el hombre mata y que juega, no vemos una razón para que el homicidio salga de la jurisdicción del teatro. El deber, pues, del poeta no es el de separar estos ó aquellos asuntos, sino escoger el que mejor le parezca, y ese presentarlo con verdad. Los medios, los verosímiles, y nosotros solo recusamos la inverosimilitud: en la inverosimilitud entra la eterna conversación, el sonsonete de máximas y sentencias de la antigua comedia clásica, en la cual nadie se propasá, en la que nadie siente fuertemente y con vehemencia, porque eso es mentira; y entra tambien la acumulación de crímenes, la dureza y la calma de un criminal, porque eso tambien es mentira, y no hay ser, por feroz que sea, que no tenga un rinconcín en su existencia reservado para un sentimiento dulce.

Tal es la mezcla de la naturaleza, tal debe ser la mezcla del arte que tiende á representarla. Los ascos que muchas gentes hacen á los horrores del teatro semejan á los que hacen á los toros multitud de personas que vemos sin embargo en ellos. La prueba es que los señores clásicos que reconvieneñ á los románticos de amigos de crímenes, no se acuerdan de

que su teatro clásico es un puro crimen, porque al fin, ¿ quién es Medea, y quien es Edipo? ¿ Que gente es toda la familia de Atreo? ¿ Dónde se pueden encontrar criminales mas feroces, donde los envenenadores y los asesinos con mas frecuencia que en las familias de reyes y príncipes, monopolizadoras exclusivas de la tragedia clásica?

¡ Oh! No se puede venir al teatro. ¡ La Tour de Nesle ! ; El incesto, el adulterio, el parricidio !!! ¿ Y que es Edipo y Jocarda? ¿ Que es Tedra? ¿ Que es Neron sino un envenenador, sino la Lucrecia Borgia de Racine y del teatro clásico?

Parcialidad nada mas y miseria en los juicios de los hombres. Cuando esos horrores no son verdad, entonces los recusaremos; cuando esten mal manejados, mal presentados, entonces daremos la razon á los enemigos del género: entre tanto nosotros admitimos los géneros todos y todas las escuelas.

Por otra parte, hemos dicho algunas veces dos verdades que repetiremos. Primera, que la literatura no puede ser nunca sino la expresion de la época: volvamos la vista á la época y abracemos la historia de Europa de cuarenta años á esta parte. ¿ Ha sido el género romántico y sangriento el que ha hecho las revoluciones, ó las revoluciones las que han traído el género romántico y sangriento? Que españoles nos digan en el dia que los horrores, que la sangre no está en la naturaleza, que nos añadan que el teatro nos puede desmoralizar, eso causa risa; pero aquella risa homérica, aquella risa interminable de los dioses de la Iliada. Segunda verdad. Que el hombre no es animal de escarmiento, y por tanto, que el teatro

tiene poquíssima influencia en la moral pública; no solo no la forma, sino que sigue é' paso á paso su impulso. Lo que llaman moral pública tiene mas bondadas causas: decir que el teatro forma la moral pública, y no ésta el teatro, es invertir las cosas, es entenderlas al revés, es lo mismo que decir que un hombre cavila mucho porque es calvo, en vez de decir que es calvo porque cavila mucho. Cuando nos enseñen una persona que se haya vuelto santa de resultas de una comedia de Moratin, nosotros enseñaremos un hombre que haya dejado de ser asesino por haber asistido á un drama romántico. ¿ Pervierte la moral pública representar á un particular que asesina llevado de una pasion de un drama, y no pervierte la moral pública un rey asesinando á su hermano en una tragedia? El hijo de Lucrecia es inmoral; pero es muy moral Orestes, y mas moral todavía Agamenon matando á su hija, los hijos de Edipo matándose uno á otro &c. &c. ¿ Y en la comedia clásica misma, en Moliere, en Moratin, hay otra cosa que hijos que se burlan, que se mofan de sus padres, mugeres que buscan las vueltas á sus maridos puestos en ridículo porque quieren conservar la virtud de sus mugeres, trámpulos entronizados, y acreedores escarnecidos? Todo eso es muy moral.

Señámos injustos si antes de dar fin á este artículo no dijéramos que la representacion de *La Tour de Nesle* que tales reflexiones nos ha sugerido, ha sido de las mejores que en Madrid hemos visto.

FELIPE II,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS Y SIETE CUADROS.

El teatro envejece diariamente y caduca, no en España solo, donde la existencia parásita que arrastra hace años le hace infinitamente subalterno, sino en la Europa entera, á cuya civilización moderna ha debido una vida brillante por largos siglos. Verdad es que esta diversion se remonta en la antigüedad á los tiempos oscuros de la tradicion; verdad es que su existencia, mas ó menos perfeccionada, en diversos países y en distintos tiempos parece probar que es inherente á la naturaleza humana. Vestigios de representaciones informes se han encontrado en regiones que no podian haber recibido influencia ninguna de la Europa; sabido os que en la China, en ese trozo aislado del mundo, cuya civilizacion ha seguido un rumbo enteramente diverso, las tradiciones religiosas y los hechos heroicos llenan tres y cuatro dias, semanas enteras á veces, con una representacion dramática de solemnidad sin igual, puesto que conserva allí constantemente el carácter de una fiesta nacional, y dispensada al pueblo por el legislador. Esto no obstante, insistimos en la idea enunciada de que el teatro caduca, y acaso no será necesario que pasen siglos para verlo desaparecer completamente del mundo. La larga

lucha de principios que se debate hace años en Europa, escogiendo hoy un palenque para la pelea, mañana otro, puede ser considerada por los políticos como una cuestión de forma de gobierno pasajera, y como efecto de esa rotación periódica á que los sucesos del mundo están sujetos. Pero á los ojos del filósofo observador es más honda la explicación de los fenómenos políticos; no son meras cuestiones de derecho natural y de gentes; son las convulsiones de la agonía de una civilización usada y espirante, que debe desaparecer como las que le han precedido. Es la resistencia de los intereses y las costumbres de un gran período defendiendo el terreno que poseyeron, contra la grande innovación, contra la invasión de un progreso inmenso, de un trastorno radical. La Europa representante y defensora de esa civilización vieja está destinada á perecer con ella, y á ceder la primacía en un plazo acaso muy remoto á un mundo nuevo, sacado de las aguas por una mano atrevida hace tres siglos, y cuya misión es reemplazar un gran principio con otro gran principio; á un nuevo mundo que aparece también agitado por convulsiones, pero en el cual no son estos los síntomas del anonadamiento, sino los peligros y la inquietud de la infancia. La Europa se presenta en la lucha como un guerrero cansado, guardando la defensiva contra el principio invasor, vestida de harapos de distintas épocas, guarneida de armas melladas, coronada con las antiguas y medio derruidas almenas feudales, protegiendo despojos y tesoros adquiridos, ante un adversario, desnudo, pero ambicioso, sin tradición, sin pasado, pero con porvenir, que no cuenta glorias, sino que tiene que adquirirlas; y en esta lucha, la ley de la naturaleza tiene dispuesto que el viejo ceda ante el joven.

que el dia de hoy muera á los primeros albores del dia de mañana, sin mas intervalo que el de una noche, oscura, tempestuosa, en la cual estamos en la actualidad luchando en vano con la desocha borrasca que irá dando al viento vela tras vela, y desmantelando la barca combatida palo por palo.

La transicion es violenta, y las sacudidas que experimentamos no son otra cosa que su expresion ; de ellas participa el teatro, interprete de una organizacion social que se desmorona, y en la cual hechos y creencias, leyes y costumbres, intereses y diversiones, todo está dicho, todo está experimentado, todo está usado. La gran disputa del clasiscismo y del romanticismo no es otra cosa que el resultado de ese desazociego mortal que fatiga al mundo antiguo. Estúdiase un momento la marcha del teatro, desde la carreta informe de Esquilo hasta las representaciones magnificas de Mr. Veron, desde las sátiros dialogadas de Arisófanes hasta las concepciones complicadas de Victor Hugo, y es imposible negarse al convencimiento de que el teatro no ha hecho nunca mas que seguir, y por lo regular de lejos, las huellas de la civilizacion. Los artificios de un esclavo y las disputas de los filósofos en Grecia, los lances de las cortesanas en Roma, las ridiculeces de las marisabidillas, y de los marqueses en el siglo de Luis XIV, las aventuras de capa y espada en nuestro siglo de oro, las fantásticas melancolias de la Alemania, las comedias de circunstancias y los dramas políticos en la moderna Francia, los horrores y los crímenes poetizados en nuestra época de crímenes y de horrores, lo prueban hasta la evidencia ; y la pretencion de los clásicos que quieren detener y estancar el teatro cuando las revoluciones marchan, es un delirio que solo

podria verificarse si se diera en la naturaleza el desnivel. Pero una unidad admirable lo encadena todo, y cuando los románticos han innovado, no es porque de pensado y por un fantástico capricho hayan querido innovar, sino porque son hombres de nuestra época; no solo no han dado ningun impulso nuevo, sino que le han recibido acaso sin saberlo. Victor Hugo y Dumas han querido y creido ser originales, cuando no eran mas que unos plagiarios de la política porque la literatura es y será siempre no una causa, sino un efecto. La literatura no puede ser el bautista ; harto hará con ser el apóstol.

Hechas estas reflexiones, confesamos que participamos de la indiferencia con que el público mira al teatro ; como un niño vuelve de vez en cuando á ocuparse, aunque de mala gana, de un juguete, ya roto y gastado, interin se le presenta otro nuevo que absorba toda su curiosidad, el público vuelve de vez en cuando al teatro, pero á confirmarse siempre en su desengaño. El público al levantarse el telon está ya como el autor en el secreto de lo que le van á decir, y la vida del teatro es mas bien que vida un movimiento galvánico comunicado á un cadáver.

He aquí la razon porque la ópera ha invadido el teatro cómico, y le ha vencido en todas partes ; porque hasta en el baile se ha buscado una importancia dramatizándolo ; he aquí la razon porque no hay teatro que se sostenga sin el aparato y el lujo de las decoraciones ; porque no se concurre á él con la fe y el entusiasmo que lo suplían todo en los tiempos de su apogeo. Los sentidos quieren llenar un vacío que la imaginacion no alcanza á llenar, y no teniendo el espectáculo nada que decirle ya al entendimiento que este no sepa, trata de sor-

prender á los ojos y á los oídos, para embotar el pensamiento.

Después de esta meditacion, ¿qué dirémos de Felipe II? Que es una astilla mas, arrojada en la hoguera que se apaga, y por desgracia no es mas que una astilla, no porque le neguemos mérito. Felipe II es obra de un jóven que ya se ha dado á conocer con un ensayo menos feliz; y la distancia que entre la primera y la segunda obra existe es tal, que realmente se puede decir que hasta la representacion de Felipe II el poeta no ha debido llamarse autor dramático.

Una accion sencilla y un argumento facil y descargado de episódios, prueban buen gusto y juicio exacto. Pero si no hay episodios que embarazen la accion, háilos en el diálogo; superabundancias verdaderas, en que el autor ha creído deber ostentar el estudio que de la época ha hecho.

Pero aquí le daremos un consejo, que creerá tanto mas imparcial cuanto que empezaremos por confesarle que nosotros le recibimos en cierta ocasión de uno de nuestros primeros literatos, á propósito de una mala oda que el diablo nos tentó á publicar. A saber, que el saber mucho no ha de ser para decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir. Descargado el drama de multitud de alusiones históricas, minuciosas é inútiles, la accion hubiera caminado mas desembaraizada, y el drama hubiera parecido mas lleno de vida.

Los caracteres están bien sostenidos, y si no están dibujados con gran profundidad, hay por lo menos rasgos muy felices y contrastes bien entendidos. Hubieramos deseado que el final hubiese sido mas cuidado, porque siendo una idea delicada, es lástima que su misma sutileza y la poca preparación hayan desvirtuado su mérito, y dejado al espectador en la du-

da del efecto que debía producirle. Donde hay efecto verdadero, el espectador cede sin consultarse á él, y prorrumpie en manifestaciones esteriores. Para que la confesión del amor de la reina hubiese sido natural á la vista de su marido, era preciso que hubiese sido provocada por la exaltación hija de un peligro mas inminente que aquel en que se halla el príncipe don Carlos. Porque no basta que el espectador sepa que va á morir; es preciso que los sentidos se lo prueben algun tanto.

El estilo es la parte mejor del drama, y su versificación facil y armoniosa anuncian un poeta, al cual no arredará nunca la dificultad de expresar, y expresar bien sus sentimientos.

LOS BARATEROS

6

EL DESAFIO Y LA PENA DE MUERTE.

Debiendo sufrir en este dia....la pena de muerte en garrote vil....Ignacio Arguamán, por la muerte violenta dada el 7 de Marzo último á Gregorio Cané.....

(*Diario de Madrid de 15 de Abril*)

La sociedad se ve forzada á defenderse, ni mas ni menos que el individuo, cuando se ve acometida : en esta verdad se funda la definicion del delito y del crimen; en ella tambien el derecho que se adjudica la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad al reconocer en una accion el delito ó el crimen, y al sentirse por él ofendida, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto su objeto castigar simplemente, como escarmentar: no se propone por fin destruir al criminal, sino el crimen ; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la posibilidad de nuevas agresiones: su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarlá. Y al ejecutar su defensa ¿qué derecho usa? El derecho del mas fuerte. Apoderada del sospechado agresor, le es fuerza antes de aplicarle la pena verificar su agresion, convencirse á sí misma, y convencerle á él. Para esto comienza por atentar á la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable;

la detención previa es una contribucion corporal que todo ciudadano debe pagar, cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligacion de aligerarla, de reducirla á los terminos de indispensabilidad, porque pasados estos comienza la detención á ser un castigo, y lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenacion; en el intervalo que transcurre desde la acusacion ó sospecha hasta la aseveracion del delito, la sociedad tiene, no derecho, pero necesidad de detener al acusado; y supuesto que impone esta contribucion corporal por su bien, ella es la que está obligada á hacer de modo que la carcel no sea una pena ya para el acusado, inocente ó culpable: la carcel no debe acarrear sufrimiento alguno, ni privacion que no sea indispensable, ni mucho menos influir moralmente en la opinion del detenido.

De aqui la sagrada obligacion que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detencion bien montadas y bien cuidadas, y la mas sagrada todavia de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la carcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto la sociedad á que pertenezco conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

Era uno de los dias del mes de Marzo : multitud de acusados llenaban los calabozos ; los patios de la carcel se devolvian las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia, ó mascara violenta de la conciencia, las soces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcasticos estri-

villos de torpes cantares, regocijo del crimen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de accion, devoraba la existencia de los corrillos; el juego, nutricion terrib'e de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, mas que en ninguna parte, en la carcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino*, en la suerte de los detenidos ; el juego, simbolo de la solucion misteriosa, y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que vé la luz hasta que es devuelto á la nada.

En aquellos dias existian en esa carcel dos hombres : Ignacio Argumáñez y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad : y desde el momento en que aquella á que pertenecian parece segregarlos de sí, ellos se forman otra facilmente con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del mas fuerte sobre la frente del mas débil. Hé aqui lo que sucede en la carcel. Y tienen derecho á hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios á sus asociados ; desde el momento en que, olvidando la proteccion quo les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico ; desde el momento en que el preso al sentar el pie en el patio de la carcel se ve insultado, acometido, robado por los seres quo van á ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto, el detenido esclama : "Estoy fuera de la sociedad ; desde hoy mi ley es mi fuerza, ó la que "yo me forje aquí." Hé aqui el resultado del desorden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, á quienes retira su proteccion ? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos dentro de aquél efecto de su mismo abandono ?

Pero dos hombres existian allí ; dos barateros ; dos seres que se creian con derecho á imponer leyes á los demas, y á retirar del juego de sus compañeros un fondo pirata ; dos hombres que cobrabañ el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fué metido en un calabozo por el alcaide, dey de aquella colonia. A su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratiero advenedizo quiere quitar del puesto al baratiero en posecion ; este defiende su derecho, y sacando de las fajtriqueira dos navajas, ¿quieres parte ? le dice, pues gánala. Hé aquí al hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo que confia su derecho á su brazo.

El dia va á espirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una salve á la Madre del Redentor, salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al son del religioso cántico los dos hombres defienden sus derechos, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debia oir acabar la salve ; un segundo transcurre apenas, y con el último acento del cántico llega á los pies del Al'ísimo el alma del un baratiero.

La sociedad entonces acude, y dice al baratiero vivo : Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo antes de juzgarte con esa cárcel inmunda que te doy ; ahí tolero tu juego y tu barato, porque tú juego y tu barato no molestan mi sueño ; pero de resultas de ese juego y ese barato, tienes una disputa que yo no puedo ni quiero dirimir, y me vienen á dispersar con el ruido de un cuerpo que has derriba-

do al suelo ; me avisan de que ese cuerpo de que en vida yo no hice mas caso que de tí, puedo contagiarme con su putrefaccion ; y por ende mando que el cuerpo se entierre, y el tuyo con él, porque infrinjiste mis leyes, matando á otro hombre, aun entonces que mis leyes no te protegian. Porque mis leyes, baratero, alcanzar con la pena hasta á aquellos á quienes no alcanzan con la protección. Ellas renuncian á amparar, pero no á vengar : lo bueno de ellas, baratero, es para mí, lo malo para tí ; porque yo tengo jueces para tí, y tu no los tienes para mí : yo tengo alguaciles para tí, y tú no los tienes para mí ; yo tengo en fin, cárceles, y tengo un verdugo para tí, y tú no los tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio, y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que solos fueron de él ocasión.

Y el baratero : ¿ Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí ? Ignoro si mi vida es mia ; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mia, y por la religion no puedo disponer de ella ; pero si no es mia siquiera, ¿ cómo será tuya ? Y si es mas mia que tuya, ¿ en qué pude ofender á la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de comun acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero, y sin llamar á nadie en nuestra comun cuestión ?

Y la sociedad : Algun dia, baratero, tendrás razon ; pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese dia en que tendrás razon, y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdicción ; en el dia la sociedad á que perteneces no puedo regirse sino por la ley vigente ; ¿ por qué no has aguardado para batirte en duelo á que la ley estuviese derogada ? Por ahora, muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que así lo dispone.

Una luna no ha transcurrido todavía que ha visto sofocada por mí mano á otro hombre por haber vengado un honor que la ley no alcanzaba á vengar....

Y el baratero : ¿ Y cuantas lunas transcurren, sociedad, que ven paseando en el Prado á otros hombres, que incurrieron en igual error que ese que me citas, y yo....

Y la sociedad : Eso te enseñará que ya que no pudieses aguardar para batirte á que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan á la corporación, debiste aguardar á lo menos á ser opulento, ó siquiera caballero.... ó aprender en tanto á eludir mi ley....

Y el baratero : ¿ Y la igualdad ante la ley, sociedad... ?

Y la sociedad : Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tuy tus semejantes la conquistéis : cuando yo sea la verdadera sociedad, y entre en mi composición el elemento popular : llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado : ¿ no ves que me falta el pueblo ? ¿ no ves que ando sobre él, en vez de andar con él ? ¿ no ves que me falta el alma, qué es la inteligencia del ser, y que solo puede resultar del completo y armonia de lo que tengo, y de lo que me falta, cuando lo llegue á reunir todo ? ¿ no ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad ? ¿ Y de que te quejas, pueblo ? ¿ No renuncias á tus derechos en el acto de no reclamarlos ? ¿ no lo autorizas todo sufriendolo todo ?

Y el baratero : Porque no se todavía que hago parte de tí, ó sociedad : porque no comprendo....

Y la sociedad : Pues date prisa á comprender, y á saber quien eres y lo que puedes, y entre tanto date prisa á dejarte

ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.

Y el baratero: Mi dia llegará, ó falsa sociedad, ó sociedad incompleta y usurpadora, y llegará mas pronto por tu culpa; porque mi cadáver será en libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán á leer. ¡Hágase en el ínterin la voluntad de la fuerza: ahorca á los plebeyos que se batén en duelo, colma de honores á los señores que se batén en duelo, y en tanto que el pueblo cobrá su barato, cobra tu el tuyo, y date prisa!!!

Y el baratero debía morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se batén en duelo, porque la ley es vigente, y quien infrinje la ley, merece la pena; ¡y quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto á él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no vé, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su dia no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto á la justicia de la que se llama su sociedad, y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la carcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

—
—
—

TODO POR MI PADRE,

ESCANALO EN TRES ACTOS.

LA POSADERA RUSA,

Sánchez dramática en uno solo; novedades representadas noches pasadas en perjuicio de la señora Baus, y del público ilustrado de esta capital.

Dícese comúnmente que las mugercs tienen un cuarto de hora en gran manera útil de adivinar, lo cual es compararlas con los leones, que tienen tambien todos los días su rato de calentura: nosotros las respetamos demasiado para adoptar semejantes vulgaridades, y siempre las preferiremos á los mismos leones, aunque se diga de estos que son los reyes de los animales, pues nosotros creemos que son mas bien los animales de los reyes. Son bichos caros para bolsillos comunes, y asi solo las testas coronadas los pueden mantener, único punto en que á nuestro entender se parecen á las mugeres.

Nosotros tambien tenemos nuestro cuarto de hora: solo que nuestro cuarto de hora no es de calentura como el del león, sino de verdad como el de la muger, y en él estamos hoy cuando tomamos la pluma para juzgar las últimas representaciones nuevas dadas en el teatro de la Cruz.

Todo por mi padre es una trama ingeniosa que en pocas palabras esplicaremos. Hay en París una muchacha linda como un sol, y que vive como este, en la region mas elevada, es decir, en una guardilla. Linda por supuesto. Disputan mucho los aficionados é inteligentes acerca de los paises mas fertiles en bellezas. Quién da la palma á la Georgia ó á la Mingrelia ; quién está por la Italia ; quién aboga por Valencia, quién por Málaga : este dice que ninguna parte se dan mugeres como en Bilbao ; aquel de mas allá disputa que para ver caras lindas no hay como ir á casa de Mr. Willers ; nada de eso : el pais mas abundante de hermosas es el teatro : todavía no hemos encontrado una fea en las tabias: la muchacha en cuestion es una de esas bellezas de comedia, que nunca desmerecen, ni encanecen, ni envejecen, ni son jamas desamadas gracias sin duda al telon que se cruza entre ellas y la vejez. La tal muchacha, que se llama Adela, tiene su papá, el cual está como todos los padres de comedia lleno de achaques y de inconvenientes. Dinero, Dios lo dé: no hay un cuarto en la casa : de suerte que el viejo moribundo está muy expuesto á curarse en atencion á que no tiene ni para médico ni para botica. En tanto peligro atisba á la muchacha Adela un mandebito, rico, como un ministro de Hacienda, y mas seductor que un pastel de *Perigord*. Súbese con franqueza á la guardilla, y gran conocedor del corazon humano, le enseña á la muchacha virtuosa un bolson de dinero. Adela empieza por hacer ascos y acaba por.... la heroina de la comedia en fin.... ¿qué tal será lo que hace Adela, cuando no sabemos de que suerte decírselo al público? En una palabra, virtudes de ese temple y dramas por este estilo los encontrará el curioso lec-

tor todos los dias al volver de una esquina. Pero cuenta con que la muchacha Adela es virtuosa ; es verdad que cede, es verdad que.... pero todo por papá. Otro tanto había hecho papá por ella con su mamá, y esto no es mas que recompensar un sacrificio con otro, y pagar en la misma moneda. ; Las muchachas son tan agradecidas !

Adela tiene sin embargo un novio, á quien quiere mucho, como se ha visto, el cual viene á reclamar su mano y su virtud ; la mano allí se la encuentra pegada al brazo ; pero la otra quisicosa pára donde parán en el mundo las virtudes de los pobres, tan encomiadas por los filósofos modernos. La heroina con todo le cuenta al bueno del novio, el lance tal cual ha pasado, mutatis mutandis ; en esa franqueza, y en contar de tal suerte con su paciencia, se conoce que lo tiene escogido hace años para marido, ó que sabe que está de ella enamorado. Y es verdad, porque el novio sigue creyendo que Adela es virtuosa, y se va á casa del seductor á pedirle lo quo Quevedo no había visto jamas. Pero este tambien está enamorado y quiere casarse, ni mas ni menos que el novio ; tiene tanta mas confianza en la virtud de Adela, cuanto quo le ha costado su dinero. Sobre esto, disputan y se disparan un par de tiros ; pero los tiros de comedias son como los autores de comedia ; rara vez aciertan ; no se dan. Adela llega á los postres del desafío y se casa, ¿con quién dirán ustedes? ¿Con su novio? ¿Con el hombre á quien quiere? No, sino con el rico. ; Oh ! sacrificio noble y sublime de la virtud pobre y menesterosa. ; Todo por papá ! ; Por papá toma dinero, por papá se entrega Adela á un muchacho rico y galan, por papá se casa con un señor la pobre y virtuosa mo-

destilla ! Dichosos padres los que alcanzan tales hijas ; una hija de ese templo es una viña, es un coche parado, es un consuelo. La desgraciada Adela, mira al cielo y derrama una lágrima de dolor y de romanticismo, en tanto que el bueno del novio se recomienda al caer el telón á la memoria de los recien casados, que probablemente, no le olvidarán en sus ratos perdidos.

Consecuencia moral de esta comedia : que el cielo recompensa en esta vida con dinero al que lo gana, como Adel ; con el sudor de su frente, y á las muchachas que se entregan al amor por su padre, casandolas con muchachos ricos.

El público no silbó esta comedia ; consecuencia positiva, que se le pueden dar impunemente comedias malas y de escandaloso ejemplo.

La Posadera Rusa, es otra cosa ya. Se reduce á una princesa mal casada con un hermano de cierto Emperador de Rusia, la cual gustando mas de un oficial extranjero que de su marido, se hace la muerta y se escapa seguida siempre por su amante. Es verdad que no hay quien aguante esos maridos rusos y seis grados bajo cero que la maltratan á una y quieren todavía que sea una buena y... La princesa se escapa y pasa á Polonia. Lo demás no lo dice el autor, y no sabemos en qué se para. Porque lo que hace Adela por su padre en la primer comedia, bien lo podía hacer la princesa por su marido en la segunda. O ¿lo merece menos un marido que un padre ?

No conocemos á los traductores de estas comedias, pero si lo que hace un mal traductor con un autor es maltratarle, los traductores no tienen porque picarse con nosotros: estamos todos de acuerdo. *Todo por mi Padre*, y *La Posadera Rusa*

prueban quo tambien en Francia hay autores necios; ambas merecian un castigo en este mundo. Los traductores se han erigido á si mismos en instrumentos de la Providencia.

—***—

PANORAMA MATRITENSE.

CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL, OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN

CURIOSO PARLANTE.

—

ARTÍCULO PRIMERO.

Consideraciones generales acerca del origen y condiciones de los artículos de costumbres.—Escritores franceses modernos que mas se distinguen en este ramo de literatura.

Este género, tal cual le cultiva tan felizmente entre nosotros el Curioso Parlante, es enteramente moderno, y fué desconocido á la antigüedad. Muchos escritores moralistas habian estudiado ya el hombre y la sociedad de su tiempo ; esta especie de filosofía práctica encontró siempre numerosos

sectarios bajo la diversidad de formas que adoptó para producirlo: el teatro en todas partes se apoderó de las costumbres para retratarlas desde Aristófanes hasta nuestros días; algunos no queriendo disfrazar tanto sus lecciones, dieron desde Teofrasto hasta la Bruyere los resultados de su observación del corazón humano en caracteres ligeramente bosquejados, pero desembarazados de toda intriga que pudiese deslizar en tintas degradadas y acumuladas su colorido principal. Otros sentenciosos y lóricos, como Laroche Focault y Vauvenargues, se limitaron a colecciones de aforismos, moralejas. Prefiplieron muchos la sátira, verdadera composición poética de costumbres. Algunos, en fin, idearon el medio de urdir un cuento, ó una fábula más ó menos intrincada para desenvolver una lección moral, como lo hicieron Esopo, Fedro, Lafontaine y Samaniego, Marmontel, madame Genlis, madame Cotin, Fieldin y otros creando el apólogo, el cuento moral y la novela de costumbres. Conocidos ya y gastada la novedad de estos diversos géneros, pensó Montesquieu escitar nuevamente la curiosidad, con una idea peregrina, lo que logró completamente adoptando la forma epistolar en sus *cartas persas*, seguidas de numerosas imitaciones de las cuales solo las *cartas peruanas* lograron sobrevivir, y que lograron tal éxito, que según cuenta él mismo, llegó el caso de que los libreros no abriera la boca, hablando con literatos, sino para decirles: *Hágame usted cartas persas*. Pero en cuanto a estos diversos géneros enunciados, nada tenía que envidiar la literatura española a las extranjeras: nuestro teatro, tan pródigo de fábulas estériles, encontró a veces en Calderón mismo, en Lope, y sobre todo en Alarcón, Tirso, Moreto y los que los siguieron, escritores

excelentes de costumbres. En la sátira, ni nos faltaron Juvenales, ni Boileaus. En la novela, en el cuento, en la fábula, la nación que puede citar a Cervantes, a Quevedo, a Mateo Aleman, a Luis Vélez de Guevara, al autor de la *Celestina*, de Gil Blas, sea quien fuere, a Samaniego, a Iriarte, a Isla, Iglesias, no puede ser tildada de pobre; y por no faltarnos, hasta imitador tuvimos, si débil, justamente apreciado con todo, del autor del *Espríitu de las Leyes* en el coronel D. José Cadalso.

Empero cuantos autores hemos citado habían considerado al hombre en general tal cual le daba la naturaleza: pintores habían retratado el mar, con su bonanza y sus tormentas, cual en todas las zonas se ve, pero no le habían pintado tal cual esta ó aquella marina le ofrecen y le modifican. Escritores cosmopolitas, filósofos universales habían escrito para la humanidad, no para una clase determinada de hombres. Esto era natural. Hasta que equilibrados los elementos diversos que habían reconstituido el mundo, hubiesen empezado a tomar las sociedades caracteres especiales que las distinguiesen, no era fácil retratar caras, sino especies. La religión cristiana, que vino a infundir en los pueblos el dogma de la igualdad y del equilibrio social, comenzó a darles nuevo aspecto, creando individuos, donde antes no había sino muchedumbres más ó menos sujetas a la tiranía y al monopolio del poder y del mando. Los progresos mismos y las comunicaciones, creando el comercio y la industria, haciendo más necesarios los unos hombres a los otros, comenzaron a nivelarlo todo y a imprimir en los pueblos mayor movimiento, mayor cambio recíproco; entonces empezó a ser sociedad lo que hasta entonces no había sido sino reunión, y cada sociedad entonces tomó

caracteres diferentes, segun la altura á que se encontró en la escala de la gran reforma : cesó la uniformidad, que solo podía hallarse en el principio, y que solo la llegada del mismo punto puede volver á traer. Viajeros los hombres de distintas fuerzas á la caida del vasto imperio romano que había abarcado el mundo, se separaron para hacer el viaje cada cual por el camino mas en armonía con sus fuerzas y su inteligencia, dándose cita para el dia de la nueva nivelacion, de la igualdad completa, á ella caminamos y á la nueva uniformidad que en un escalon mas alto de la civilizacion humana nos ha de volver á reunir algun dia como nos tenia reunidos á la caida del imperio. Unos empezaron mas pronto á tener caracteres distintivos de los demás. En ellos forzosamente despuntaron escritores filósofos, que no consideraron ya al hombre en general, como anteriormente se lo habian dejado otros descrito, y como ya era de todos conocido, sino al hombre en combinacion, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad en que le observaban. El primero que en Inglaterra dió el ejemplo con admirable profundidad y perspicacia fue Addison en el *Espectador*, y si ninguno logró superarle, no dejó con todo de tener felices imitadores. Posteriormente en Francia, pais que siguió en el orden del gran viaje que todos hacemos las huellas de la Inglaterra, asi que los trastornos políticos parciales acabaron de emancipar el pueblo, y que la sociedad moderna se constituyó con las formas que por largo tiempo habian de distinguirla, asi que empezaron á fijarse las nuevas costumbres, y á suceder á la antigua Francia los modernos franceses, nacieron tambien escritores destinados á pintar las facies que empezaba la sociedad á presentar. Pintores de la

sociedad francesa. Pero cualquiera conoce que semejantes bosquejos parciales estriban mas que en el fondo de las cosas en las formas que revisten, y en los matices que el punto de vista les presenta, que son por tanto variables, pasajeros, y no de una verdad absoluta. No hubiera pues llegado nunca el género á entronizarse sino ayudado del gran movimiento literario que la perfeccion de las artes traia consigo : tales producciones no hubieran tenido oportunidad ni verdad, no contando con el auxilio de la rapidez de la publicacion. Los periódicos fueron pues los que dieron la mano á los escritores de estos ligeros cuadros de costumbres, cuyo mérito principal debia de consistir en la gracia del estilo.

Mercier hizo un cuadro picante de París. Jouy, bajo el pseudónimo de L'Hermite de la Chausseé d'Antin, planteó un verdadero cuerpo de obra, y abarcando un plan mas vasto lo llevó á cabo, á poder de artículos semanales.

Acumulado el movimiento social en las capitales, pudo existir entre la fisonomía de una provincia y de aquella la misma diferencia que entre una y otra nación, y otros escritores se dedicaron á publicar cuadros de las costumbres de las provincias; pero sometida esta idea, como toda idea humana, á la exageracion ; y á ser desmenuzada hasta lo infinito, las naciones mas adelantadas no se contentaron ya con observarse á si propias y bosquejarse ; sino que asomaron el lente observador sobre los vecinos, hasta sobre paises remotos, y un diluvio de descripciones de costumbres inundó la literatura con título de *viajes, paseos, ojeadas, novelas, cartas &c. &c.* Pero si hasta para observarse á sí propio es fuerza estar dotado de singular penetracion, ¿qué podria suceder á los que guiados solos de

un interés de especulación, osan á la primera ojeada darse por pintores de los demás? Dos males han procedido de aquí: como todo el que mira no ve, la mayor parte de estas obras después, de haber excitado la curiosidad momentáneamente por su novedad ó su extravagancia, han vuelto á la nada, de que no debieron salir, destituidas como están del principal mérito, de la verdad del pincel. El segundo mal ha sido desvirtuar el género mismo, llevando la observación hasta un punto que torna imperceptibles las tintas, é inapreciables por diminutas. Hay libro en este género que pecando por esto, no es verdad mas que el día que vé la luz: fundado sobre esa parte de los usos y costumbres condenada como el mar á un continuo flujo y reflujo, muere la obra con la costumbre que ha pintado, y la reputación con ella del autor. De aquí tanta reputación pasajera, que no teniendo existencia propia, vive como la oruga, lo que dura la hoja de que se mantiene.

Es pues necesario que el escritor de costumbres no solo tenga vista perspicaz y grande uso del mundo, sino que sepa distinguir ademas cuáles son los verdaderos trazos que bastan á dar la fisonomía: descender á los demás, no es retratar una cara, sino asir de un microscopio y querer pintar los poros.

Pero al lado de estos escritores mirmidones ha visto la Francia, donde mas cultivado es este género, gran número de reputaciones formarse, crecer, estenderse, y venir á ser europeas. El libro famoso de los *Ciento y uno*, en que se propuso la literatura francesa, agradecida al arruinado librero Lavocat, crearle un nuevo capital, dándole cada cual gratuitamente un artículo de costumbres, cuya reunión pudiese publicarse bajo el título general de *Paris*, es el cuadro más

vasto, el monumento mas singular, ¿lo diremos de una vez? y la obra mas grande que á cosas pequeñas han levantado los hombres.

Comparable á las pirámides de Egipto, colosales sepulcros, erigidos por un gran pueblo, y ; para qué! para enterrar á un rey: salvo la duración, pues las arenas literarias no dejarán mas que alguna piedra de la obra de los *Ciento y uno*, al paso que las del Nilo respetan todavía las de los Faraones.

Imposible era que ciento y un hombres escribiesen todos igualmente bien; pero era difícil presumir que fueran tantos los que escribiesen mal. No podremos menos sin embargo de citar los artículos de Alejandro Dumas, de Chateaubriand, el del duelo de Ducange, y sobre todo los encantadores trozos titulados *Les Beotiens de Paris* de Louis Desnoyers, á quien pueden bastar para su gloria.

Pero el genio infatigable que como escritor de costumbres no dudaremos en poner á la cabeza de los demás es Balzac, después de admirado el cual, pues no puede ser leído sin ser admirado, puede decir el lector que conoce la Francia y su sociedad moderna, árida, desnuda de preocupaciones, pero también de ilusiones verdaderas, y por consiguiente desdichada: asquerosa á veces y despreciable, y por desgracia ; cuan pocas veces ridícula!

Balzac ha recorrido el mundo social con planta firme, apartando la maleza que le impedia el paso, arañándose á veces para abrir camino, y ha llegado á su confín, para ver asomado allí ¿qué? un abismo insondable, un mar salobre, amargo y sin playas, la realidad, el caos, la nada.

No citaremos ni á Eugene Sue, ni á Alfred de Vigny, ni
Tomo IV.

de Georges Sand, ni á otros que parecen rozarse con el fin moral de Balzac, porque aunque pertenecientes á una misma escuela social, ni los creemos animados de buena fé ni son realmente escritores de costumbres; y porque el examinar la tendencia espantosa de sus escritos y la funesta consecuencia que de ellos se deduce puede ser objeto de un artículo mas importante de lo que parece en el dia para nuestro país.

Solo concluiremos esta reseña citando á Paul de Koc para rebatir una opinión demasiado estendida en España por libreros ambiciosos ó por lectores de poco criterio; careciendo de estilo y de verdadero genio Paul de Koc, repetido en sus planes, sin objeto moral de ninguna especie, inmoral en sus formas, es en París el escritor de las modistillas, ni goza de otra consideración que la de un emborrionador de papel, con cierto chiste, y ese no todos los días.

Después de haber dado una idea del origen de este género de literatura que empieza á cultivarse ahora entre nosotros, de sus progresos, de su importancia indígenas, que solo puede existir en el país para el cual sus artículos de costumbres se escriben, circunstancia que hace casi siempre estéril, y aun á veces imposible, su versión á otras lenguas, y después de haber espuerto su dificultad y su mérito, y de haber pasado ligeramente la vista sobre los escritores que descuellan en él en otros países, pasemos á examinar las dotes que entre nosotros necesita el escritor de costumbres, y á formar un juicio crítico del *Curioso Parlante*, que tanto y tan justo aplauso ha merecido.

—○○○—

PANORAMA MATRITENSE.

CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL, OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN
CURIOSO PABLANTE.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Por lo que del género hemos apuntado en general, púese deducir cuán difícil sea acertar en un ramo de la literatura en que es indispensable hermanar la mas profunda y filosófica observación con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre comunes á todas ellas, y donde empieza la linea que la educación establece entre unas y otros; que tenga, ademas de un instinto de observación certero para ver claro lo que mira á veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas, cuyo velo no debe descorrer jamás la mano indiscreta del moralista, para saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo, ha de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las aristocracias todas reconocen el nivelador de la educación; por tanto ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre.

Pero la principal dificultad que para hacer efecto le encontramos, es la precision en que de decir las cosas claramente y sin rebozo nos pone el adelanto social y la mayor amplitud que en todas partes logra la prensa. Géneros enteros de la literatura han debido á la tiranía y á la dificultad de expresar los escritores sus sentimientos francamente una importancia que sin eso rara vez hubieran conseguido. La alegoría, por ejemplo, sobre cuya base se han fundado tantas obras eminentes, y acaso en las que mas han brillado los esfuerzos del ingenio; la alegoría espira ya en el dia á manos de la libertad de imprenta. La lucha que se establece entre el poder opresor y el oprimido ofrece á este ocasiones sin fin de rehuir la ley, y eludirla ingeniosamente; y sobre vencerse tal dificultad no contribuye poco á dar sumo realce á esas obras el peligro en que de ser perseguido se poné el autor una vez adivinado. Pero desde el momento en que no haya idea, por a trévida que sea, que no pueda e'ara y despejadamente decir se y publicarse; desde el punto en que no haya lucha, que no haya queja; desde el momento en que los demás se an los mas fuertes, en dejando de haber verdad que decir y riesgo que correr, mueren el cuento alusivo, el poema satírico, el apólogo, la fábula y la alegoría entera viénesse al suelo como un resorte usado perteneciente á una mecánica antigua, y sin uso ni aplicación posible en la nueva máquina. Esto es lo que no ha conocido ó lo que ha olvidado un momento el célebre Feminore Cooper, el autor del *Espia* y del *Bravo*; el rival vencedor á veces de Walter Scott, en la última y deplorable novela titulada *The Monikins*, escribe para un país comp'etamente libre, y donde todo se puede decir sin inconveniente, una alegoría en cuatro

tomas rebozando como con miedo verdades triviales y olvidadas ya de todo el mundo, en decir las cuales solo el riesgo de fastidiar corría. Mezquino imitador de una idea ya desempeñada por otros felizmente, no ha conocido que Casti, que los autores de los viajes de Gulliver, de Wanton al pais de las monjas y otras alegorías semejantes, han sido escritores de circunstancias, y que esas circunstancias han pasado.

El escritor de costumbres necesita economizar mucho por tanto las verdades, y como todo el que escribe en país libre de trabas para el pensamiento, formarse una censura suya y secreta quo dé claro y oscuro á sus obras, y en que el buen gusto proscriba lo que la ley permita.

Pocos escritores han dado pruebas tan claras de conocer estas verdades como el autor que dá motivo á estas líneas. No nos detendremos hablando de las razones que le hacen escribir; él mismo en su prólogo indica el objeto con que emprendió la publicación de esta serie de artículos que semanalmente comenzaron á ver la luz pública en las *Cartas Españolas* y en la *Revista* en el año de 1832 y parte del 33. Objeto verdaderamente noble y digno de imitacion. El deseo de rectificar los errores que acerca de nuestro país alimentan los extranjeros, y el plan de darnos despues del Madrid físico, que en su excelente Manual había diseñado, un cuadro animado del Madrid moral, que no conocen todos los que hacen papel en él, no podía menos de ser de grande utilidad y deleitacion. Uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral á su perfeccion progresiva consiste en enseñarle á que se vea tal cual es. El autor del Panorama ha puesto ante los ojos de nuestra sociedad un espejo donde puede to-

earse, y hacer desaparecer los lunares que la bondad de la luna debe presentar á su vista.

Ayudándose de pequeñas tramas dramáticas, cortas invenciones verosímiles, ha sabido ofrecernos el resultado de su observación con singular tino y gracejo, y esponer á nuestra vista el estado de nuestras costumbres ; aquí no olvidaremos otra dificultad que se ofrecía : la España está hace algunos años en un momento de transición ; influida ya por el ejemplo extranjero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza á admitir en toda su organización social notables variaciones ; pero ni ha dejado enteramente de ser la España de Moratín, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende á formar. El escritor de costumbres estaba pues, en el caso de un pintor que tiene que retratar á un niño, cuyas facciones continúan variando después que el pincel ha dejado de seguirlos : desventaja grande para la duración de la obra ; y en cuanto á los medios de hacerse dueño de su objeto tan movedizo, el Curioso Parlante se podrá comparar al cazador que ha de tirar al vuelo, cazador sin duda el más hábil.

Hálo conseguido sin embargo, porque si se quiere ver lo que de la España de nuestros padres conservamos, léanse los artículos titulados : "La calle de Toledo, La Comedia casera, Las visitas de días, Los cómicos en cuarentena, Las ferias, La capa vieja, La casa á la antigua, La procesión del Corpus." Si se quiere estudiar esta influencia extranjera, que se va diariamente haciendo lugar y variando nuestra fisonomía, original, léanse los artículos titulados : "Las costumbres de Madrid, el día 30 del mes, Las tiendas, Riqueza y miseria, La política-mania, Las tres tertulias, Las niñas del día, Las casas de baños."

Si se quiere sorprender esa lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, sorpréndesela en los artículos titulados : "1802 y 1832, el ingeniosísimo de *El Aguinaldo*, *El extranjero en su patria*, *El sombrerito y la mantilla*, *La vuelta de París*."

Si se buscan luego artículos donde el enredo cómico puede competir con la trama de las más ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo, léanse los lindísimos y más lindamente escritos, titulados : "El retrato, El amante corto de vista, Tomar aires en un lugar, El barbero de Madrid, Pretender por alto, Los paletos en Madrid, El patio de Correos, &c."

¿Quiérense, en fin, graves y filosóficos ? recórranse *La casa de Cervantes* y *El campo santo*.

El señor Mesonero ha estudiado y ha llegado á saber completamente su país : imitador felicísimo de Jouy, hasta en su medida, si menos erudito, más pensador y menos superficial, ha llevado á cabo, y continúa una obra de difícil ejecución.

Un mérito más tiene que no queremos, pasar en silencio : es uno de nuestros pocos prosistas modernos : culto, decoroso, elegante, florido á veces, y casi siempre fluido en su estilo ; castizo y puro en su lenguaje, y muy amenudo picante y jovial. En general tiene cierta tinta pálida, hija acaso de la sobra de meditación, ó del temor de ofender, que hace su elogio, pero que priva sus cuadros á veces de una animación también necesaria. Esta es la única tacha que podemos encontrarle ; retrata más que pinta, defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar.

Y no solo ha hecho el señor Mesonero un servicio á la li-

teratura, ha hecho tambien algunos á su pais. Muchas de las ideas por él emitidas, han encontrado en la opinion pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento, que se han visto realizadas. En este caso se halla el monumento y la leyenda dedicados á Cervantes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del *Ingenioso hidalgo* es evidentemente deudor al autor del *Manual y del Panorama*.

Escritores nosotros tambien de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos á publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que el *Curioso Parlante*, si no pretendemos haber alcanzado igual grado de perfeccion, tenemos sí la persuacion de poder mejor que otros apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con suficiente amor á la justicia, para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones. Los laureles agenos pueden estimularnos; no inspirarnos un sentimiento innob'e capaz de oscurecer á nuestros ojos el mérito de los que corren nuestra misma carrera. ¿Cómo pudiera ser de otra suerte? El amor al bien, y el deseo de contribuir en lo poco que podemos á la mejor ilustracion de nuestro pais, nos mueve mas á escribir que á sed de una gloria que tan dificil sabemos es de conseguir. En este supuesto, no vemos nunca en una obra feliz la gloria que su autor puede adquirir, nos consideramos con él resorte de una misma máquina; el honor que sobre él recae influye sobre la clase entera: ni son tantos en España los que presentan títulos á la consideracion general que puedan estorbarse. Hagamos justicia al talento, y démonos el parabien por haber tenido una ocasion mas, entre las pocas que se nos presentan, de dar descanso á la pena satírica, que por lo regular man-

jamos con mas dolor nuestro que de aquellos mismos á quienes nos vemos en la triste precision de lastimar.

NI POR ESAS.

VERDADERA CONTESTACION DE ANDRÉS A FIGARO, PUBLICADA POR ESTE.

Yo rogaré á Santa Rita, abogada de imposibles,
por la prosperidad de nuestra patria.

Andrés ni por esas.

París 10 de Mayo de 1836.

Desde que en Marzo de 1833 conclui mi corta vida de escritor público dando cuenta á mis buenos compatriotas de la muerte del Pobrecito Hablador, nunca volví joli mi muy mordaz e independien'e Fígaro! á tomar una pluma en la mano, y aun hice entonces firme y decidida resolucion de reducirme á mi rincon y reirme y desconfiar de todos á mis solas, tomando las cosas como visiesen, ya que no estaba en mi mano hacerlas venir como yo las hubiera querido tomar. Tú, mejor que nadie, sabes quien era el Pobrecito Hablador, y tú, mas que nadie, te acordarás de que el pobre diablo murió de hablar, bien distinto en eso de tantos y tantos como de entonces acá, y aun ahora mismo, solo de hablar y hablando por los codos han vivido, viven y vivirán.

Muerto, pues, ya mi amigo del útimo borboton de palabras que lo ahogó, y espresado lisa y llanamente mi último anhelo, que para que nadie dude de mis buenos deseos, es el mismo, mismísimo que me sigue animando en el dia, y que por epígrafe acabas de leer en el principio de esta mi primera con-

Tomo IV.

testacion á las tuyas, echéme á descubrir qué haría, como me valdría yo para medrar en adelante y ser por propios y extraños considerado y querido; entonces fué cuando por primera vez caí en la cuenta de que me faltaba para ser hombre de pró una circunstancia principal, sin la cual así era pretender en España figurar como tratar de enderezar nuestra máquina, y era que yo ni el año 13, ni el 14, ni el 20, ni el 23, ni el 30, ni en año alguno de memoria de hombres había nunca emigrado, ¿qué es emigrar? ni por acaso había hecho viaje pequeño ni grande que á emigración pudiese remotamente parecerse; ¿qué especie de hombre eras entonces, me preguntarás, y de donde diablos habías salido? Ahí verás tú, y por ahí podrás juzgar; pero para que sepas dónde llegaba mi torpeza, solo te diré bajo la mas estrecha condicion de callarlo por honor mio, porque la cosa es hartofea para sabida, solo te diré que aun en el dia de hoy soy, Fígaro, un muchacho, sin pelo de barba, sin destino anterior ninguno, en una palabra, lo digo con las lágrimas en los ojos, lo digo con vergüenza, sin precedentes, ó como decimos nosotros los españoles, sin antecedentes, sin vida política alguna, y por tanto imposibilitado para siempre jamas de tener consiguientes, ni de inspirar confianza, sin tener en una palabra, á que agarrarme en lo pasado para disculpar mi porvenir si alguna vez lo hubiese para mí, sin poder en fin tapar la boca á nadie diciendo á todo el mundo: *Ego ille qui quondam*, yo aquel que en otro tempo.

¡Ah! amigo Figaro, tú á quien la suerte miró con ojos benevolos desde el columpio de la tierna cuna, tú, que tanto vijaste, que fuera imposible averiguar tu domicilio, tú, que por tanto donde quiera eres emigrado, con respecto al último

puntó que dejas, tú, de quien no se puede decir, ¿dónde pára ahora Fígaro? sino ¿dónde emigra ahora Figaro? tú no podrás jamas formar idea del dolor que embargó mis sentidos cuando caí en la cuenta de la niseria y nulidad de mi triste situación. Mesábame el sitio donde me han de salir sin duda las barbas algun dia, y mesábamelo una y otra vez, por vía de interinidad y en tanto que aquellas me nacian: ¿que no hubiera yo dado entonces por un antecedente político, tamaño como una cesantía? ¿Qué figura, exclamaba, voy yo á hacer en mi patria, sin conocer mas usos que los suyos, sin saber mas lengua que la castellana? ¿Qué será de mí español en España? ¿Quién me entenderá, y á quien entenderé yo? ¿Quien me elegirá para nada? Y si por equivocacion me eligen, ¿á quien, D.os mio, citaré? ¿No se reirán de mí cuando cite nuestros usos, que no se uan, y para nuestros ma'les, remedios españoles? ¿Qué color político tendrán mis discursos, si es que llego á discurrir, sin que entren en ellos para nada la Francia ni la Inglaterra, los Estados Unidos y la Bélgica? ¿Yo, mezquino de mí, que ni he comido el pan de la desgracia, sino el escogido de flor, ni lo regué nunca con lágrimas, sino con la trivial manteca de las montañas de Pas, ó con el tinto de Valdepeñas, ó cuando mas con algun trago de jerezano mosto?

Al llegar aquí no pude resistir, y fue mi primera fantasía ir á dar una vue'ta al extranjero, sin salir de España, proporcion que tenemos felizmente lo cual pensé llevar á cabo llegándome á pasar una cuaresma á Gibraltar, cuaresma que me sirviese para remisión de mi enorme culpa, y para pascua de resurrección volverme ya otro hombre, y un tanto quanto-

emigrado: detuvieronme, empero, en lo mas fuerte de mis propósitos varias reflexiones que vien á hacer: primera, que para no pasar de Gibraltar tanto valía casi emigrar á casa del ministro inglés en Madrid: segunda, que en Gibraltar no hay cámaras, ni comunes, ni mas pares que los años de la moneda, no hay un pedazo de camino de hierro, tamaño siquiera como una discusion sobre ley electoral, ; cosa corta en verdad! ni mas canales que los que naturalmente forma la lluvia cuando llueve, que no es siempre; cosas todas de que me figuraba yo deber traer tan llena la cabeza que ninguna otra idea en ella me cupiese en lo sucesivo. ¿Qué iba yo, pues, á estudiar en Gibraltar? ¿Iba á estudiar á los judíos? Esto hubiera sido en verdad mucho adivinar, y te juro que nunca en aquella época creí que pudiese ese estudio serme de maldita la utilidad. Por ende te convencerás que los cálculos y la prevision humana siempre flaquean por alguna parte, y cuán cierto es el adagio vulgar que asegura que *el hombre pone y Dios dispone*.

Trájome tambien mi desconfianza á la memoria que para un hombre tan comprometido como yo pensaba llegar á serlo, no era Gibraltar el punto mas digno de inspirarme confianza; no se me podía olvidar que en punto á opiniones Gibraltar debía oler un si es no es á Calomardino en la opinion de las gentes que recordasen el lance de Torrijos y compañeros mártires, y no le había faltado á mi entender á Gibraltar para ser el Regato de los pueblos mas circunstancia que la de haber sido voluntario realista.

Mudé, pues, propósito y quise alargar mi peregrinacion, no ya á Inglaterra, que se me presentó siempre como pais demasiado aristocrático para las opiniones que empezaban á

germinar en mi fantasia. Supongo que no olvidas un solo instante la época en que todo esto me iba sucediendo; y recordarás por tanto que el año 34 empezábamos ya á ser todos liberales. Ir á los Estados Unidos fue idea que me ocurrió mas de una vez; pero tambien era fuerte cosa irse á un pueblo donde no hay ni ha habido nunca reyes. ¿Cómo diablos se componen, y viven, y prosperan? Deben ser unos brutos por lo menos.

Eso solo prueba que debe de ser gente de suyo demagógica, anarquista y desmoralizada; por lo menos es gente rara, y aun pensando como piensan ya en el dia los hombres que están á la altura del siglo, es fuerza confesar dos cosas; la una que es gente atrasada; esas ideas de república son ideas viejas é ideas del año 39, y ahora en el dia me parece que ya es tiempo de que sepamos algo mas; y la otra que yo tengo para mí, como ustedes en España tienen para sí, que los que quieren república no quieren mas que desorden y volvernos al tiempo del despotismo; que es á lo que tiran solapadamente las repúblicas: así es que en España es cosa sabida que los que afectan deseos de república no son mas que agentes de D. Carlos; de donde se infiere claramente que en los Estados Unidos son irrecusablemente carlistas, y si lo dudases todavía, al tiempo por testigo, algun dia se descubrirá la trama y veras la que se arma.

Y buscando ejemplos en la antigüedad yo te probaria si estuviese mas despacio que las repúblicas fueron siempre carlistas y perecederas. Las de Grecia, por ejemp'o, no duraron mas que lo que duró la Grecia, y la de los romanos mismos ; que duró sino setecientos años? ¿Que son sete-

cientos años para nosotros ? Y eso que ni en Roma ni en Atenas no se publicó jamás ni Zurringo, ni Eco de Comercio, ni papel ninguno carlista, que eso hubiera sido otro cantar. Los que en contra de los gobiernos democráticos alzan la voz en el dia dan por prueba de su ma'a condicion el no ser duraderos. Está probado que no es bueno mas que lo que dura: dos consecuencias te sacaré de aquí: 1º. que como nada dura no hay cosa buena en el mundo : 2º. que habiendo durado mas la inquisicion que los gobiernos populares, es mejor la inquisicion ; cosas en que me parece están ustedes por ahí todos de acuerdo : en efecto, la mayor entre las desdichas públicas es haberselas con repúblicas.

Pero me he apartado de mi propósito, dando lugar, lo que es peor, á que me tengas por republicano : á eso te responderé que ya sé donde me aprieta el zapato, y las cosas en su tiempo. Tengamos la fiesta en paz: yo soy Andres Niporesas, y nada ma-. Y volviendo á la historia de mi emigracion, no quise ir á los Estados Unidos.

A fuerza de cavilar en ello parecíome que lo mejor seria irme á Francia, porque es lo que tenemos mas á mano, y por que tratando de aprender las teorías adelantadas del dia y la práctica de los gobiernos representativos, ¿adonde mejor ?

Lo primero que hice, pues, una vez convencido de que era preciso emigrar para saber, y luego estudiar las prácticas extranjeras para conocer las necesidades nacionales, fué tratar de convencerme á toda costa de cómo debia estar constituido un pueblo para ser feliz, y qué gobierno era el único verdadero. Así, descché toda idea de absolutismo como de

repúlicas por igualmente nocivas ; acordándome por un lado del pasado, meditando por otro en el porvenir, mi trabajo me costó quedarme en perfecto equilibrio en medio de la cuerda. ¿ Cual es el problema del dia ? dije yo aquí. En vez de un rey que reine sobre un pueblo, como se ha usado hasta ahora, ó de un pueblo que reine sobre sí, como se ha de usar con el tiempo, necesitase un pueblo que reine sobre un rey : un pueblo donde cada ciudadano sea un pedazo de rey, y donde el rey sea un pedazo de ciudadano : tate, dije yo, Francia para eso ; donde treinta y cuatro millones menos uno, unidos en la manera posible con ese tal uno, hagan de mancomun las leyes para todos; es decir, donde uno vale la mitad que todos los demás : ¡ gran justo medio ! porque en los gobiernos absolutos uno vale por todos, y en los democráticos uno vale por uno ; error grave por ambas partes.

¿ Qué mejor pais que aquel en que el rey, hijo del republicano Fulano *igualdad*, ha sido elegido por el voto popular despues de una revolucion arrolladora del trono ; de aquel en que el rey á su advenimiento al solio se iba por las calles con el paragua debajo del brazo dando *esos cinco* á todo el mundo, y clamando á voz en grito *si queréis en mí una monarquía, ha de ser una monarquía republicana, un trono popular rodeado de instituciones republicanas*, palabras memorables consignadas en el programa de la Municipalidad y anunciadas por el órgano de la libertad, por Lafayette, en Agosto del «ño 30 ?

Definitivamente resuelto quedó desde entonces que mi emigracion fuese á Francia ; pero en lo que nunca consentí fue en irme á Francia por el camino natural de Francia ; recordé el por allí habeis de salir de Garcia del Castañar, que pareco

escrito para nosotros, porque en cuanto á los carlistas, como tú has dicho en algún artículo, esos no se van nunca por ninguna parte, sin duda porque siempre son de casa. Vistos los itinerarios de cuantos en semojantes aventuras me habian precedido, no quise ser menos, ni contravenir á la orden que profesamos, y desesperábame solo el que nadie me persiguiese, merced sin duda á lo poco que en tiempo del oscurantismo había brillado; mil veces imaginé que topográficamente hablando debia de estar la España colocada al revés, y que cuando el Supremo Hacedor la echó con el pié á este mundo, para usar de una expresion de Lamartine, no quiso tener presente que los depósitos habian de estar en Tours y en Bayona, y el derrotero en Andalucía.

Recojí con todo mis trebejos, y salíme de Madrid á pie y ocultamente, ni mas ni menos que si vinieran tras mi los héroes del Trocadero, tomando para Francia por Oñate como quien va primero á Cádiz ó á Alicante. Esperémos, dije al llegar á la ciudad de Hércules con voz noble y entusiasta, esperémos aquí á pie firme el puñal de Catón, ó la cicuta de Séneca; y haciendo, y esperando, tomé mi pasaje en un buque que se hacía á la vela para Burdeos, concluyendo con magestad y franquezza al ver henchir al viento las velas que me llevaban á mí y á mí fortuna á las playas inhospitalarias de Lafitte y Chateaubargot, marchemos francamente y yo *el último por la senda del extranjero*.

Hasta aquí las causas que influyeron en mi determinacion, y la clave explicativa de como resido ahora en País, después de haber sido en las Batuecas corresponsal de nuestro comun amigo el Pobrecito Hablador.—Andrés Niporesas.

—∞—

ARTICULOS NECROLOGICOS

DE LOS PRINCIPALES PERIODICOS ESPAÑOLES.

CON MOTIVO A LA DESGRACIADA MUERTE DEL AUTOR DE LOS ANTERIORES ARTICULOS

D. MARIANO JOSE DE LARRA.

EL ESPAÑOL.

No es única la desgracia que acabamos de lamentar. Anoche ha tenido fin la existencia de otro amigo nuestro, colaborador tambien en este periódico, D. Mariano José de Larra. Quizá no haya persona de las que pertenecen á la España ilustrada que no conozca este nombre, quizá no haya uno que conociera bien al sugeto que lo llevaba.

Figaro, el escritor que hacia asomar la risa á los labios de todos, el que se burlaba de cuanto el mundo admira y aplaudie, no se reia.

Figaro tenia un talento demasiado claro, un alma demasiado noble para no llorar, y lloraba de continuo, y cada uno de esos artículos que el público lee con carcajadas, eran otros tantos gemidos de desesperación que lanzaba á una sociedad corrompida y estúpida que no sabia comprenderlos.

Figaro buscaba en vano al rededor de sí algo que amar, porque el amor es una necesidad para los entendimientos pri-

Tomo IV.

21

vilejiados: buscaba el objeto de su cariño en la amistad, en la virtud, en la gloria, en la hermosura, en todo; y en ninguna parte podía encontrarlos. Desgracia fué suya, pero los que lo conocimos, podemos decir que la padeció.

Melancólico, desolado de hallarse en medio del vacío, lanzaba de cuando en cuando un grito de dolor; y la sociedad, por no reconocer en sí los defectos que la caracterizan, por no decir, "quien busca en mí un amigo halla la traicion, quien la virtud, encuentra el escarmiento, quien la gloria, la persecucion, quien la hermosura, el engaño;" leyó con risa los artículos de nuestro coescritor, siguió en sus vicios; por toda respuesta le contestó: tú no eres capaz de la amistad, ni de la virtud, ni del entusiasmo, ni del amor.

Horrible injusticia que la última página de la vida de Larra, escrita con su sangre, desmiente. Sí, nosotros hemos visto á ese hombre que de todo se reia bañado en ella, á este hombre que nada amaba, pagar con su felicidad, con su vida, con su honra quizá, un ser ideal que no ha podido encontrar.

Es probable que esa jente terca ó incorrejible, que amargó los días del escritor y que no pudo merecer sino su desprecio, se lance como una nube de gusanos sobre su cadáver para difamarle. Dirán que se recreaba en morder y satirizar á los demás; pues bien, que citen una sola personalidad en todos sus escritos; en ellos hallarán, sí, á la par de un lenguage castizo, chistes dictados por el conocimiento de los hombres, pero no esos inmundos sarcasmos con que la prensa y el lenguage de nuestra nacion se envadurna de poco tiempo á esta parte. Dirán que era incapaz de admirar produccion alguna; sus artículos sobre el *Trovador* y el *Panorama* entre otros muchos,

y los que consagró á la memoria del malogrado conde de Campo Alanje, demuestran lo contrario.

Dirán que no creía en nada ni amaba á nadie. Feliz él si así hubiera sucedido! Porque se necesita no amar ni creer para vivir en un tiempo y en un país en que todo hasta el patriotismo, y la heroicidad, se ha hecho venal y mentiroso. El que no está templado en esta cuerda, es en el día una planta extraña que perece necesariamente ahogada por la atmósfera que la rodea; así Campo Alanje muere ignorado delante de Bilbao á impulso del patriotismo que para otros es una especulación; así D. Juan Estevan de Izaga sucumbe á una inflamacion cerebral por una libertad de imprenta que para otros es un desahogo de mezquinas pasiones; así D. Mariano José de Larra ayer á las 8 de la noche llega al crimen y á la muerte, impulsado de un afecto que para otros es un pasatiempo.

Compadecámose y llorémos la pérdida de uno de nuestros mejores literatos, y cuando alguno, incrédulo de nuestro raciocinio, le quiera negar los dotes que nosotros describimos en él durante su vida, y que su muerte ha sellado, contestémosle con las palabras que él estampó al fin de su crítica de los *Amantes de Teruel*: "el que no lleve en su corazón la respuesta, no comprenderá ninguna: las teorías, las doctrinas, los sistemas se esplican; los sentimientos se sienten."

Mucho pudieramos añadir acerca de esta terrible catástrofe, muchos detalles podríamos dar, si no temieramos por una parte envenenar la llaga de nuestro corazón, por otra profanar con algún grito de cólera las lágrimas de dolor que vertemos sobre su tumba: pero en breve aparecerá el cuarto tomo de la colección de artículos de este malogrado joven y/o

acompañará con su retrato una noticia de su vida, de sus escritos y de su desastroso fin; así mismo esperamos ver en el teatro un drama que había comenzado á escribir en compañía de un amigo suyo, y que tendrá segun creemos un interes muy vivo para las personas que conocieron el autor del Macías, y que aprecian sus obras.—*M. R. de T.*



REVISTA NACIONAL.

Despues de dos dias de un dolor acerbo, despues de haber derramado sobre la tumba de un infeliz amigo, de un ingenio privilegiado, lágrimas de verdadera amargura, trazar en el papel algunas frases de consuelo, es ceder á esta naturaleza cuyos beneficios son alivio á nuestros pesares. De todas las pérdidas que en los años de una existencia borrascosa, nos ha hecho experimentar la mano de la muerte, ninguna, lo juras, ha obrado en nosotros una sensacion mas profunda y terrible que la de nuestro misero amigo D. Mariano José de Larra. De cuantos cuellos la muerte ha cegado, ningun cuello mas digno de no caer; de cuantos corazones ha helado la tumba ninguno mas noble, mas fogoso y abrasado. Una existencia de borrascosos afanes, de verdadera contemplacion, ha formado el tejido de un drama sublime cuyo desenlace.... está encerrado en la tumba: esa flor hermosa no puede arrai-

garse en un suelo corrompido: esos ojos de fuego abrazaban á los que osaban mirarlos, y la flor se marchitó, y se apagó el fuego de los ojos.

¡ Pobre poéta!.... Lanzado del cielo á una tierra de maldicion, sediento en el desierto, jamás llega á asentar sus pies en el suelo; menos que un ángel, mas que un hombre, es solo, sin tener á donde tornar la vista ni á quien pedir una hora de delicia. Sus horas, no son horas, son eternidades de agonía y por cada instante de placer que se escapa á sus labios de las manos del Criador, una nueva eternidad de pena viene á exijirle una terrible espiacion.

¡ Pobre poéta!.... Cuando inclina su frente al suelo, que quiere unir sus labios á los labios de un mortal, que se rebaja á ser hombre, entonces, entonces se levanta un grito de la sociedad que es como un soplo asolador que marchita la flor mas pura, entonces el poeta que creyó poder ser hombre y que dejó el cielo se consume en la tierra, se ajita en estos estrechos límites del mundo, y tiene que dejarlos para subir al cielo, su morada.

Ayer, al acompañar el carro súmbero del malogrado Larra, mil vagos pensamientos de dolor agobiaban nuestro corazon; era un amigo que llevabamos á la mansión de los muertos, era un poeta desgraciado que ibamos á entregar á la tierra, era una esperanza trocada por un recuerdo. Tantos amigos en nuestro torno, todos tristes, todos melancólicos, todos llorando una muerte que no podian aplaudir pero que todos deploraban, recordando una existencia brillante pero desgraciada, un instante de delirio coronando una vida de filosofía.

El cadáver de D. Mariano José de Larra quedó en la

huesa y al lado de su sepulcro su jóven amigo el distinguido D. Mariano Roca Togores elevó su voz de tristeza: pronunció el elogio súnebre del filósofo que durante su vida se ha cubierto con una risa sarcónica, que ha arrojado un sarcasmo sobre la sociedad donde vivió tan feliz en medio de los placeres. Nos contó algunos particulares de la vida de su muerto amigo, y hemos oido con placer que en breve verá la luz pública un drama que dejó sin concluir y que continuará uno de sus amigos bajo el título de Quevedo.

En seguida el fantástico jóven D. José Zorrilla leyó con el mayor fuego una composición hermosa, á la cual damos lugar en nuestras columnas por parecernos digna de ver la la luz pública. (1) Algunas estrofas sobre todo han sido estrepitosamente aplaudidas, y en una reunión compuesta en su mayor parte de artistas, debían encontrar por cierto, eco, tan sentidos versos, gritos tan dolorosos de una especie aparte de los hombres que viven en el mundo con una vida de agonía.

Allí se acabó todo: se acabó el trato de los hombres con un cuerpo de barro: pero en el corazón de sus amigos, en la memoria de todo hombre sensible no se acabará jamás el recuerdo del infeliz Larra, víctima de una pasión desgraciada, de una exageración poética peligrosa. ¡Ojalá no sea el último jóven fogoso que de igual modo tenga el mundo que llorar! Hé aquí, ó jóvenes, hasta donde arrastra una a'ma de fuego el huracán de las pasiones.... Guardaos ó jóvenes!....aprended en esa tumba!....J. de S. y Q.

(1) Véase el principio del tercer tomo de esta reimpresión.

LARRA.

¡Murió Figaro!!! El escritor cuyas obras por lo general excitaban la risa, y eran para todos un objeto de predilección y de aprecio; terminó su vida cometiendo un crimen, destruyendo su propia existencia. Hemos perdido una de las más bellas flores de nuestra corona literaria; su muerte deja un vacío difícil de llenar; pero su memoria vivirá siempre consignada en sus bellos escritos. Su existencia ha sido cual una rosa cortada antes de abrir; muy jóven todavía, no se le apreciaba menos por lo que era actualmente. No indicaremos nosotros los motivos que le impulsaron á tan violenta resolución: muévenos á ello la delicadeza y un sentimiento de compasión hacia aquél, que adornado de un talento brillante no tuvo el suficiente para sobreponerse á las pasiones, y pereció víctima de ellas.

Todos los periódicos de esta capital han hablado ya largamente de un suceso que con razón ha llamado la atención pública, y cada uno de ellos le ha juzgado según su opinión ó sus aficiones. Nosotros hemos querido aguardar á que se moderase algo el justo sentimiento que todos hemos tenido, para hablar con mayor imparcialidad y menos aclaramientos; para no esponernos á soltar expresiones que después tuviéramos que rectificar. Ningún vínculo ninguna relación nos unía al malogrado Larra, ni abrigábamos animadversión alguna

contra él. Admirábamos su talento, aunque á veces no estuviésemos conformes con sus opiniones, y hemos sentido como el que mas una pérdida qué lamentarán largo tiempo la literatura y la humanidad. Hecha esta sincera protesta, creemos quedar á cubierto de cualquier ataque infundado, ó de alguna torcida interpretacion.

El que lea los escritos festivos y satíricos á la par que filosóficos del desgraciado *Figaro*, y los compare con su fin trágico, hallará una manifiesta contradiccion, una sensible diferencia entre lo escrito y lo puesto en práctica. El escritor que se mosaba de las preocupaciones de los demás, el que sanitizaba las costumbres, y con el arma del ridículo combatía los vicios y los defectos, no estaba exento ni de aquellos ni de estos. Ostentaba una filosofia nada comun y un entendimiento claro y despejado, ó era aquella aparente y falsa, ó este se vió oscurado cuando se lanzó al císmen. Así es la vida humana. Su esterioridad resplandeciendo con acciones jenerosas y sentimientos elevados....es un sepulcro cubierto con una losa magnífica, que oculta dentro podredumbre y hediondez.

Idéas exageradas ó una fantasía acalorada llevaron á Larra al sepulcro, que abrió con sus propias manos sin acordarse de que su vida no era suya, que debia consagrirla á su patria y á sus hijos; que su ejemplo seria tal vez pernicioso á esa sociedad, no *tan estúpida ni tan corrompida* como se pretende y en la que aun brillan virtudes y sentimientos nobles á la par de acciones desinteresadas. ¿Y era así como pretendia corregir los vicios?....Así como quiso demostrar la exactitud de sus doctrinas?....Por fortuna era sociedad, que se calumniá, que se llama *estúpida y corrompida*, no está tan despro-

provista de ilustracion y de virtud, que no se aparte de un ejemplo vivo de demencia, ni deje de reprobar altamente un acto que, si mueve á compasion, causa tambien horror y estremece á la naturaleza.

¿Qué buscaba Larra en el mundo, que no hallaba?....¿No era padre, no era esposo?....¿No tenía que cumplir con estas sagradas obligaciones?....¿No encontró un amigo á quien amar?....¿No le ofrecía la amistad sus mas puros goces, los únicos verdaderos tal vez, cuando son desinteresados?....Si tenía virtudes ¿no encontró un corazón que las comprendiese?....¿No obtuvo todo el galardon dispensado al talento?....Porque no hay satisfaccion mayor ni recompensa mas grande que hallarse admirado y aplaudido de un pueblo entero, y ver sobre su cabeza ciñendo sus sienes una corona de gloria eterna, inmarcesible, la corona del talento. Y aquella admiracion hubiera crecido y aumentádose de dia en dia, y hubiera llegado uno en que su nombre tal vez se citaría entre los de nuestros sabios mas ilustres y mas virtuosos.

Pero su muerte ha echado un borron á su gloria: su sangre, vertida por él mismo ha caido sobre sus obras, y las ha deslustrado. Ha sido cual la mancha en la honra de una mujer, que nada es capaz de borrarla. Quien leyese esos tres tomos de *Figaro*, salpicados todos de graciosas y de chistes, abundando en cada página la saláctica y el gragejo, ¿podría imaginar nunca que llegaría una ocasión en que aquel que tanto hizo reír acabase con un fin trágico?....¿Pudo nadie pensar que un dia sobre una tumba ensangrentada, sirvan aquellos tres tomos como un recuerdo amargo, temible, como un contraste de la vida con la muerte del que los escribió?....¿Punto IV.

do ocurrirle á nadie jamas que el mismo pueblo á quien tanto hizo reír, lloraría á poco detras de su féretro, todo entero?.... ; Pero el pueblo no lloraba al hombre, lloraba al poeta!.... No sabia si aquel era digno de su sentimiento ; pero si que este era digno de su dolor y de su admiracion.

Quizás la catástrofe que lamentamos ha sido producida por ideas falsas, por esas ideas modernas, que desgraciadamente comienzan á cundir entre nosotros, y que se reproducen y se aumentan cada vez mas. Deber es de los escritores públicos combatirlas y demostrar los falsos cimientos sobre que se apoyan. La juventud no reflexiona ni prevea nada ; seducida por brillantes é impracticables teorías, cae en el lazo, que le tienden esas doctrinas corruptoras.... ; Y cual es el castigo de su ceguedad, cual el término de su fascinamiento?.... ; El suicidio!! ; La muerte!!!

Llorémos todos la pérdida de *Figaro*, lamentemos su destino, que le compelió á cometer un crimen.... Pero cuenta con imitarle como á Larra!.... Cuenta con elogiar un acto de desesperación que la humanidad y la moral pública unanimemente reprobaban.... ; Pereció el autor del *Macias*!.... Vemos una lágrima á su memoria, y coloquémos una corona de laurel sobre la fría losa de su sepulcro.... Suicidose Larra.... No nos acordémos de esto sino como de una lección terrible, como de una acción vituperable, Separando el hombre del literato, reprobémosle como lo primero; pero ensalcémosle como poeta distinguido e ilustrado. Murió Larra; pero *Figaro* vive y vivirá eternamente.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO CUARTO.

	Pag.
Antony (primer artículo).....	5
Antony (segundo artículo).....	11
A Beneficio del Sr. Lopez.....	23
Figaro en el Cementerio.....	26
Figaro dado al Mundo.....	31
Las Fronteras de Saboya.....	40
Figaro al Director del Español.....	44
De las traducciones.....	47
Figaro á los Redactores del Mundo.....	54
Aben-Humeya.....	61
La Noche Buena de 1833.....	70
Cronología.....	81
Figaro á los Redactores del Mundo.....	87
Horas de invierno.....	91
Hernani.....	97
Memorias del Príncipe de la Paz (artículo primero).....	101
Memorias del Príncipe de la Paz (artículo segundo).....	108
Margarita de Bargoña.....	115
Felipe II.....	122
Los Barateros.....	128
Todo por mi padre—escándalo en tres actos.....	135
Panorama Matritense (artículo primero).....	139
Panorama Matritense (artículo segundo).....	147
Ni por esas.....	153
Artículos necrológicos á Larra.....	161

FIN DEL CUARTO Y ULTIMO TOMO.